leche condensada

aida gonzález rossi

CABALLO DE TROYA

Aida González Rossi

LECHE CONDENSADA

a las chicas.
a Sofía, Tayri y Lana, mi bratz angelz team.
a quienes cuidamos el juego.
a todas las enraladas del mundo.

¡Es peligroso viajar solo! Toma esto.

Sabio, «The Legend of Zelda»

me encontraba bajo una cáscara de pollo menudo
demasiado blanda para la tristeza adulta.

Lana Corujo

perdón por mi dulzura.

Selva Casal

Sin embargo, era esencial saber jugar.

Elena Ferrante

¿Tú entiendes lo que acabo de decir? ¡Yo tampoco, ja, ja, ja!

NPC de «Pokémon Esmeralda»

I'm alone, on my own, and that's all I know.

Taylor Swift

Gracias por liberarme.

NPC de «Spyro The Dragon»

1

Cargatóxica [1]

Aída está sentada en el suelo de la fiesta. Una jartada de piedras clavándosele, a través de los leggins, en la parte alta de los muslos, el merengue del cacho de tarta que se está comiendo todo empegostado en los dientes, imagina que su lengua es un cepillo y, mientras estrega, se fija en las puntas de los dedos de los chicos: parecen estrellas. Derretidas y a punto de arrastrarse por los cachetes de las chicas. Ellas no saben qué hacer, gritan, se cogen de brazos, unas cosidas a otras para formar un cuerpo gigante que las proteja de las manos enterrándose en los platos plásticos, brillando después bajo los focos de colores que le dan al garaje aspecto de cumpleaños.

Felicidades, felicidades, se oye a cada momento. El cumpleañero (su lunar enorme sobre el ojo) persigue a dos niñas (sus coletas rebotando al mismo ritmo) y las arrincona y les pinta las caras con una nieve que, al calor de sus lágrimas, ma, ma, mami, mira lo que me está haciendo, no se derrite. Todas huyendo: Aída es la única que está sentada en el suelo, que se mete la cuchara en la boca y la muerde hasta que se astilla, que se obliga a respirar y se observa las piernas y se dice no, no, ahora no te agobies, ahora no empieces tú. Busca, para calmarse, la mirada de su primo.

Moco no le ha hecho caso en toda la tarde. Él es el único niño que no se esconde ahora entre los coches, temeroso de la venganza de las niñas, mientras los cielos con estrellas estregadas mezclan las colillas de los ceniceros con coca-cola y

hacen fuerza entre todos para agitar. El único cuyo trozo de tarta sigue reposando intacto encima de su rodilla. El único que solo se dedica a meterse en las uñas los cachos descascarillados del dibujo de Spiderman que resalta tanto sobre su camisa: la niña con la que habla (los pelos amarrados con un lazo granate, un top con el que se le ve el ombligo) es la otra única niña que no se chupa con disimulo lo de alrededor de la boca, la otra única, también, que puede fijarse en cómo la cicatriz del labio de abajo de Moco se enciende contra la luz azul, violeta, roja, pareciendo, de repente, el raspón de un hechizo. Una bruja haciéndolo especial. Aída no le está viendo la cicatriz de cerca, pero no le hace falta: si cierra los ojos, se la encuentra dentro.

Con los párpados bajados. Los trozos de la cuchara caminándole, tan picudos que teme clavárselos sin querer y que la madre la trinque, sobre la piel de los dedos. Empieza a no poder evitarlo y, sin tener ni que planteárselo, se agobia, le viene el sabor (como a potaje de antes de antes de antes de ayer) de la vergüenza que sintió en el coche, el primo sentado al lado, ella tapándose los muslos con la rebeca, él apoyando la cabeza en los nudillos y mirando por la ventana y preguntándole a la abuela ¿cuánto falta para llegar, abueli? y la abuela respondiendo un fisquito nada más, Jaimín mío, Aída repitiendo, dentro de su cabeza, vámonos, vámonos, vámonos. Como se repite ahora no te mires, no te mires, no te mires. Come más tarta si quieres, déjate tranquila aunque sea así: los hoyos de los muslos. Se los encontró estudiando su reflejo, distraída, justo después de hacer pis, el ruido del chorro metido en los oídos y los ojos volando por el baño y posándose en el espejo sin vapor. Últimamente solo se mira si está todo lleno y puede escribirse Aída, la tilde empinada y larga, encima de la frente. Solo si sabe que sus pelos van a parecer una nube de las de lluvia y no uno de los matos del terraplén.

Hoy, sin embargo, se subió sus leggins preferidos, el

calambre del pis aún raspándola por dentro, y la luz venía de un lado y descubrió cráteres. Descubrió excavaciones. Durante gran parte de este verano, todo ha estado lleno de huecos: mira para la madre y la ve hablando con las otras madres en la mesa de los mayores y oye claramente que una de ellas le suelta ¿y la separación cómo la vas llevando? Yo me moriría si tuviera que irme de mi casa con todos los bártulos y todo y buscarme otro sitio con la niña y encima la edad más mala que tiene.

Ahora es, por ello, la única que sabe que al levantarse todo el mundo le verá los agujeros de los muslos, las picadas que no va a poder decir son de moscos, ¿eh?, una plaga de moscos en mi cuarto, yo huyendo pero nada, me agujerearon toda, mira. La única que tiene que imaginar que una bola le baja y le sube por el pecho para poder respirar bien, la única que observa a su primo y siente ganas de mandarle un bombazo y, a la vez, de abrazarse a su pantalón de chándal hasta exprimirlo.

Es la única niña que no chinga a los niños con lo último que queda de la coca-cola enjediondada, que no se ríe, pasando los brazos por los hombros de las otras, de los charcos de espuma más negra de lo normal, también es la única del cumpleaños a la que se le sientan al lado, casi sin que se entere, dos chicos con camisas de Pokémon. Aída sale de sí misma (la sensación es parecida a la de cuando un espino por fin se explota) para contestarles oh. Qué tal. Son rubios, idénticos, uno tiene una paleta partida, el trozo que le falta parece, por lo recto del corte, arrancado: Blastoise y el Gyarados rojo abriendo las bocas en sus camisas nuevas, sin costras ni uñas intentando digerirlas.

Se convierte entonces en la única niña del cumpleaños a la que dos gemelos rubios, con unas moñas engrifadas y a la vez lisísimas, le proponen ir a jugar fuera: en realidad no le apetece, pero mira a Moco de reojo, Moco poniéndole a la del lazo una cara que ya no pone nunca, Moco soltando gracias, la

otra partida el culo, ¿por qué?, si todo el mundo sabe que la graciosa de la familia es Aída, que la habladora y loquinaria y experta en burradas es Aída, y se obliga a desamarrarse el nudo de la vergüenza. Y pensando que a ella también le gustan los pokémon de tipo agua, lo consigue: ni leggin ni nada, se pone de pie de un brinco, ni ojalá hubiera aquí un vaho enorme ni ojalá falta de vista en todos los ojos presentes ni ojalá estos tíos no consigan fijarse bien en mí, no, no, que me vean, venga, venga, me da igual, los niños tienen las puntas de los dedos naranjas, Aída se mete la llaga de la lengua entre el diente y la encía para no preguntarle cómo se hizo eso. Y Moco y su cicatriz hablando todavía con la del lazo.

Esquivan las zancadillas que las chicas están intentando ponerles a los chicos y salen todos dispuestos. Hay una parte de la finca, explica el gemelo de la camisa de Gyarados, que está lejísimos y no se ve desde aquí pero en la que las piedras parecen sillones, ya vas a flipar cuando lleguemos, ¿cómo te llamas?

No entiende cómo pasa, pero pasa. Al principio se dejan caer sobre las piedras del borde de la finca, es verdad que parecen sillones, Aída imagina lámparas, velas, una alfombra por la que arrastrar las plantas de los pies hasta que le den escalofríos: los perros acostados donde estaría la mesa. Son dos, son preciosos. Los chicos (dos, preciosos) se sientan con las piernas muy abiertas, Aída también pero porque no quiere verse, decide que ya está bueno ya de pensar en eso, seguro que las otras también los tienen y seguro que en unos años, cuando haya vuelto a olvidar al cumpleañero del lunar enorme sobre el ojo, este día le parecerá enano, una cosa que quitarse como las caspas de las llagas de los talones. Ella (una, agujereada) tiene una suerte: verse desde dentro, nunca desde fuera como los demás, no desde los asientos en los que los gemelos se mueven para

acomodarse. ¿No saben imaginar que hay cojines y una manta y reposapiés o qué? Ellos son dos, son preciosos, son iguales, los pelos rubios y tiesos y, esto solo el de la camisa de Blastoise, un espacio en la boca que lo hace salvaje.

Es bonito ser salvaje. Lo piensa mientras conversa con ellos. Es bonito, sabe bien, te sientes unida a los perros, a ella la madre le dice siempre que se parece a los perros, que los entiende mucho porque es pesadita y cariñosa y no se la puede hacer callar, cuando quiere parece un terremoto, es como que tiene un ansia metida en la garganta. Salvajita: se lo gritaba cuando se rompía la ropa al enredarse con las verjas. No sabe cómo pasa: al principio, se sientan en las piedras del borde de la finca, lejos del garaje y de la coca-cola ahumada y de las serpentinas y de acabaste tú con mi vida, preferistes a mi amiga. Se esconden donde nadie les dijo que se podía estar. Y hablan sobre sus razones para no haber querido asistir al cumpleaños. Y sobre la insistencia de las madres y sobre que las dos, en la misma mesa, se están jartando de latas y latas del mismo pack de dorada. Y sobre sí mismos: se preguntan hasta cuántos pelos tienen en la cuca. En el chocho, en el caso de Aída. Ellos dicen en el chocho mirándose los pies. Ella dice en la cuca mirándoles a los ojos. Luego empiezan a jugar a la cogida-no-cogida-esto-sí-me-hace-sentirme-bien, aunque Aída piensa varias veces, sin querer pensarlo, que como Moco la vea se va a ofender muchísimo. Se pierde en ello durante un segundo y, aunque le tiran de la camisa, apenas lo siente. Los gemelos se levantan y empiezan a correr, de repente, a su alrededor, saltan las piedras, saltan a los perros, levantan tanta tierra que el olor cambia y Aída no entiende cómo es posible eso. Aída ya no entiende cómo es posible nada: por eso ella también se echa a correr.

Odia el juego de la cogida con todas sus ganas, le pegaría fuego al juego de la cogida con toda la gente que propone jugar

a la cogida dentro, pero es que esta vez no es la cogida, es una cosa más ligera, es ir cada uno para donde le apetezca y dar vueltas como un trompo y no caerse: imposible caerse así. Es ser capaz de inventar una trayectoria (dibujar un mosco con las patas, después una piscina, después una cascada de babas colgando de una risa) junto a dos chicos a los que no conoce de nada, que van tras ella como si ella fuera el centro, el objetivo, siente sus manos en los brazos y en los hombros y en el cuello, nota cómo el aire le aprieta el diafragma y le da igual: imposible asfixiarse así. Recuerda el lazo color vino, la cara de concentración, el miedo de ella, él no llegando para preguntarle qué te pasa, tía, te duele algo, tía, quieres que salgamos tú y yo a jugar fuera, tía, donde no nos pueda ver nadie, tía, corre, corre, vamos, tía. Después son aire, como en la canción de Mecano, aire que se agarra, y después, no sabe cómo, pasa.

Primero la botan al suelo. Cae sobre un mato. Se da en el hombro y, sobre todo, en la parte de atrás de la rodilla. Los mira desde abajo, sus chándales parecen cada vez más limpios, Gyarados y Blastoise con una forma distinta, las cosas al revés, se dice Aída, las cosas al revés son raras.

Le mandan una patada en los muslos, Aída se acuerda de los leggins, en su cabeza aparece la imagen de una tela negra con un montón de piedras clavadas, debajo una celulitis extendida como la pinocha. Seguro que se fijaron, piensa, y en realidad no le duele, le están apretando las canillas con las suelas de los tenis (dos, preciosos) y en verdad es que ni le duele.

¿Dolerle? ¿A ella? A ella. A ella. Que se ha pegado casi todo el verano botada en el sillón, las patas subidas al respaldo, la ansiedad caminándole por dentro de la cabeza, un escalofrío más picudo que las puntas de las hojas de las palmeras que ahora se ven desde la ventana de su cocina, un pensamiento

asqueroso que, aunque a veces se le va, le vuelve siempre: no voy a volver a vivir en la casa en la que crecí. Ni en mi pueblo. Antes Aída vivía en Granadilla, un pueblo que siempre tiene una nube encasquetada encima, ahora su madre y ella viven sin el padre en un piso de paredes blancas enfrente de la playa del Médano. Al principio: sí, vamos a bajar unas semanas para bañarnos las dos como unas loquinarias en el mar todos los días, ¿quieres? Luego no se iban. Luego no se iban. Y, hace un mes y pico, la madre le confesó por fin: pues nos vamos a quedar aquí porque aquí vamos a estar mejor y yo ya no podía más con lo que había arriba.

¿Dolerle las patadas (suaves, además: les da miedo pasarse, se miran para pedirse permiso) a ella? ¿Cuando se ha dedicado a clavarse las uñas y arrancarse después los pellejos, tirando hasta que le sale una gota de sangre? Tirando porque no sabe qué hacer ya. Harta de recorrer el piso de punta a punta, cinco segundos, a lo mejor seis, como mucho siete, para qué va a contar el tiempo si gotea como un grifo. En sus manos apretando el mando: no hay vía digital, en la tele normal no dan nada, la play sola le da nervios, la madre no le contesta sino shh, muchacha, shh, que estoy mala, las palabras se le mezclan con las flemas y tiene que irse al baño a escupirlas y le cuesta tanto que se le descuelguen de los labios, no consigue dormir si quiere dormir pero, si quiere analizarse y preguntarse por qué desde que la madre le dio la noticia respira diferente y tiene que repetirse no te agobies, ahora no, no ahora, acaba hasta roncando. Porque ya no le apetece la playa, ni la piscina, ni el Fefo, ni el skatepark, ni jugar con las pelotas nuevas del sótano de la casa de la abuela, ni nada. Es que es eso: cosas nuevas, fos. Solo se siente feliz cuando aparece algo viejo y le recuerda a sí misma y puede estregarse por el suelo o correr con dos niños o pintarse la cara con rotulador. Solo le apetece, en realidad, que Moco baje al Médano a verla, confiar en que él

le haga sentir que nada ha cambiado, jugar juntos al juego de Pressing Catch y que elijan al bozal de las rastas y lo pongan a darse piñas con el Enterrador, y, si puede ser, además, en la jaula, entre rejas para que se revienten vivos y no puedan huir el uno del otro como no se puede huir de la ansiedad. Así se lo dijo la pediatra: no se puede huir de la ansiedad, solo afrontarla.

¿Dolerle a ella? Son dos niñatos rubios, limpios porque seguro que no se atreven a escalar árboles ni a dejar que los perros (los oye echarse, levantarse, irse, volver) les baben todas las bocas, eran los únicos que no estaban hablando con nadie, los únicos que se acercaron a ella, a la única que. Por eso no dice, no hace. Se cansan de pegarle, la ponen a dar vueltas por donde Aída decide que estaría la alfombra del salón inventado, es un peso muerto y aun así la empujan. Oye ladrar a un perro. Le da pena no conocerlos: no distingue cuál es.

Al mirar a los chicos, piensa que ellos saben que tienen un poder pero no cómo usarlo.

Si algo ha aprendido Aída estas semanas, es su poder: cerrar los ojos y no existir, cerrar los ojos e imaginarse un programa de monólogos de Paramount Comedy en el que es ella quien habla, ella quien cuenta cualquier cosa que se le ocurra, ruidos, chispas llenándole la cabeza y saliéndole, las patas largas y brillantes y latiendo, por la boca. Historias, burrada tras burrada, ella aplaudida por un montón de público que no se para a mirarle unos agujeros que en ese caso le darían exactamente igual. Aída, sí, sí, Aída, la mejor, Aída, la que sabe cuánto falta para llegar a La Cruz de Tea solo viendo qué riscos hay para arriba, Aída, la salvajita, un día se atreverá a tocar la uña podrida de la abuela, un día a hacer parkour en el skatepark aunque haya una barbaridad de gente y hasta adolescentes bebiendo y dándose besos de tornillo, aunque se caiga y se enjedionde y eso la haga estar feliz, completa,

aunque no lo entienda nadie y se crean que ella también está mala y la lleven otra vez al ambulatorio, aunque se haya encontrado unos boquetes que la hacen sentir que ya no solo cambia todo: también su cuerpo. Su poder es cerrar los ojos y, existiendo tanto dentro, no existir.

Hasta que el labio se le rompe contra una piedra y lo siente hinchado y caliente y salado y los gemelos se asustan.

Hasta que se recuperan, después de charlar unos minutos, y le llenan los pelos de tierra y le pica la cabeza.

Hasta que le escupen en los ojos.

Hasta que la llaman bombona de butano, camping gas, Snorlax y la más fea del cumpleaños, ¿por qué nadie más se estaba riendo de ti, gorda?

Hasta que el de la camisa de Gyarados coge un puñado de pinocha, con la pinocha un rolo de perro, ¿de cuál de los dos?, y se lo estrega por la ropa, todo el leggin, toda la camisa, también la cara un poco.

Hasta que la ponen de pie y se susurran y se parten el culo y, por lo que ve ella, pretenden, lo están haciendo, bajarle los leggins y las bragas y pasarle la mierda por el chocho, a lo mejor en venganza por haberles preguntado antes con tanta seguridad, a lo mejor para que le dé una infección horrible y no pueda olvidarse de lo que le hicieron, o igual solo sienten que pueden, o igual solo les daría asco que les pasara a ellos y, ya que están, lo hacen. Igual solo se les ocurre. Y, ya que están, pues lo hacen.

Hasta que se descubren los hoyos, ahora da igual la luz, ahora la conciencia de su celulitis: algo en ella es diferente, lo sabe. Y Moco aparece, el Spiderman descascarillado brillando mientras corre, Aída se pone colorada de la vergüenza y no piensa, en realidad, en la situación, el de la camisa de Gyarados apretando el rolo medio deshecho y pegándolo cada vez más a su chocho que no tiene pelo, hace unos meses que cumplió los doce y ya va a empezar el instituto y no le ha salido sino uno, es larguísimo y rizado y hay que abrir un poco para llegar a él. Siente terror por los boquetes, pero de eso no se da ni cuenta: a Moco le ha enseñado el pelo muchas veces, Moco se queda embobado siempre, Moco siempre lo quiere ver. Y los otros dos ya le dan lo mismo. Las piernas de su primo golpeando la tierra, la tierra levantándose como si una nube lo llevara, enseguida llega y agarra a los gemelos por las cabezas, uno con cada mano, y los estrompa contra el piso, les da patadas, tortas, los hace llorar como ellos no pudieron hacer llorar a Aída. La caca rueda por el suelo, el Aída Show se acaba, Moco la protege, no estaba pasando de ella, no la había abandonado, su primo no la abandonaría nunca, lo imagina vestido de guerrero y consiguiendo combos y salvándola de unos malos que no van a volver a salir en el juego. Nunca más. Los gemelos gritan no, no, por favor, tío, eran vacilones, estate quieto, loco, por favor, por favor, joder.

Aída mira la pelea como se miran las fotos de alguien a quien se ama.

Sigue, sin embargo, parada, de pie, oliendo mal. Sucia.

Se dejan pegar como hizo ella. Después Moco se incorpora: se cansó o le dieron pena o no quiere que lo arresten tanto. Les grita como ustedes vuelvan a tocar a mi prima les rompo la puta cabeza, gilipollas de mierda. Los gemelos corren, las patas les llegan al culo. Y los perros reaparecen, sus trayectorias se juntan, forman una equis.

Moco la mira. Aída quiere decirle estoy así, perdón, y perdón por no querer antes que me vieras, perdón por taparme los muslos con la rebeca en el coche, perdón por no explicarte cuánto creo que miden los molinos eólicos del camino, por no llevarte un sándwich de nocilla, por no mandarles una patada en los huevos cuando empezaron a pegarme, perdóname, Moco, por no querer ir a la playa aunque ahora viva en ella y por no poder subir caminando a casa de abuela y por no querer bailar en el comedor y por no responderte que sí a lo de escaparnos y robar una caravana y hacernos hippies como los de La Tejita, perdón por no defenderte cuando mi madre te pegó una torta, perdón por mis muslos, por mis labios que saben a sangre, perdón por no tener ganas de empezar el instituto y por intentar que no viniéramos a este cumpleaños y por no acompañarte a saludar al cumpleañero, a decirle felicidades, tío, qué lunar más precioso, cabrón, perdón por irme con dos niñatos rubios y por no juntarme contigo y con tu amiga y perdón por no contarte que el apartamento en el que tengo que vivir me da asco y que a veces sueño que me viene la regla y me despierto con una humedad en las bragas. Perdóname, Moco, gracias, Moco, estoy salvada, Moco, pero estoy desnuda, Moco, y tú me quieres con cráteres en los muslos.

La cicatriz en el labio de abajo. La misma nariz que ella. Los iris medio verdes y tan flaco, tan flaco, Aída conoce todos sus huesos. Observa a su prima, la boca pintada con sangre, la ha visto mil veces sin ropa pero jamás sangrando así. Pero jamás con mierda estregada. Sin cambiar de expresión, le sube los leggins con fuerza, se los encaja en la barriga, se da media vuelta y se va corriendo.

Aída se vuelve a dejar caer para sentarse en una de las piedras, cómo se lo va a explicar a su madre, y más ahora, que está en la misma mesa y jartándose de latas y latas del mismo

pack de dorada que la madre de los gemelos. Se queda ahí un rato, diciéndose no te mires los leggins. Menos mal que puede acariciar a los perros.

2

Doble Equipo [2]

La abuela los crio partida el culo. Hablándoles sin parar, babándose de la risa con sus respuestas: ay, mis niños chicos preciosos tan igualitos ellos que me los mandaba enteros de una mordida sola de todo lo que los quiero yo a mis niños chiquititos. Aída y Moco eternamente sentados en las sillas de la cocina, el chirrido de los tornillos sueltos, siempre en las mismas, siempre en las más rotas, su abuela revolviendo el potaje hecho con la receta que ella misma se inventó la tarde que nacieron. Pequeños y horripilantes y aún nada pero ya juntos los dos, cuenta siempre. Enredados, cuenta siempre. Habiéndose metido en las madres a través de unos tubos que tenemos en la parte alta de los muslos, yo los deseé, cuenta siempre. La abuela bajando la voz, virándose para señalar la ventana que da al terreno de abajo: por eso las pusimos con las patas abiertas en la huerta y ustedes entraron, invisibles y a la vez, con el aire. Y ellas embarazadas a la vez y las barrigas creciéndoles a la vez y yo haciéndoles a la vez las mismas aguas, con la misma cantidad de hojas, para que ustedes. El mismo día, cuenta siempre.

Los nietos suelen escucharla con las bocas abiertas, el cuento entrándoles por las gargantas, sus semillas germinándoles dentro: por eso comen juntos. Se lavan los dientes juntos. Hacen la tarea juntos. Dormitan viendo la tele juntos. Juegan a la game boy juntos. Corren por el pasillo juntos. Gritan juntos. Se eschavetan juntos. Cagan juntos. Por eso arrastran los

cachetes por la bata de la abuela y le dicen te queremos mucho, abueli, y dejan que ella les rebuje los pelos y les chingue las caras con los guantes de fregar la loza y se ría de ellos, de sus caras tan parecidas regañándose al chupar medio limón cada uno, de sus pies. Entrelazando, con esfuerzo, ay, ay, no seas bruto, tío, espérate un momento, los dedos. La abuela los crio sonriendo al mirarlos, asegurándoles que fue ella quien, pidiéndolos, hizo que nacieran conectados, besándoles las sienes porque una cosa es tener dos nietos. Y otra cosa es que tus dos nietos encajen así. Tan guapos y tan buenos, ella una cabra loca, él más serio pero con unos golpes que da miedo y el brillo de las ruindades agrandándole los ojos.

Muchas veces los llama, muchachitos, muchachitos, y les pide que abran las bocas para echarles dentro un chorro de leche condensada. Les ve, mientras aprieta, las amígdalas.

Lo que la abuela no sabe es que casi siempre aguantan la leche condensada sobre la lengua y se la pasan de una boca a otra, juntando los labios dulces. Pueden hacerlo: nacieron el mismo día, se duermen enredados.

Aída y la abuela se parecen, sobre todo, en una cosa: las dos se jartan a hablar. Se ponen delante de alguien y chucu, chucu, chucu. No se conforman con tener cosas dentro: quieren botarlas para fuera, tocarlas. Les aprietan, y ellas no pueden contener el flujo de colores y movimientos y espuma invisible que les sale por la boca. Como si se hubieran tragado un montón de agua de mar de un buche al bucear debajo de una ola. O como si sus cabezas fueran un sitio por el que se pudiese caminar: Aída se sabe el cuento, ¿cómo no se lo va a saber? Y se lo repite a veces (tú y yo, Moco) solo para sí misma, las patas encogidas para poder abrazárselas, los latidos de la creencia: su abuela es transparente. De tanto chucu. Y menos mal, porque si Aída no se sentara en la silla de mimbre del sótano y no se dejara picar el culo por todas esas hebras tiesas

y no se agarrara el labio de abajo con los colmillos y no se esforzara por oír, como si fuera una música de fondo, los taponazos del limonero de la huerta contra la ventana y no reprodujera en su interior la historia de sus nacimientos mágicos, ¿existirían? ¿Sus cuerpos crujirían el uno contra el otro, o les pasaría como cuando te quieres estallar los dedos y no? ¿Habría risa para ella, casa para ella, sitio donde rodar por el piso para ella?

También suele preguntarse, desde hace un tiempo, si ella es transparente como la abuela. Si Moco le bota la pelota de una patada y le ve los huesos doblándosele y descubre que siente agujas en la barriga, y viene y le acaricia la cabeza mientras hace shh para que se le aflojen, y le jala luego de los pelos porque ella, sin darse cuenta, lo desea un poco, el picor en el cuero cabelludo, estrellas corriéndole por el cráneo cuando el primo se le despega. Y vuelve a dejarla sola.

Hablar, como le pasa a la abuela, es su cosa preferida. La otra es pensar: últimamente intenta comprender cómo es ella y cómo es su primo, por separado, no dos pechos hinchándose y deshinchándose a la vez (siempre que duermen juntos, Aída intenta que su respiración siga el ritmo de la de Moco; cuando lo consigue, se imagina que Moco es quien la sigue a ella). Ni cuatro manos. Ni cuatro rodillas todas reventadas.

Lo que son, lo que no son, lo que serán, lo que eran y ya no van a volver a ser: Aída, arrancando cachos de mimbre y con el bombazo de la pelota aún ardiéndole, se pone a llorar un fisco de repente, Moco la mira y dice qué haces, tía.

No somos primos idénticos.

Eso son cosas de abuela.

Abuela se inventa esos rollos para que no nos peleemos, no seas niña chica.

Moco se le sienta al lado, casi no caben, enciende la game boy y aparecen en el gimnasio de Ciudad Azulona, llevan un

montón de tiempo trabados en el líder, los pokémon muriéndose de un solo golpe y Aída gritándole ponle la MT, ponle la MT, muchacho, y Moco sorbiendo por la nariz.

Pasando de ella.

Moco y la abuela se parecen, sobre todo, en una cosa: en la cabezonería. Yo lo hago. Y tú cúbrete las patas de las picadas de los matos de la huerta y yo no. El que sabe soy yo, tía. Y tú solo puedes mirar, y dámelo, y dámelo, y lo evoluciono si me da la gana a mí, coño. Se parecen en empeñarse en algo y no desempeñarse nunca, Moco ya no quiere escalar el limonero para tocar las hojas frescas ni hacer una competición de caretos ni jugar al juego de las Bratz que se han pasado como ocho veces y que a Aída le hace sentir cosquillas en la barriga porque le recuerda a cuando aún mordían los cables del mando: no, no, ya no, ya no, cállate la boca, no somos primos idénticos y eso es de cuando éramos chicos y ya me da vergüenza. Aída se muerde los labios. Con una fuerza que agüita. Nacimos el mismo día, chucu, chucu, nuestras narices, huellas iguales cuando metíamos las manos en el balde de la fregona para pegarlas a la pared, bocas iguales, gufos con el mismo olor. Si no te puedo decir burradas, se me aboba la lengua y me quedo, poco a poco, toda seca.

Moco no sabe que Aída ya solo quiere hacer cosas cuando están juntos. Ni que lo único que le queda es su aliento en el hombro. Cada vez se ven menos, se le olvida al tenerlo tan cerca, pero se acuerda por el calor que le pega los pelos a la frente, se ven poco y él no quiere darle para atrás al tiempo y muchas veces, cuando quedan en casa de la abuela (Aída, antes de subir, probándose varias diademas para ver cuál le queda mejor), aprovecha que ya le dejan salir solo para irse con otra gente. Con los amigos jediondos que siempre están en cholas y dicen que tienen a Mew, el pokémon legendario que casi nadie tiene. Se ven menos: algunos días a Aída ni siquiera le apetece

subir a Granadilla a estar ahí con Moco, le da algunos días lo mismo estar en casa de la abuela que quedarse en el apartamento del Médano, en el apartamento que siente de otros, viendo *España Directo* y sacándose mocos con sangre. Por la calima dichosa. Que a su primo le hace estornudar sin parar.

Ahora, sin embargo, piensa no puedo renunciar a esto. Esto es lo último que le queda, la boya a la que se agarra, lo que, cuando va bien, le provoca chispazos en el estómago y en el cielo de la boca, lo único que la defiende de todo. Como Moco la defiende a ella, desde siempre, de todos. Le agradece mentalmente a su abuela haberle dado un primo idéntico: nunca estará sola. Sujeta esa idea como si fuera una extremidad a punto de desprendérsele del cuerpo.

Por qué las cosas no pueden durar lo que dura quererlas, se pregunta.

Las veces que se le está acabando el petisuis y ella mete la lengua y aprieta y toca el fondo con la punta. Siempre queda un fisco. Pero nunca es suficiente.

Moco grita que te calles, pesada de mierda. Aída responde perdóname. Te quiero. Y él le clava las uñas en la muñeca, claro que me quieres, soy tu persona preferida.

Aída y Moco se parecen, claro. Claro. ¿En qué?

No son iguales.

Aída es el huevo del arroz a la cubana: una sorpresa entre todo lo conocido, la saliva saliendo a chorros porque hay una textura nueva, tocarla es necesario y urgente, es como revolcarse en el cuadrado de sol de la huerta que siempre está a punto de arder.

Moco es plátano frito: manchándolo todo, volviéndolo todo pegajoso, dejando en todo la marca de su cuerpo que suda, se baba, estornuda, una vez se rompió un hueso y, cuando la gente de alrededor pensó que iba a empezar a hiperventilar, se

tocó lo que salía. Y dijo parece un diente. Mordiéndome para escaparse.

Aída es una mata de hinojo.

Moco es un árbol que, cuanto más crece, más taponazos dan sus ramas en una ventana.

Aída es un perro precioso.

Moco es un gato preciosísimo.

Aída es la gota de pis, se partió tanto el culo que sintió que se derretía, se le fue tanto la pinza que acabó botada en el suelo y no pudo parar, y se mordió los dedos y los labios y la lengua y aun así no hubo forma, gritó como un cochino y tuvo que irse corriendo y se bajó las bragas y vio ese lago absorbido por la tela y susurró ay mi madre y en el fondo, donde solo puede verse y tocarse ella, encontró una gota de satisfacción: fue tanto que me cambió.

Moco es la caspa de la herida, se la arranca y se la traga cuando se queda solo, el mando de la play vibrándole en los dedos y él escarbándose y sacando una escama y ablandándola con la lengua. Es como una pastilla pero no hace nada, o sí hace pero solo a él. La pastilla baja como un limón que revienta ya podrido para mezclarse con el paquete de papas que se está comiendo, ya no hay aburrimiento, ya no hay tener que caminar otra vez hasta el punto de control, matar todos los bichos uno a uno con técnicas cada vez más nuevas porque si no la apaga, se echa en el sillón, se rasca los calzoncillos, ya no hay de eso, la caspa vuela por sus tripas, y él, gracias a que se la tomó, recuerda el instante, las manos del padre aún tiesas, él gritando aunque me pegues fuerte no me duele, la sonrisa ensangrentada: fue tanto que me cambió.

Aída es el collar de la *Bravo* trincándole la piel del cuello: ay, si me lo quito ya no me gusto.

Moco es hacerse un pendiente con una aguja quemada en el escritorio de su cuarto.

Aída es querer tragarse la luz.

Moco es encenderla hasta que todo se pueda ver. Sin excepciones.

Aída es, frente a la ventana convertida en un espejo en el que todo se vuelve un contorno, una camisa subiéndose y un sujetador blanco y áspero. Aún no le hace falta pero le dan vergüenza sus pezones, y además odia notar que, si viene un chingo de aire frío, algo se le eriza y crece. Aída quiere estirarse, redondearse, aplanarse, lanzarse al techo y darse vueltas como hacen en las pizzerías, Aída intenta que la piel le cambie bajo los dedos, Aída, sin embargo, solo consigue respuestas: las fosas de los brazos llenas de chispas, si las miras te meas por la noche, si las miras te vacías por la noche y luego al despertarte te piensas que vuelves a ser pequeña y te pones en pie de un brinco y te ves en la ventana y no. Y no. Horror.

Moco es olerse las manos siempre que sale del baño.

Aída es una galleta.

Moco es la saliva que la disuelve.

Aída es preguntarle a la abuela: abuela, como ahora no vivo en Granadilla y no puedo venir tanto a tu casa, ¿tú ya no me quieres como antes?

Moco es que lo lleven a pasar tres noches por semana a casa de la abuela porque solo se puede dormir si ella le hace una tila cuando tiene una rabieta.

Aída es mirar por la ventana de su casa nueva en El Médano y ver a las viejas paseando por la playa y el resto de la gente siempre distinta. Viniendo para luego irse de la isla y volver a sus países tan lejanos. Y ella.

Moco es estar siempre estornudando porque le dan alergia 1) la calima, 2) los ácaros, 3) la lluvia que casi siempre se estrompa gota a gota constantemente sobre la azotea de su casa de Granadilla.

Aída es olvidarse, poco a poco, de preguntar por su padre.

Moco es preguntar por el suyo una y otra vez. Aunque luego el padre le meta un cogotazo, le arreste la play y la merienda.

Aída es el pelo de una bratz, lo estrega por la tierra y se queda todo tieso, lo unta con sus babas y también se queda todo tieso, le incrusta queso rallado cuando la abuela no la mira y se queda tieso como una pinocha brillante. Y lo pone debajo del grifo para que el agua se lleve la jediondada. Vuelve a ser suave, hermoso. Hasta que no: un día, se da cuenta (con tembleques porque el agua saca mejor la mierda cuando está a punto de congelarse) de que se transformó. De que simplemente había olvidado cómo era al principio. Y se queda ahí con esos pelos podridos, cochinos, apestosos. Y se queda ahí metiéndoselos en la boca para consolarlos.

Moco es el vómito.

Aída es el tropezón.

Moco es no decir.

Aída es querer saberlo todo.

Moco es querer dos cosas. En el sótano, donde sea, pero ya.

Aída es odiar esas dos cosas.

Moco es exigir que se le pague.

Aída es odiar esas dos cosas.

Moco es arrodillarse frente a sí mismo.

Aída es odiar esas dos cosas.

Moco es escarbar en las cosquillas.

Aída es odiar esas dos cosas.

Moco es mirar el pelo del chocho de Aída hasta gastarle las curvas.

Aída es odiar esas dos cosas.

Moco es una crema hecha con la tierra de la entrada de la huerta.

Aída es odiar esas dos cosas.

Moco es apretar.

Aída es odiar esas dos cosas.

Moco es el chándal apestando a viejas guisadas.

Aída es odiar esas dos cosas.

Moco es introducir un palo.

Aída es odiar esas dos cosas.

Moco es quedarse serio, con las uñas en la boca y sangre en la punta de la lengua, con las aletas de la nariz extendidas como las alas de una paloma, con todas las palabrotas que sabe dándole vueltas por la barriga, gorda jedionda, puta de mierda, vacaburra y ojalá te reventaras y ojalá mi prima fuera otra y ojalá tuvieras tetas, si ella le dice que no. Si ella, a cualquier ocurrencia, le dice oye, tío, mejor no.

Aída es odiar esas dos cosas.

Moco es una petición.

Aída, odiar esas dos cosas.

No son iguales. Aun así, son lo mismo. Cuenta siempre la abuela.

3

Desenrollar [3]

Aída, ahora, enfadada: los dientes jincados en los labios, las piernas abrazadas, desea, no quiere hacerlo pero lo desea, contagiarle la ansiedad a Moco, traspasársela de un lapo como cuando le pegó las placas de la garganta y las suyas fueron mil veces peores, cuarenta de fiebre y una semana faltando al colegio y ya desesperado y chillando por toda la casa sin que nadie fuera capaz de pararlo, esa misma angustia le desea ahora, aprieta los párpados para desearlo, arrugas por toda la cara por estar deseándolo tanto, que se le llene la barriga de alfileres y tenga que convencerse cada día de su vida de que lo que tiene no es sino la acidez más grande y larga a la que se enfrentará jamás, excusa tras excusa, el ajo de los macarrones o el tremendo paquete de cheetos pelotazos que escachó uno a uno entre los dedos y se mandó como lloviéndose dentro, para no admitir estoy nerviosa, estoy asustada, me pica todo y sé, en realidad, que no me pica nada. Nada. De nada, joder.

Desea que Moco tenga que vivir, si es que se atreve, dos meses completos en este piso jediondo, apoyando los cachetes en el gotelé jediondo para luchar contra el calor jediondo, oyendo a la madre, encima, gritar muchacha, que te dejes de tirar, muchacha, que no ensucies, que esto no es nuestro y las cosas ajenas las tenemos que cuidar sí o sí siempre: pero la bombilla de la cocina fundiéndose de tanto comer debajo de ella, y el fajo de billetes aterrizando a lo bestia, pimba, en la mano amarillenta y apestando a cigarro putrefacto del casero.

Otro mes, solo otro, luego ya lo vamos viendo, ¿vale? Me engañaste, ma, me dijiste una mentira, es que no me lo puedo ni creer, colega. Que te calles, que me respetes, ¿acaso no estás bien tú aquí, como una reina al lado de la playa? Y ¿por qué no quieres ir a bañarte? Y ¿pero qué te pasa? Y tener que callarse, y no poder decirle lo que realmente piensa, que es: yo tenía un cuarto del que conocía hasta los pelos que se habían quedado metidos para siempre en lo de debajo de la estantería.

Y este cuarto ahora, sin nada. De nada, joder. Una cama crujiente y una alfombra. ¡No la ensucies! ¡No la esconches! ¡Como se te ocurra merendar encima te quedas arrestada tres meses sin! ¿Sin, sin qué, ma, qué quieres quitarme ahora, mi casa preciosa por la que trepaban ranas? ¿Mi infancia preciosa que hacía que todo me engrifara la boca por dentro?

Te vas a cagar vivo, Moco. Cuando él la empuja, sin embargo, Aída no grita ni nada: se deja caer como los billetes, como los pelotazos, como los pelos que, atrapados para siempre.

Un rato antes, Aída aburrida: botada en la alfombra del apartamento, mirando a Moco a escondidas, con la diadema cubriéndole los ojos como si fuera un antifaz. Vamos a hacer como que estamos durmiendo, como que nos dejamos dormir sin querer en el camarote de un crucero y tenemos que ignorar las lámparas y las olas y las ganas de arrojarnos y de todo, ¿vale? Moco hundiéndose las paletas en la cicatriz. Alrededor de ellos, objetos que supuestamente no sirven para jugar. Los cubiertos de madera de la segunda gaveta de la cocina, un paquete de lentejas desparramado, las flores plásticas que Aída acaricia, abriendo mucho los ojos para sentir cómo se le despegan las legañas, todas las mañanas antes de desayunarse.

Aída y Moco aburridos: buscando por cada rincón del piso algo que pudiera salvarlos de las lámparas, de las olas, de la

acidez subiendo sin parar, gritando al proponer esto, esto, ¿esto?, joder, joder, mejor otra cosa, ¿no?, cambiando de postura un montón de veces cuando por fin se decidieron a sentarse en el suelo y encender la wii y jugar menos de un minuto a tenis, mandar un par de bombazos a lo bozalo hasta que uno soltó no. Esto tampoco, esto tampoco, ¿no? Aída, la espalda arqueándose para alinearse con las petas de la alfombra, se quedó mirando a Moco: le dio miedo haberle contagiado el asco, el despertarse y saberse aquí y enroscarse como la soga de un trompo para después bailarse y poder llegar aunque sea al macetero. Y poder mandarse los cereales. Y taparse hasta los pelos con su sábana reseca de apartamento de playa. E intentar volverse, con la misma, a dormir.

Propuso, entonces, ¿nos hacemos los dormidos? Los rizos todos escachados, puntos de luz atravesando las cosquillas que le hacía la tela en las pestañas, comportarse como esas veces que se vuelve a la cama a intentar dormirse y juega a seguir soñando, a aparecer en otro sitio, dentro de su cabeza: estamos aquí hoy para hablar de ¡por qué los roletes cambian de color cuando se secan en la calle!, de ¡cuando se me explotó un globo en la barriga y se me quedó una marca que era igualita a la Montaña Roja!, de ¡las mezclas de refrescos más buenas: fanta con coca-cola con clipper con un fisco de café y un lapo y un sobre de azúcar y una cucharadita de mojo verde aguachento! Aída intentó enseñarle su salvación a Moco. Ya que le había pegado el aburrimiento. Ya que había pedido visitarla, viene tu primo ahora cuando me pase tu tía a buscar para irnos las dos al Mercadona, ¿vale, Aidita? Ya que tenía la cara esa. Apoyando la cabeza en la rodilla. Mordiéndose los labios. Mirando atravesado: aunque Aída intentara hacer como que no, lo veía a través de la diadema.

Lo vio morderse una uña y arrancarse el cacho de un tirón, limpiarse la nariz con la esquina de la alfombra, sonreírse,

mover la boca para decir ¿jugamos
como cuando éramos chicos, tía?

Aída gimiendo. Sin querer. Las flemas despegándosele de la garganta y, por fin, bajando. El primo levantándole el antifaz: ¿jugamos como cuando éramos chicos o tú no te acuerdas ya de cómo era, eh, eh, eh, tía, ya no te acuerdas de los juegos nuestros de siempre?

Y ella sí, me acuerdo, tío, sí, sí. No sabía exactamente a cuál de sus juegos se refería, pero no había olvidado ninguno y todos los echaba de menos. Así que se levantó como una puncha y se expuso: dejó que su primo, ya que decidió abrir el pasadizo, cortar los matujos entre ellos y destapar la puerta que los lleva a donde todo sigue igual, eligiera qué iban a hacer. Confió en su expresión concentrada. En su labio mordido igual que antes y ahora, sin embargo, ya diferente. En sus manos apartándole las bragas y abriéndole el chocho y arrancándole su único pelo de un tirón. En cómo lo enrolló entre los dedos y lo botó al piso, ya fuera de ella y a punto de meterse debajo de la estantería.

Aída pensó, enseguida, gracias. Gracias, gracias, gracias. Gracias por esto que no sabía yo que necesitaba: echar para atrás el tiempo. A ti siempre se te ocurre cómo ayudarme. Como no le salían las palabras, lo abrazó desde arriba y le respiró sobre la cabeza como hacía mucho tiempo que no respiraba. Ahora podemos jugar. A qué jugamos. A qué. Ya sé a qué, tía.

Aída, justo después, diciéndose cuidado. Ten cuidado. No sonrías mucho. Guárdate los dientes, no te rías como un cochino y no grites estoy feliz y no preguntes ¿y tú, y tú, no te alegra estar así los dos por fin? Aída, justo después, haciendo fuerzas para que los sentimientos de su primo (quedarse pensativo y serio, tratando de dar con un juego que pudiera

jugarse en un lugar desconocido para ambos, y acordarse del que se inventaron de pequeños y considerar que pueden volver a enviciarse a él: creer que no ha cambiado nada) pudieran pegársele bien. Intentando atarse a un cuerpo que siempre ha hecho clic con el suyo: estar, a los siete años, chupando un polo en las escaleras de la huerta, las tiras de las cholas ya marcadas por el sol, y soltar yo te conozco tanto que podría dibujarte hasta con los ojos cerrados. El primo respondiendo vale. Vale, hazlo, venga. Y un folio todo lleno de tierra y un creyón y una figura idéntica a él. Con la boca un poco más para allá si acaso, con los pelos como si estuviera acabante de cortárselos: únicas diferencias. Les gustó tanto que cambiaron las normas. Y se quedó la cosa de esta forma: uno describía una imagen con dos o tres frases, el otro la trazaba sin mirar, siempre acertaban y se demostraban que. Que. Hoy él proponiéndole volver a jugar a dibújame con los ojos cerrados, hoy ella sintiendo que estos meses de jediondada se iban a poder rebobinar.

Hace años, se pegaban tardes enteras así: la abuela chillando suban a chascarse la merienda, bozalitos, y las hojas cubriendo el suelo como baldosas con estampados indescifrables. Ten cuidado y no pierdas la oportunidad, se dijo Aída. Levantó un poco el muslo para quitarse las lentejas que se le habían clavado. Al momento, volvió a pegarlo a la alfombra: no alteres nada, muchacha, imbécil, protege el juego como el juego te protege a ti.

No pudo evitar, sin embargo, pedirse el primer turno. El primo se lo dejó sin protestar, secó el boli con el cuello de la camisa y extendió el folio en el fisco de suelo de entre la alfombra y la pared. Aída no tuvo ni que pensarlo. Una piscina. Unas viejas dentro. Haciendo aquagym. Una está jambriando. Y las otras la critican por debajo del agua cuando ella se queda fuera mirando para el cielo y diciéndose ay, que me da una fatiga, ay, que me reviento, ay, ay. Grifo de palabras

arreglándole la boca a Aída.

Moco dibuja. Y qué fácil. Qué perfecto. Hasta las burbujas alrededor de una de las doñas: cómo supiste que se estaba cagando un gufo, tío, tío, cómo. Qué lengua tan larga chupándose un fisco los pelos casi transparentes del bigote. Qué voz indicando me toca ahora a mí. Ahora a mí, a mí. Cierra los ojos y habla:

Dibuja

la cuca

de un mono a medio arrancar, y mi cuca

en tu boca y tú jedionda con el culo abierto como el otro día cuando te estabas bañando y te vi los pelos esos todos negros, fos, fos, todavía me arrojo y todo, tía, dibújame matándote, pium, pium, gordísima y atacando con los pelos cagados y yo matándote, pium, dibújate

gordísima. Qué diafragma pegando un latigazo como si se le hubiera soltado el elástico y qué mordida en la punta de la lengua y qué mareo y qué ay, que me da una fatiga, ay y qué obligarse a respetar el juego porque por las noches le parece que el gotelé son gotas de lluvia y que está abandonada en un descampado cubierto por cristales y todo cae a su alrededor y no hay ya cosas frescas sobre su piel quemona y cubierta por cristales y lo que antes le erizaba lo de dentro de la boca, y despertarse y decirse ya es de día y llorar porque la game boy no duró lo suficiente en rojo y lamerle los ciscos de las croquetas a su primo de los dedos. Y qué dibujarlo todo sin dudar un solo segundo y acertar, siempre, como si ella misma se lo hubiera imaginado: gorda y con una aureola de rizos jediondos y todos enredados, cómo lo supiste, cómo, tía, tía, cómo.

Qué fácil jugar. Después le tocó a ella dictar de nuevo su imaginación, a él empezar a pintar, ignorando la voz de su prima, lo que le daba la real gana.

Cosas asquerosas que no tenían nada que ver con lo que había en la cabeza de Aída. Ella, aun así, entendió todos sus trazos: sucedían a la vez sus palabras, dibuja esto y esto, y las ideas que lo que crecía en el folio le metían dentro. Le pareció que todo el malestar de este verano goteaba ahí, que ya se lo había pegado a Moco ya por fin y a la vez él se lo volvía a pegar a ella y a la vez ella se lo volvía a pegar a él: por eso el primo la veía completa y estaba dibujando cosas que ella no había pensado pero pensaría. Su futuro en esa motosierra apuñalando un cerebro y en ese hombre con una botella de ron ahorcado, y en ese, y en ese. Le pareció que el fracaso del juego no era culpa de Moco sino suya, pero.

Pero no pudo evitar enfadarse tanto que se jincó los dientes en los labios y deseó que, buceando su cerebro como estaba haciendo, acabara encontrándose la ansiedad, un centro con rejos lo suficientemente largos para cogerlo del cogote y apretarle. Le gritó cállate, estate quieto, para, para, déjame, dame el boli, no manches nada, quita, quita, quita, quita, joder. Él le puso las manos en el pecho y empujó, ella intentó hacer fuerza.

Se dejó caer, sin embargo, como.

Déjame quieta ya que me quiero ir al baño. Que no, que te aguantes, tía.

Hola, mis niños, oh, ¿qué han hecho? Nada. Nada. Nada. Nada. Nada, ¿por qué? Les trajimos los dulcitos que les prometimos, los preferidos de ustedes, tomen. Este, Aidita. Jaimi, este. Jártense y rejártense. Muchacha, era al contrario, este para ella y este para él, ¿tú no conoces a tu gente? Ah. Pues bueno. Como ya se los empezaron, cómanselos completos: no se los vayan a cambiar todos babados. ¿Tú te acuerdas de cuando mamá les dio el bote de leche condensada y los trincamos a punto de jugar a echarse uno un fisco en la boca y pasárselo

con una escupitina al otro? Me meo, ni chiquitas ocurrencias que tenían estos dos. ¿Y te ha seguido llamando quien te dije al aparato o qué? ¿Y la familia de quien te dije al aparato no ha pensado mandarse a mudar más lejos incluso, a tomar por culo para que se joda y vea de una vez que a una mujer y a una hija no se las puede conservar así mandándole al ronito todo el día o qué? ¿Y tú no vas a quitarte la alianza nunca o qué? Y a ver si le damos al pisito este un fisco de vida al menos, mañana vengo a traerte un par de maceteros y de cuadros y nos ponemos como los gemelos esos que reforman las casas que siempre nos pegamos Jaimín y yo en la tres. ¿No quieres? Bueno ya, coño. Sigue tú viviendo en la mierda de casa para la guirufada esta. Que tienes que mentalizarte de que ustedes ya no están aquí de vacaciones sino para quedarse. Que para estar dos semanas vale, pero ¿a ti no te dan tristeza las paredes estas sin nada con lo que alegrar la vista un fisco al menos, el suelo este frío por todos lados y eso que hace un calor de muerte, la cocina con el par de cosas para remediarse y hacerse una lata de esas de judías en el microondas y ya está? El par de cosas puestas para los guirufos. Y ustedes aquí. Viviendo.

Bueno, pues nada, me voy, nos vamos, adiós, adiós. Adiós, primita, se le dice, dense un beso que lo vea yo. A ver el beso, a verlo. Bien se quieren ustedes. Menos mal, porque si no el disgusto que nos llevaríamos todos, ¿eh?, acuérdense. Bueno, mañana te traigo los maceteros, bueno, bueno, adiós, adiós, adiós, sobrina.

¿Y todo botado esto? ¿Qué te tengo dicho, Aidita? Que nada de esto es nuestro y nuestra responsabilidad es cuidarlo y dejarlo todo igual. Todito. Cuando sea que nos vayamos, yo eso todavía no lo puedo saber. Que te calles ya. Arrestada. Y recoge todas estas mierdas y todos los rebujachos estos y por qué gastaron tantos folios para no dibujar nada y las flores plásticas de mierda a la basura las voy a mandar con la misma y cuando

te juntas con tu primo, es que eres otra niña, te enrabiscas, parece que estuvieran los dos enamorados, que solo le hicieras caso a él parece. Recoge, muchacha, cállate, muchacha, mal me tienes, mal, muchacha, y tengo unas ganas de que empieces las clases ya. De que empieces ya. Tengo unas ganas ya. Las clases y todo lo demás ya, ya. Muchacha, ya.

Arrestada por lo menos tres horas. Quédate aquí pensando.

Pensando.

Pensando.

Pensando.

Ya lo sé que es más que tarde. Perdóname, perdón. Ven a comerte la ensalada. Como a ti te gusta, le eché miel y de todo. Perdona, ¿me perdonas?, tu tía me enloqueció. Me enrabiscó. Mañana por la mañana limpiamos bien la alfombra y, a la hora a la que pretenda venir tu tía, nos vamos las dos a la playa y nos botamos las dos en la arena como dos tizones, ¿vale? ¿No tienes ganas? Ah. Pues come. Come, come, come, come. A lo mejor sí deberíamos mandarle a la casita unos cuantos maceteritos más, ponerla medio decente al menos.

¿Dolerme el dedo por? La verdad es que tenía la alianza más enterradita que. No es sino una bobería, estate quieta, me la quité porque me dio la gana. Déjala ahí guardada, quieta, no la saques que se nos puede perder. Aidita. Aidita. Quieta ya.

¿Y esa fuerte cara de animala, muchacha? ¿Qué tanto estarás tú pensando?

Pensando.

Pensando.

Pensando.

Pensando.

Pensando.

4

Nueva partida [4]

Un videojuego de sí misma: eso le encantaría. Lo piensa después de meses sin pensar en su nombre, en su cara, en sus pies. Después de meses metiéndose debajo de la mesa y contemplando, como quien apunta al sol para quedarse ciega, los trazos de sus dedos grasientos. Le nace siempre limpiárselos en las caras internas de los muebles de la cocina, la madre se pone nerviosísima pero Aída no sabe luchar contra sus costumbres, contra su instinto, contra su cuerpo, ella es, reflexiona a veces, alguien hecho para dominarse: no quiere hacer esto, lo hace enseguida; no sabe hacer esto, no puede aprenderlo; le duelen las yemas de los pulgares, toca todas las plantas picudas, aprieta hasta que la carne le chispea, prueba luego la gota de sangre y, avergonzada, se la traga. Y se dice tenía un montón de sed.

Hecha para dominarse: la abuela le chilla párate, muchacha, mientras la aprieta con toda su fuerza contra una de las sillas del comedor. Se le pone muy cerca, tanto que Aída le ve el relieve al surco blanco de alrededor de sus labios, las babas de mi abuela, reflexiona, algo que recordaré. La abuela llora: no entiende por qué la nieta se le está haciendo tan ruin, por qué se come, escondida en la solana, las cáscaras de las peras, por qué deja de hablar y se convierte en un ojo húmedo, lleno de conjuntivitis, imposible de rascar.

Aída grita: los mayores no saben lo que es controlarse, ella lo sufre cuando triunfa sobre sí misma y se obliga a girar como un

trompo o a escalar el limonero (este trimestre se ha caído seis veces) o a abrir la ventana y desear estromparse contra el piso y partirse los labios de nuevo. Una y otra vez. Ya se los volvió a estallar al final del verano. El día antes de empezar el instituto, chocándose contra el manillar de la puerta del sótano, mezclando su sabor a ferruja con el sabor a ferruja de lo que no se come, lamiendo su sangre del rejo que, de pequeña, chupaba para llegar a ese gusto. A ese miedo, a la vez.

Dominarse: la de verdad es la incivilizada. Por eso Aída ha deseado siempre subirse a un escenario y dejarse volver los pelos violetas y azules y verdes por un foco que cambie de color al ritmo al que ella elija respirar. Ha deseado, siempre, que la escuchen. Y lleva meses hablando con una voz más fina que los alambres que, ahora sí, están empezando a salirle sobre cada milímetro del chocho, se los estira cuando se está dejando dormir, se da cuenta y se desvela y pega los agujeros de la nariz a la almohada para que se le taponen. Aída chilla, enfrentada a los marcos blancos de la boca de su abuela, porque siempre ha querido mostrar lo que ve. Y siempre se ha sabido en su derecho. Y ahora tiene doce años y se está peleando. Se está llenando los cachetes, la cara interna, de mordidas. Una Aída salvaje y una Aída asustada se jalan de los pelos. La Aída salvaje repite escúchenme. Repite la luz es tan preciosa sobre mis uñas. Repite mis uñas llenas de mierda porque yo escarbaba con los dedos mientras las demás corrían en Educación Física. Repite y no necesité empujar más. La Aída asustada, a la vez, susurra siéntanme, siéntanse como yo me siento. No es que hablar le dé vagancia. No es que ya no le haga sentir placer. Después de meses sin pensar en su nombre, en su cara, en sus pies, piensa me encantaría hacer un videojuego de mí misma: en vez de oírlo, que lo sepan; en vez de alegarme, que me entiendan; en vez de apretarme a una silla, que me dejen deshacerme toda hasta que no se me pueda

tocar.

Ella es otras cuando juega a Pokémon.

Pasea por Kanto sintiendo la lluvia sobre su gorro de lana.

Mira los paisajes, se para, los huele. Sube a la azotea del centro comercial. Dentro de su cabeza, sin tener ni que separar las caspas de los labios, habla con el chico que espera junto a la máquina expendedora. Le cuenta que dejó a su madre botada en Pueblo Paleta. Y que, aunque puede agarrarse a las plumas de Pidgeotto y volar hasta casa, ya no es lo mismo. Siempre la espera en la misma posición. Como si no existiera cuando ella no está.

Apretándose los pokémon heridos contra el pecho, le dice a la enfermera Joy por favor, por favor, son mis únicos amigos. Si se mueren, yo me muero. Me matas a mí si no los curas bien.

Ella siente todo eso. Y sabe que, a través de un juego sobre sí misma, podría explicar lo que ya no se explica diciendo. Ni inventando burradas. Ni llorando hasta acabar con los ojos en carne viva. Ni gritando en el cuenco de sus manos, cállate ya, Aidita, contrólate ya, Aidita, por favor, páralo ya, Aidita, estate quieta, por favor, Aidita, por favor, Aidita, ya, ya, ya.

Eres una muñeca gorda. Pelo rizado. Gafas de pasta tan sucias que se te escurren por la nariz para abajo. Sabes que te quedan mal. Sabes, también, que odias la mañana que acaba de empezar. ¿Cómo lo sabes? Te vibra el labio de arriba. Algo, no sabes el qué, te dice las cosas de este cuarto son tuyas pero las cosas de este cuarto no son tuyas, y encima de ellas hay otras que sí lo son pero que no puedes ensuciar. Círculo: levantarte.

De pie. Pijama rosa comprando en el Women' Secret del Safari. ¿Te acuerdas? Sí te acuerdas. Y el olor del fuchi-fuchi y los ojos de la chica, parecían encendidos por el reflejo de los fluorescentes, eran como los del instituto, y te preguntaste, mordiéndote un dedo, si los tuyos se verían así durante las

clases. Cuando nadie puede mirarte. Ahora nadie quiere mirarte: los pelos como una bruja, legañas jalándote por la piel, una vela de mocos, te suenas, no te dan la opción de no hacerlo, un personaje no puede exhibir su asquerosidad. Círculo: cagarte un pedo. Se borra con la misma. El juego se ríe de ti. Tú eres una persona, tienes carne, puedes tocártela ahora, acariciártela y sentir, subiendo con la respiración, una electricidad autogenerada: aunque no lo admitas, tú arrastras babas a través de las paletas, y te embelesas con el ruido y recuerdas la sensación de dar patadas dentro del mar. El personaje no puede: es una muñeca gorda, pelo rizado, hará lo que le digas, ahora estás en ella, la habitas como un piojo, muévela moviéndote. Equis: caminar por el cuarto. Círculo: acostarte otra vez. Cuadrado: ir a desayunar. Triángulo: esperar a que la chola de tu madre te avise de que ya.

Cuadrado.

Círculo: explorar los objetos de la mesa de la cocina. Un llavero ferrujiento. Un ejemplar de *El Día*. Un tazón de Hércules. Un paquete de cereales de los de leche del Mercadona. Llenas el tazón, tampoco te dan la opción de no hacerlo, lo rebosas de cereales y les tocas las esquinas con la yema del dedo, tu madre te alcanza la leche y tú, medio dormida, la echas como si regaras una planta: dentro de ti crecerá todo lo que te comas con furia. Y con furia te los comes, haciendo ruido, no quieres ir a clase, piensas que podrías no ir a clase, dices mami, me duele la garganta. Un poco. Al tragar. Te mira (se está poniendo los aretes) y responde ¿en serio? ¿Te llevo mejor a cas abuela? Círculo: sí, por favor. Equis: no, no, yo soy responsable, voy a ir al instituto y me voy a sentar en mi sitio y voy a mirar a la maestra todo el rato, no el reloj ni los cueros de mis uñas, y voy a aguantar la mañana entera y no voy a meterme en secretaría llorando para que te llamen.

Círculo.

Cambio de escenario. La casa de tu abuela es bonita. Ella está de cara al fregadero, es muy temprano y ya empieza a fregar la loza. Te habla, pero no hay subtítulos. Imaginas que será sobre la novela. O sobre las vecinas. O sobre algún cuento que le pasó cuando vivía en San Isidro, a veces tu primo y tú le piden uno para poder, distrayéndola, tocarle las pieles secas que le rodean la uña, algunas se parten y tienen que guardárselas en los bolsillos, irse corriendo después para botarlas a escondidas. Sabes todo eso. Tú no eres tú, tú habitas una muñeca, sin embargo haces que se mueva y que respire y que estornude (Círculo) y ahora tienes sus pensamientos. Metidos. Necesitas tenerlos. Te hacen sentir algo rarísimo. Como si contuvieras un techo que gotea. Tocan el timbre, tu abuela y tú se asustan, brincan las dos como conejos. Círculo: ir a abrir. Equis: dejar que abra ella.

Equis. No lo ves entrar.

La camisa azul de El Niño. Las piernas depiladas. Los pelos engominados, los ojos apuntándote, oh, ¿qué haces tú aquí, tú qué haces aquí, tía? Cuenta (ahora sí hay subtítulos) que está malo de la garganta, pero malísimo, se levantó con un dolor que por poco lo desquicia. Y te mira con los dientes al aire. Una sonrisa que te reconforta, te exprime, te asusta. Solo es una sonrisa. Tú sientes cómo los vaqueros te aprietan la barriga. Recuerdas la foto que les sacaron hace dos semanas: él salió serio, los huesos de las muñecas marcados en los bordes de las mangas, en su cara había algo, un color diferente, una huella del crecimiento, tu tía dijo qué guapísimo, qué mayor, te pareces a tu padre todo y estás hecho un fuerte hombre ya tan chico, Jaimi. Tú saliste riéndote, y los dientes amarillos y el contraste con la piel tan blanca, roja, hinchada, y una sombra en el bigote y son los doce años, a mí también me pasó, ¿te acuerdas? Luego me salieron dos tetas que parecían dos

carretas tirando por mí pa todos lados y se me quitó la fealdad, ¿te acuerdas o no?

Círculo: te vas al baño. Equis: ayudas a tu abuela a limpiar la cocina. Cuadrado: lo acompañas al sótano. Siempre al sótano. Pegaditos a la huerta. Raspándose las espaldas con los ladrillos vistos. No hablando de nada. Sabes (porque el juego es así) que ya no puedes contarle tus ideas. Y él mirándose los tenis y en uno de los tenis una gota de meado de perro. ¿Y eso cómo te lo hiciste? No sé, me apareció.

Cuadrado.

Cuadrado. Cuadrado. Cuadrado.

Un montón de días, cuadrado.

Hasta que ya no pueden faltar más, cuadrado.

Hasta que tienen que rogar ir por las tardes, cuadrado.

Hasta que nadie los busca, cuadrado.

Entre tus manos, cuadrado.

Sobre tu cabeza, cuadrado.

Contra tus muslos, cuadrado y cuadrado y cuadrado.

Que le des al puto cuadrado.

Puedes elegir entre mirar. No mirar. No ver. Cantar por dentro. Concentrarte en el color. Decirle sí. Decirle quita. Decirle espera. Puedes elegir entre apretar o quedarte floja, entre sentir vergüenza o no sentir nada, entre bañarte o no bañarte para que se joda porque va a tener que olerte si quiere llegar ahí. Entre agacharte. Entre no moverte. Entre retrasarlo. Puedes elegir, tienes cuatro botones, habitas una muñeca, por las noches tu muñeca se queda mirando el techo y busca formas en el gotelé y solo se ve a sí misma. No viéndose. Cuatro botones, círculo, equis, cuadrado, triángulo, a veces R1, a veces L2, el mando vibra para que puedas imaginar que estás ahí, que contraes las rodillas hasta que te laten, que te pica el pelo y no puedes apartar las manos para rascártelo.

Tú vives en la muñeca, controlas su respiración, a lo mejor tiene asma, lo piensa todos los días, sientes sus fluidos, es cierto que un personaje no puede exhibir su asquerosidad, es cierto, sí, pero la muñeca y tú cogen confianza y ella empieza a echarse pedos, eructos, a escupirle a su reflejo en el espejo del baño, a apretarse las tetas hasta que le parece que no le van a salir nunca, a mirar el coágulo marrón y viscoso que hay pegado en un ladrillo del sótano, lo sacó asustado. ¿Y esto qué es ahora? Lo sacó enredado al dedo corazón, parecía un anillo, se limpió el anillo en la pared y lo dejó secarse y ahora es un grafiti, un rastro, nadie lo mira pero, si alguien lo hiciera, igual podría verlos, conocerlos, entenderlos, igual tú, porque cogiste confianza con la muñeca, los sientes: bajo tus botones, un dolor. Bajo tus botones, unas pestañas enredadas, una forma de olvidarse, un secreto, la esperanza de que vuelva a quererla como antes, de que la decisión esté llevando a un ritual que se les revele tan hermoso, íntimo, salvaje como los de hace tiempo, de que aparezcan oyendo la lluvia dentro de una caseta de campaña y más allá la playa revolviéndose solo para ellos, toda la naturaleza y todos los inventos al servicio de dos cuerpos que nacieron el mismo día y se miraron en las cunas y se babaron las bocas bajo la nana de las madres, arrorró, arrorró, mi niño ya se durmió, buscas la salida, puedes elegir, debe haber algún momento en el que te dejen darle a irte corriendo por la puerta. Llegar al delantal de tu abuela. Llorarle el semen que te tragaste. Pero todo es apretar menos los labios contra la pared para que no te sangren. Colocarte así para ver peor. Responderle vale para que borre la foto que te sacó con el culo por fuera, granos rojos como las luces de los aviones, pelos, pelos, pelos.

Solo cuatro botones. Te haría falta un camión cisterna rebosándose de botones. Todas las opciones del mundo y tú, sentada bajo ellas, dejando que te bañen. Alguno que diga

meterle un piñazo en la boca. Otro que sea mordérsela. Y otro que te permita entenderlo. A ti, a la muñeca, no a quien toma decisiones sino a quien se sabe haciendo algo terrible y a la vez no se sabe en absoluto. Tú, que juegas, lo comprendes todo. Ella quiere que juegues para contarte lo que no se cuenta, lo que no va a poder usar de mayor en un monólogo, ya no saldrá en Paramount Comedy, ya no hará reír a un auditorio, ni a nadie, ni a sí misma, ahora algo roto en el fondo de la vagina, un coágulo marrón, un anillo de casados, míralo ahí seco como un níspero podrido.

Círculo: disfrutar de las cosquillas. Equis: odiarlas. Cuadrado: presenciarlas. Triángulo: olvidarlas cuando no estás ahí.

Triángulo. Al menos, triángulo. Aunque sea, un fisquito de triángulo.

Hasta que él la engaña y le dice es la última: es que si no lo hago me duele, tía. Y ella, porque lo quiere y triángulo y tiene doce años y hoyos en las piernas y siente un fuego metido en el ombligo y se sueña lamida por una lengua larga como un edificio, lo sigue hasta el sótano. Se deja pelar como una mandarina. Se deja mirar, abrir. Deja que le rebote, entonces él se queda quieto, parece que medita y tú (con el mando en las manos) piensas que quiere parar. Que algo acaba de ocurrir. Y dice somos primos idénticos mientras se la saca del elástico del chándal. Y la introduce despacio, es un dolor nuevo, jamás esa aspereza ni esa rojez ni ese quiero consumirme hasta no ser más que un chicle pisado y pisado y pisado y una bota arrastrándolo de calle en calle y las calles llenas de babas de no se sabe quién, igual un viejo con los dientes podridos. Y un primo obligando una prima a abrir la boca y comérselo sin masticarlo. Y algo dentro del cuerpo. Una invasión. Su aliento en el hombro. Siempre habrá decisiones: mirar luego la sangre y no saber qué sientes, botar deprisa las bragas al contenedor de la calle como cuando no quieren comerse el potaje y salen a

escondidas mientras la abuela alega, esperar la guagua bajo la lluvia, esperarla un rato que da miedo, apoyar la frente en el asiento de delante durante el trayecto, bajarte y engurruñar los ojos por el sol, llegar a casa, secarte y refrescarte a la vez, encender el ordenador, entrar en una sala de s_eX_oO del Habbo y hacer exactamente lo mismo. Lo mismo exactamente. Pero estudiándolo. Los machangos quietos en una cama y soltando lo que se harían unos a otros y Aída, al verlo escrito, entendiéndolo un poco mejor.

Triángulo.

No sabes por qué lo sabes, tú solo eres alguien que maneja un videojuego, es el videojuego que Aída se imagina, el que necesita, no sabes por qué lo sabes pero él susurra somos primos idénticos y están naciendo a la vez, ahora sí es verdad, ahora no es un cuento, sus cuerpos aparecen en el mundo como dos gotas que caen de un grifo y, en vez de deshacerse, se fusionan. Nacen porque nacen juntos, es así, estaba escrito, Aída le roza el muslo con las puntas de sus dedos tiesos, lo ha acariciado tantas veces pero ahora todas son distintas y ya son primos idénticos. Salvajes. Como ella siempre quiso.

Y fin de la partida, no pudiste.

5

Estruendo [5]

La vida es ahora pintarse las uñas de negro, el Habbo, los zumbidos, ponme la cam sin el micro porque quiero imaginarme que lo que me escribes es tu voz, paquetes de papas abiertos con la boca, dientes acalambrados por la fuerza de las mordidas que les mandan a los flax comprados en el ventorro del guiri, las pulgas autóctonas del merendero, una hormiga roja y de dónde salió y por favor, no la mates, imitar el adiós del anime de Pokémon pero haciendo como que imita el adiós de cualquier otro anime al despedirse de la guagua que saca a las amigas del Médano y las devuelve a la estación de Granadilla, ver anime en YouTube, la espalda cambada en la silla del ordenador y horas oyendo roces de espadas y leyendo subtítulos y fantaseando con pisar el piche de Tokio, comer, comer, ponerse un gorro enchumbado de caspa y hacer la V con los dedos y comprar chapas y chapas en la papelería y fingir que son de lo que quieren que sean, esta calavera tiene que ser por Death Note, no me jodas tú, pintarse la raya del ojo con un lápiz robado del neceser de la abuela, arena de playa dentro de los tenis y bajen a verme y nos damos un voltio y bajen a verme y nos sentamos en las escaleras del muelle y vamos descendiendo y nos aterramos ante la idea de tocar el mujo con las puntas de los dedos de los pies, y bajen a verme y les enseño los dedos de los pies, sexyón de fotos, llevar la libreta de Religión para dibujar en las últimas hojas todo lo que hacen y reírse como cochinas y jalarse flojo de los pelos, tan

flojo que en vez de doler da gusto, y botarse al suelo haciendo un círculo con las cabezas y mirar las nubes y encontrarles formas de cucas, de tetas, de pelos enconados, de espinos a punto de reventar, estallarse los espinos con unos dedos ajenos y pedir por favor, por favor, que no le dé asco el pus, cnctat q tng q cntrte 1 jroneo, conversación grupal y juntas todas así aunque no estén en el mismo pueblo, chuparse el jugo de las manos, el de pera-piña es una jediondada, que te calles la jocica que ese es mi preferido de siempre, machanga y cacho de basta, beber cerveza aunque esté asquerosa, porque está asquerosa, pasarse la litrona de una boca a otra y jugar a verdad o atrevimiento y gritar kawaii, lámeme los dientes, ¿nos hacemos un Fotolog entre todas?, Aídi-chan o(≧▽≦)o, Martuski-chan ←(Ψ▼ ▼)∈, Yaizita-chan ( ) , Chaxiraxi-chan (☆▽☆), cabras locas rodando por la playa, encroquetándose las cabras locas, abrazándose las cabras locas al final de la carrera, me olvidé de quién ganó, quedarse a dormir y no dormir ni un fisco y las voces soplándose como si fueran moscos que se posan en los labios y si se dejan un solo segundo ya pueden picar, la pantalla reflejándolas apelotonadas, un cuello con cuatro cabezas, el Chatroulette, doce hamburguesas de las de un euro, papas locas sin mostaza y la gente pasando y sus flecos erizándose y la noche escachándolas con la obligación de recoger las cosas, caminar derechas, despedirse en la parada de la guagua, tres yéndose y una quedándose pero yéndose con ellas en el fondo porque sin ellas no sabe oír el ruido de las olas de la playa, evitar esa sensación mientras vuelve a casa, atina con la llave, se lava la boca y las manos y mantiene el equilibrio (solo tienes que moverte al revés) y siente que la cama es una tabla de surf flotando sobre una piscina, ya tengo sueño, mami, mañana hay instituto, todo más preciso cuanto más se emborrona, unas botas hasta la rodilla y una falda hasta la rodilla y romper

adrede las medias, sus nombres en el subnick y subrayados y enjaulados entre corchetes para que no se les ocurra escaparse y recordar la sal de unos pelos y reírse sola y babarse el cuello de la camisa y el amor, el amor, la amistad, las burradas, uh, uh, life's like this, uh, uh, uh, that's the way it is, uh, complicated, na na na, ay, que me meo, que me meo, coño, coño, coño carajo de mierda cagado ya.

Es ahora, la vida, la magia-jedionda-mágica. Es el lol, juas, jajaja, jaja, lolol, es fingir que se desmayan y botarse de espaldas sobre la arena del merendero del Médano y sentirse, ahí con los ojos todos engurruñados por el sol, como si estuvieran delante del ordenador: el merendero es un sitio, pero no es un sitio. Y nunca hay nadie. Piso de mochilas y chaquetas y desperdiguera de paquetes de papas vacíos y ciscos de esas mismas papas y gotas de flax rojos y azules y uñas mordidas y las pelusas que traen siempre dentro de los calcetines y hojas de libreta sujetas con piedras para que no vuelen y botellas que, sin líquido dentro, lo comprueban cada vez que se terminan una, no tintinean igual. Sol jartándoles los antebrazos de pecas y no están en ningún lugar, los ojos cerrados, el chorro de ron que Marta reparte dando vueltas sobre sí misma en medio del círculo formado por las bocas abiertas de las otras tres haciéndolas regañarse, en el merendero se sienten como cuando enciendes el ordenador y empiezas a escribirte burradas con alguien y ya no estás, de repente, donde se supone que estás, tú ya no eres tú, tú eres una tú que teclea lol y juas y no siente picores. Ansiedad. Es Chaxi gritando lol, jajaja, juas y Aída explicándoles su teoría y las amigas, serias durante un segundo que parece durar toda la tarde, asintiendo.

¿Ustedes me entienden? Nosotras siempre te entendemos. ¿Ustedes se dan cuenta? Nosotras siempre nos damos cuenta: es

como cuando te metes en el messenger y abres la conversación de alguien y solo le enseñas lo que le quieres enseñar, y no te pide más y tú dices espérate y le acabas contando algo que se te ocurrió cuando estabas medio dormida, y responde lol, juas, lololol, jajajaja. Y dejas de darte vergüenza.

Es la vida, ahora, la magia-jedionda-mágica: así lo bautizaron hace meses en la parada de la guagua, chillidos de entusiasmo cuando, con la 116 aún acabante de aparcar en el Médano, dieron con el nombre de su vuelo conjunto. Con la misma cantidad de gasolina. De arehucas del pequeño porque es el más barato y con eso, si se concentran, se la pueden coger las cuatro. Porque Marta buche, y Chaxi buche, y Aída buche, y Yaiza, por lo tanto, parando de trenzarse y destrenzarse los pelos para buche. Dieron con el nombre de su espacio de reunión, de su lugar para mirarse, de su ritual, su fiesta, su conocerse hasta ser capaces de imitar perfectamente a las demás. Inventaron la magia-jedionda-mágica juntas, y juntas descubrieron lo más importante de beber: respetar el tipo de borrachera. No intentar llorar si se te está hinchando el estómago por la carcajada que guardaste durante tanto tiempo. No forzarte a reírte cuando todo te humedece. No retirar los labios hormigueantes de la piel del cachete de la amiga elegida, no robarle el momento de oírte gritar te quiero mucho, tía, te quiero una barbaridad, no calmarte si lo único que te apetece es mandarle una paliza a un árbol. Ni reprimirte cuando te sale la bomba, cuando te aceptas como eres y cuentas y cuentas y las dejas escachadas contra la arena pero escuchándote y respondiendo sigue, tú sigue, muchacha, y comprendes de pronto que este (la vida ahora, ningún lugar) es tu sitio y que esta es tu audiencia y que durante toda la infancia ensayaste para estar borracha con tus amigas, revolcarte por encima de sus tenis, tener hipo del que duele y aprender a ignorarlo.

Magia-jedionda-mágica. Magia porque impresiona. La

primera vez: cómo podía existir esto y nosotras fuera. Y toda la semana rememorándolo, apretándose las manos al cruzarse por los pasillos del instituto, analizando la sensación de meterse en un sueño: la primera vez, Aída repitiendo una y otra vez que yo paso, tías, yo paso totalmente de beber. Y el olor del merendero: fos. Y Marta bufando, tía, por favor, no seas basta, y Yaiza acariciándole el lóbulo de la oreja, no pasa nada, tú no te preocupes, tía, y Aída pensando estoy cansada y agarrando la botella con las dos manos y llevándosela a los labios y tragando un buche muy pequeño. Muy pequeño, pero aterrizó en su garganta y se declaró ya lo hice. Entonces, el permiso: una promesa se rompe con un dedo solo. Y la eschavetadera máxima de toda su vida y más. Y sí, sí, las quiero, coño, sí, coño. Y gracias, Chaxi, gracias. Y tetas grandísimas de Chaxi, gracias, gracias. Y hombre despistado del Covirán, gracias, gracias, gracias. Y el olor del merendero: gracias. Y ñam, y gracias, y coño, y gracias, gracias, coño.

Magia-jedionda-mágica. Jedionda porque. Al hacerse de noche, siempre. Y tener que ponerse de pie y volver a casa, siempre. Caminando derechas, siempre. Aída despidiéndose de las demás en la parada de la guagua del Médano con dos besos, siempre, y esforzándose por atinar después con la llave, siempre, y soltando hola, más alto para que se oiga más firme, siempre, y quitándose los tenis y lavándose las manos y los dientes y tragando una náusea y echándose enjuague y mirándose de cerca en el espejo y recordando a las madres diciendo el alcohol es una muerte que entra por la boca y sale por los poros, acuérdate de eso siempre, siempre, y suspirando al ver los suyos abiertos como una colmena, siempre, y apretando los ojos y encontrando luces siempre y recordándose de pequeña trepando las liñas de la ropa siempre y sabiéndose igual en ese momento siempre y concentrándose en sentir la emoción siempre y aguantando un fisco la respiración siempre

para notar el punto de ansiedad que, ligera entonces, deja de molestarles y se va a la mierda de una vez menos mal ya era hora siempre, siempre. Se notan un asco. Que les gusta. Siempre. Porque después lo hablan y a todas les pasa igual.

Magia-jedionda-mágica. Mágica porque les cura las llagas de los pies: te lo juro, tía. Es que te lo juro, en serio, tía, sigue Chaxi. Te lo juro por lo que tú más quieras, vale, te creemos, te creemos, lol.

Es ir a buscarlas a la parada de la guagua. Darles dos besos. Un abrazo luego. Cogerse luego las cuatro de brazos, formar un cuerpo gigante, protegido: ay, que me caigo. Ay, que te agarro.

Cruzar la Plaza Roja corriendo para que los tenis les chirríen.

Sentir el dedo de Yaiza en la espalda. Recorriéndole la columna vertebral.

Brincar el murito por no estar buscando la entrada: siempre me olvido de por dónde se entra. Y yo, y yo, qué fuerte, ni que no viniéramos todos los fines de semana, loco.

Quitarse las chaquetas, botarlas como alfombras, anudarse, ya sentadas, las camisas.

Abrir las mochilas: Chaxiraxi, sácalo.

Rozar los calcetines de Yaiza con sus calcetines.

Aplaudir a Chaxiraxi bailando con la botella, besándose en la boca con la botella, tocándole una paja a la botella.

Decir fuerte calor.

Beber.

Decir, más convencidas todavía, pero ni chiquito pedazo de calor, colega.

Hablar normal. Después no tan normal. Después pronunciando cawolina jewewa un poco adrede. Dowa la ecsplowadowa. Recordar cuando una pija que les cae fatal hizo como que se la cogía con fanta en un cumpleaños: que me reviento.

Mirar a Yaiza masajearse las palmas de las manos con arena.

Oír a Marta leer la lista de 10 pasos pasa ser emo que imprimió cuando la de la biblioteca se salió a echarse el cigarro.

Responder las dudas de Chaxi: ¿pero ya no me puedo vestir de rosado? ¿Pero con esos collares no se pican todos? Pero yo lo que quiero es bailarrrrr.

Volver a aplaudir a Chaxiraxi bailando con la botella.

Preguntar qué piensas, Yaiza.

Mirar a Yaiza estirarle con cuidado el labio de abajo a Chaxi, explicarle y encima se hacen tatuajes aquí.

Preguntar qué opinas, Yaiza.

Alcanzarle los munchitos a Yaiza.

Contemplando los rejos de sol sobre el agua, las palomas y las gaviotas que vienen y se marchan enseguida, el perro rastudo acostado en la orilla y rodando por los fiscos de espuma que no se disuelven ni cuando los empieza a mear: cawolina jewewa.

Sentir que sus puños existen más cuando Yaiza le pasa las yemas de los dedos por los nudillos.

Botar una escupitina cada una en la arena y revolverlas con un palo de polo y gritar la sopita de la amistad jediondacagona-endemoniada, ¿cómo era? Ah, ah, ah, ah, ah, ah, vale, coño.

Eructarse todas. Un buche de vómito. Todas agarrándole los pelos a Marta. Eran vacilones, no sean bobas, aquí la más que tiene aguante soy yo y lo saben, tías.

Aplaudir a Chaxiraxi bailando hasta que, según ella, se le vuelven a enllagar las patas.

Alcanzarle los últimos munchitos a Yaiza. Ya no quedan, loco. ¿Y ahora? Como nos dé un yeyo, ay. Ay. Ay. Cawolina. Que te calles. Hay que ir a comprar ya.

Echarlo a piedra, papel, tijera, aplaudir a Chaxi haciendo la

tijera con la botella, bailando una isa con la bolsa de basura mientras Marta camina a su lado y repite ya me pedirán algo ya y ya querrán algo de mí ya y chiquitas gandulas asquerosas ya y ahí pasadas de rosca tan temprano ya y tuvieron suerte y tuvieron suerte y tuvieron suerte y se cae al piso y se parte el culo hasta que se vomita un fisco de verdad y dice, cuando Chaxi se agacha apurada, no te preocupes, no te preocupes, vamos, Chaxina y la agarra por la muñeca y se echan a correr las dos meadas vivas hacia el Covirán.

Ahora la vida es girarse hacia Yaiza: una amiga que se trenza y se destrenza los pelos sin parar justo cuando las otras dos se van por fin y Aída se dedica a mirarla. Sus pelos extendidos sobre las raíces de una aulaga. Llevan semanas teniendo suerte: piedra, papel, tijera; agua, fuego, planta; siempre les toca comprar a las otras. El resultado: Yaiza y Aída quedándose botadas y soplándose los flecos, comentando que el de Aída no vuela. Y el de Yaiza sí. Semanas inaugurando unas conversaciones que solo tienen a solas: ¿y eso cuándo se te ocurrió? ¿Y cómo se llamaba tu abuela? Ah. ¿Y cuál crees que sería tu color preferido si desaparecieran todos los colores del mundo y solo quedaran los horrorosos? Al sacar, siempre, papel, fuego, Marta a punto de hacerse sangre en los labios de la rabia, se miran un instante y se sonríen de forma casi imperceptible. A Yaiza le pica el ojo. Y los huesos orientados hacia unos huesos a los que, al principio, se obliga a acostumbrarse: las paredes de la borrachera plegándose, guardándose dentro de la funda, ella empujándolas para que encajen y no rompan el plástico. Las paredes de la borrachera. Ordenador. Otro sitio. Durante los veinte minutos que tardan aquellas en llegar al Covirán y elegir las papas y peinarse mirándose en el espejo de encima de la fruta y contar los céntimos y decirle oh al hombre y acariciar a todos los perros

que se encuentran y pelearse por ello y hacerse un fisco de pis por la risa que les da la pelea y comparar los charcos que se forman cuando mean alrededor del mismo mato, durante los quince que se pegan, ya hechas a las luces nuevas, alegando sin que nadie las interrumpa ni las juronee ni las juzgue ni se interponga ni se meta, es. La vida ahora.

Soltar frases deprisa y atropellarse pero entenderse y buscar significados y encontrar cosas iguales y predecirse: es que sabía que me ibas a intentar asustar. Y describirse: las rajas de tu boca flotando como los colmillos de Alice Cullen y tus cejas así gruesas y el lunar que tienes justo debajo del agujero derecho de la nariz y tu piel toda morena, Yai, y la mía más blanca que un gufo y comparar los antebrazos y partirse el culo de la risa y estromparse y parecer cochitos de choque pero sin moverse y girarse y girarse y ser la misma que con las otras pero totalmente diferente pero no infinita sino terminando exactamente aquí donde se rascan. Mirarle el vello fino y corto y rubio que se le distingue de la piel a contraluz y querer medirle el grosor de los labios y no ser capaz de levantar las manos y la curva de las pestañas y los hoyos de los cachetes y el olor a champú y a caspa y el permiso, si las chicas no están, para concentrarse en aspirarlo: Yaiza la toca siempre cuando las otras están mirando, Yaiza siempre entrelaza la mano con la suya cuando esperan en la cola de los perros calientes y se le bota encima nada más llegar al merendero e intenta jincarle los dedos dentro de la nariz, Yaiza es tocarlo todo con delicadeza para no dejar marcas en nada y es a la vez atreverse a dar un beso sonoro en un cachete de repente sin que nadie se lo espere. Estando solas, sin embargo, la distancia prudencial. Jartarse a hablar de cosas que por el tono parecen ser secretas pero sin acariciarse. Ocultar la distancia prudencial. Ver que llegan las otras y juntarse. Labio contra hombro. Medio sobadas: pues sí que tardaron, chachas. Chaxi y Marta botando

las bolsas sobre el nudo de sus cuatro rodillas enroscadas con una prisa que agüita: chacho, es que si ustedes supieran todo lo que nos pasó. Marta pelándole las pipas a Chaxi. Dos uñas, entonces sí, enmarcando las cejas de Yaiza, la lengua de Yaiza estirándose para rozarle la muñeca.

A beber otra vez, venga, que es gerundio, loco, chos, colega, chacho, chos.

La vida es ahora llegar, olerse el aliento, mandarse tres mimos seguidos sonriendo, trancarse en el cuarto, encender el ordenador, buscar complicated avril lavigne acoustic, echarse a arrancarse las caspas de la cabeza en la alfombra, recibir un zumbido, otro, la conversación de Yaiza:

Hola mejor amiga ^^

El dolor en el hueso dulce de Aída de pegarse tanto rato mal sentada, los pelos reflejados como una nube rebosándose toda de la lluvia, antes de teclear:

oh nakamita (L)

(L) (L) (L)

xd

Juas

lolol jajaja

Lol

me reviento

Tqmmm

6

Presente [6]

Viernes, 15.06: Aída sorbiendo una cucharada de potaje de berros en la cocina de la casa de la abuela, mirándole la cicatriz a Moco y recordando esa tarde de hace años: volvió con la herida colgándole de la boca. Le caía un chorro de sangre que parecía un rabo, su cara era un perro o un gato o un perenquén que, poco a poco, como si alguien estuviera pasando las diapositivas de un powerpoint, se convirtió en lo único que Aída quería ver: un niño. Sangrando. Llevándose la mano a los labios, apretándoselos, mirándola a través de las pestañas largas como rejas que ella había temido no poder abrir nunca más. Estaba nerviosa. Mientras esperaba que encontraran a su primo, le habían crecido plantas dentro y matos dentro y un pino gordo como el de Vilaflor que le tenía el cielo de la boca agujereado, los ojos tan doloridos como se imaginaba que le dolería el sol a la arena del Médano. Dónde estabas ahora, gritó. Dónde te metiste, por qué siempre te tienes que escapar. Y lo movió sin hacer fuerza, él no dijo nada. Le veía, sobre la pupila, el reflejo de la lámpara de la entrada de la casa de la abuela. No podía dejar de pensar menos mal, menos mal: hasta lleno de sangre, menos mal.

Cuando se mojó la palma de la mano para intentar limpiarle la barbilla, él se quitó. Se encerró en el baño. Empezó a dar patadas y puñetazos. Aída se sentó, con la espalda apoyada en la puerta, en el suelo: quería oírlo mear, cagar, escupir, vomitarse, cualquier cosa, quería oírlo porque pensó que se

había matado y tenía su sangre en las manos y le parecía, al mirarla, que les salía a los dos. Llegó el padre de Moco, soltó quítate de ahí que no estoy para machangadas, dio tres taponazos en la puerta, que me abras, que me abras, que me abras, llegó tras él la madre con la respiración convertida en un látigo, que lo dejes, que lo dejes, que lo dejes. Aída se puso de pie, pero a ella no le dio. A ella su tío la apartó con el codo. Porque las manos eran para su primo, las manos querían reventarle la boca otra vez y otra vez y otra hasta el infinito o hasta que se quedara sin piel y fuera solo una carne pelada como los plátanos ennegrecidos de la cocina, malos ya porque no hubo tiempo de comérselos. Aída se obligó a contemplarlos para no oír el gruñido de la puerta ni los taponazos ni a él ay, pa, ay, pa, por favor, pa, pa, pa, no me des otra vez, por favor, pa, pa, pa.

Siempre que le mira la boca a Moco, recuerda la mancha de sangre del primo que se descubrió ella en el cachete cuando ya pudo ir al baño a consolarlo. Al padre no le hizo falta partirle los labios una y otra vez. Ni otra ni otra. Basta con dejar una raja blanca que no se borre jamás. Una cicatriz grabándole para toda la vida el mensaje de que si un niño se porta mal y lo trincan le van a mandar un bombazo que agüita. A ella el de que no podía dejar que eso volviera a pasar. Para eso haberse mirado la sangre. Haberse mirado la sangre un cuarto de hora entero y después habérsela lavado llorando: las risas viniendo del comedor, la abuela haciendo café para reponerse todo el mundo del disgusto de la búsqueda de Moco.

Viernes, 21.32: Algo le pide no te limpies la marca de la cara. Se mira en el espejo y siente las palabras corriéndole por dentro de la barriga: no te estregues jamás el cachete. Déjatelo secar y deja que te crezcan espinos encima y que todo el mundo en la guagua, bajando de Granadilla al Médano, se crea

que te salió una flor. Como las de los bebés que nacen con una mancha enorme dentro del pelo. Olvida el jabón, la crema, el agua de la ducha volviéndose una máscara y después los ojos colorados y los poros notándose hasta sin gafas: olvídate ya. Ahora este círculo rajado, la marca del pintalabios rojo de Yaiza, tan parecida a: se resiste a acordarse de nuevo.

Se concentra en decirse que las líneas de la mancha son las líneas de su amiga, esto estaba ahí, lo sentiste pegarse a ti como una sanguijuela o el escay de un sillón o el chorro de la piscina sobre el bikini. Como no puede parar la voz, se da permiso, nada más llegar al piso del Médano, para ponerse a recordar a Yaiza con los labios pintados. Estaban viendo *Death Note* hace un par de horas y cuando empezó a darles asco buscaron otra cosa que hacer: ella se los pintó con una pintura que tenía guardada en la gaveta de la mesa de noche. Después, sentada sobre sus muslos, coloreó también los de Aída: la barra era grasienta y grumosa, olía a barniz, cerró los ojos porque le daba vergüenza ver de tan de cerca los puntos negros de Yaiza, los abrió luego pensando soy más tonta que un culo cagado, sobre su boca habían quedado grumos y la tenía apretada y la barriga de Aída empezó a despegar, era un cohete y estaba a punto de salirle por la nariz. Se siente así cada vez que se descubre sola con alguien, los dos cuerpos oliéndose. De pequeña se inventó que eso le daba cuando iba a llover: si hubiera sido verdad, el techo del cuarto les habría escachado las cabezas, y la cama llena de sesos y de pelos y de dientes y el pueblo inundado y sus brazos flotando y sus ojos hundiéndose y los labios de Yaiza navegando hasta llegar a una isla hecha con los centros de las flores. Subiéndose a ella y viviendo ahí para siempre. Al quedarse mirándole la boca, sintió todo eso dentro, y justo Yaiza sacó la lengua y se lamió la pintura. Le dio un beso babado y colorado en el cachete derecho: no te limpies la marca de la cara. Déjala secar hasta que sea una

llaga. Volvió a casa agarrándose a su piel para no caerse.

Basta, descubre mirando el sello de la boca de Yaiza, con dejar una mancha que alguien no se quiera limpiar. Hacerle coger la cámara y sacarse una foto de lado. Desear que nadie la vea jamás. Desear verla ella cada día antes de dormirse, desear que algo siga gritando no te limpies más, róbale eso, quédate con eso porque ahora eso es tuyo y, como no debería serlo, te pertenece más que ninguna otra cosa del mundo. Ese mensaje para siempre: ojalá.

Viernes, 23.58: Piensa en sus labios que, aunque a veces sangran (si te estallas la boca una vez, queda frágil para siempre) y se pintan a veces (si te ves con la boca roja una vez, deseas ser así para siempre), no son eso: se arranca las costras con las uñas. Se le curan enseguida. Ve un beso en *Rebelde* y siente que le laten: si los corazones están en la boca, el suyo no es especial.

Sábado, 10.45: Justo después de que la abuela salga a la venta tras darles de desayunar, la punta del dedo de Moco encaja en el ombligo de Aída: es su funda. Le pide tío, no me lo hagas, se baja la camisa, esconde la cabeza entre las rodillas, siempre intenta hacer como que le da igual y siempre les dice a las amigas yo no estoy gorda, yo soy gorda y no tengo que cambiarme nada, pero la uña de Moco escarba y Aída se siente escarbada, tierra extendida que no puede hacer que dejen de crecerle cosas, una huerta, algo incontrolable, y su primo era su casa. Y su primo era su espejo. Y su primo le dice ¿sabes que follar es el mejor ejercicio? ¿Sabes que adelgaza más que echarse veinte partidos de fútbol? ¿Sabes que las gordas están gordas porque no follan, no?

Sábado, 16.51: Aída y Yaiza acaban de llegar a la azotea de la

casa de Yaiza. Cogen sol en la cara y en los hombros, se los descubren moviéndose los cuellos de las camisas, primero liberan uno, después liberan el otro, el calor hace que la piel les brille. Parecen, piensan, los personajes de una peli, se suben las gafas oscuras del 150 haciendo muecas, no quiero mover los brazos, dice Yaiza, no te las coloco y te jodes, responde Aída, y empieza un concurso: las gafas tienen que escalarles solas por la cara. Regáñate más, regáñate más que yo si puedes, las gafas suben y bajan, y ninguna dice me está ardiendo el culo ni me está doliendo ya el hueso dulce ni me estoy quedando cuadrada de estar aquí sin moverme. Deshacer la postura sería deshacer una flor saliendo. Y qué rico el sol, somos lagartijas, correría por ahí y me tiraría por ahí y yo te cogería, te lo juro, serías mi lagarta más cuidada. Se están quemando. Lo saben y se lo callan.

Sábado, 11.11: Moco dice vamos a jugar a la pelota, vamos a cambiarnos pokémon, vamos a intentar entender la historia del *Kingdom Hearts* y vamos a aprender a montar en monopatín, lo sigue sin pensarlo, lo sigue como una pierna sigue a un pie, y cierran la puerta y le ve el chándal estirándose hacia ella y lo sigue como una pierna sigue a un pie lleno de llagas y deshaciéndose en caspas de pus y cosido a una bomba y a punto de regarlo todo con la sangre de un animal que no es un pie pero sí es su pie: que la tenga dura es la alarma. Tan dura que raspa. Tan dura que encierra, pellizca, estira, agujerea, solla, entra.

Sábado, 18.02: Se enseñan a fumar la una a la otra. Aunque ninguna sabe, tienen un archivo de imágenes de películas y animes en las que alguien se sienta en el suelo, mira el atardecer desde la punta de una montaña, sorbe como si bebiera agua y suelta sintiendo que participa en la luz

haciéndose más chica y pegándosele a todo y cambiando los olores de las cosas. Les preocupa, al principio, que la madre de Yaiza note que le cogieron una caja del escondite secreto del cuartito de la azotea, después se olvidan, se dejan toser, solo pueden hacerlo juntas, si estuviera Marta se morirían de la vergüenza y si estuviera Chaxi no querrían que las viera, juegan con las llamas de los fósforos y Yaiza le mete a Aída el dedo en la boca, sus babas la protegen de la quemadura, con el escudo de sus babas puede pasar la piel por el fuego sin que el fuego le haga nada.

Sábado, 12.17: Moco le aprieta la cabeza contra un cojín y le susurra tú mira *Los Hombres de Paco*, venga, concéntrate en la tele, a ella le hormiguea el cráneo, siente sus dedos haciendo fuerza y siente que está en otro sitio pero también ahí, ahí su cuerpo rígido y ahí Pepa y Silvia desabrochándose la camisa por primera vez mientras él la saca. Dice te cagaste toda pero toda, tía. Y se va al baño a limpiársela, aún dura, con una toallita, ahora vengo, cambia de canal si quieres. La abuela llega al fisco, cuando ya lo recogieron todo.

Sábado, 20.25: Las amigas hablando sin parar después de que Aída y Yaiza les dijeran por el messenger

salgan salgan salgan salgan salgan salgan salgan salgan xd

y se encontraran todas en la caseta del parque de Los Hinojeros. Aída con la cabeza apoyada en la mano porque si no, de lo mal que se siente, no le extrañaría que se le cayera. Aída atravesada mientras las otras chucu, chucu, chucu, y sintiéndose atrapada por el olor a cerveza y las voces de Chaxi, Marta y Yaiza y el vaho que sale de sus cuerpos y la necesidad de esconderse para que el hombre que cuida la entrada del pabellón deportivo no les grite muchachas qué hacen, ustedes están locas, con el frío que hace y ustedes ahí sin chaqueta.

Mira el tobogán, se plantea tirarse. Se muerde los labios y las uñas, siente la ansiedad rodeándole los huesos como un precinto, aguanta con los ojos cerrados mientras oye yo quiero que sea ya y atiende que te voy a explicar cómo se hacen las pajas y a ti no te apetece porque todavía no tienes la regla. Imagina a Yaiza, ¿cómo va a evitarlo?, haciendo todo lo que Chaxi grita. Y no puede respirar, y se da cuenta de que no puede respirar ni un fisco, y se bota por la rampa metálica mojada por la lluvia que, aunque ahora mismo no caiga, sigue lloviendo todo el rato en lo que mojó: el caucho la recibe y suelta agua. Ahora no, ahora no, respira, respira, tú puedes, se dice. Consigue hacer como si nada, volver a la caseta a escuchar a las amigas. Ninguna le nota cuánto desea que la madre aparezca en el parque de repente y la abrace y se la lleve en peso y pedirle arrúllame como cuando era un bebé y no se me habían pelado los cables de dentro. Un cable pegado a una lengua pegada a una barriga. No llueve ya pero la calle está toda enchumbada. Toda.

Sábado, 15.08: Moco arregostado viendo *Shrek 2* y Aída hablándole y él solo virándose para contestarle mira que eres pesadita, mira que eres pegoste, ¿alguien te aguanta a ti con lo pesada que te estás volviendo tú últimamente, tía?

Sábado, 16.05: Saliendo de casa de la abuela para ir a casa de Yaiza, Aída se encuentra con la tía, que vuelve a buscar a Moco. Le dice oh, ¿tú comiste al final aquí con tu primo, no te vino tu madre a recoger cuando acabamos de comprar las cosas para mañana o qué? Sí, es que quedé con una amiga. Y no me daba tiempo de bajar al Médano y subir. E íbamos a jugar a la game boy hasta que fuera la hora.

Sábado, 16.13: Toca los picos de las pencas como cuando era

pequeña.

Sábado, 21.25: Yaiza y Aída se pasan las oreos masticadas de una boca a otra en la parada de la guagua. Están tan borrachas que quieren fundirse. Se clavan las uñas en los antebrazos. Se chupan mechones de pelo. Se estiran la ropa hasta casi romperla. Hoy descubren que solo solas, antes de que las otras lleguen y cuando las otras se van, pueden hacer estas cosas sin tener que explicar lo que les pasa.

Sábado, 15.30: Te odio, te odio, te odio, te odio, te odio, te odio, te quiero.

Sábado, 21.30: Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te odio.

Domingo, 16.23: Es el cumpleaños de Aída y Moco. Cumplen trece. Trece años cada uno. Y una tarta sola, aun así, para los dos: esta mañana ponía FELICIDADES Jaime & Aída, pero la abuela jincó el cuchillo entre los nombres para sacar el primer cacho y rifarlo entre la gente que ahora habla a todo volumen y rompe con los dedos las partes manchadas de vino del mantel de papel. Tanta preparación y tanto irse las madres a recorrer un montón de supermercados y comprar una jartada de carne y de papas y de pan y de refrescos y de ristras de colores y de confetis y de gafas plásticas de las que se ve que sobraron del fin de año pasado para que ahora simplemente estén alegando y pasando de ellos. La brasa apagándose, las cáscaras de limón al lado con un montón de moscas alrededor, huesos de chuletas por el suelo de picón y los gatos famosos del merendero de Granadilla (tan distinto al del Médano, se dice Aída: sin arena, sin aulagas, sin poder virarse una botella sobre la boca y tragar todo el sol que han cogido por la piel desde la infancia, los

bancos aquí de piedra y una baraja de cartas en cada mesa y bolsas del Mercadona con suéteres repartidas) rondándolos, oliéndolos y yéndose sin chascárselos. Moco y sus tres amigos corriendo hacia la parte de los baños. Aída y sus tres amigas siguiéndolos hasta detrás del murito de la entrada del merendero, ella sin querer hacerlo, ella deseando una tarta sola, una fiesta de pijamas sola, ir al japonés del Médano a probar por fin el sushi sin que le canten a nadie más.

Escondidos por fin, se sientan en círculo. Se ponen a intentar hablar ellos como los mayores, se aburren enseguida y a Marta se le ocurre, entonces, un juego. Aída y Yaiza responden que no tienen ganas. Chaxi, Moco y los amigos jediondos, que sí. No hace falta beber, paradas. Verdad. Atrevimiento. Verdad. Atrevimiento. Oye, de fondo, las voces de los adultos, están escondidos entre la caseta de los baños y dos coches, nadie los echa en falta porque en las mesas tienen vino y una paella del Corujo y no los han llamado sino para la tarta, deberían ser dos cumpleaños, se repite, es solo una fiesta de mayores que se ríen haciendo escándalo. Y de tres amigos y tres amigas. Nada más. Que luego es un rollo. Y así se lo pasan mejor. Aída se mira los tenis y recuerda que hace un par de años desenterraron una lombriz larguísima y la cuidaron durante toda la tarde y lloraron al despedirse de ella: qué es esta cosa que te cambia de los diez a los trece. Preguntan ¿te tocas pajas? Preguntan ¿te atrae alguien presente? Preguntan ¿te gustan los besos de tornillo? Mandan levántate la camisa seis segundos. Mandan lámele la lengua a Chaxiraxi. Mandan déjame tocarte el culo.

Aída se decide, agobiada, a ir a sentarse con la abuela, a dejar que la abuela le rasque la raya del pelo y le pregunte qué tienes tú, guanajita, a compartir con la abuela el culo de un chupito de ronmiel, no le digas a tu madre que te dejé mojarte los labios, por la Virgen de Candelaria te lo pido, a hablar con familiares cuyo nombre no se sabe de cosas que creen que ella

no entiende, a que le rían las gracias, todas las gracias que le salen como una respiración, dicen nunca cambiarás tú, Aidita, yo veo que otras adolescentes se ponen de pollasbobas pero tú siempre eres la misma, y la abuela a ver, a veces se le ve el rejito, ¿eh?, pero yo sé lo buena que ella es. Aída se acuerda de que es Aída. Y llena de chispas se sirve coca-cola y vuelve cantando al escondite. Quiere jugar. Quiere mandar en el juego. Quiere dejar claro que es su cumpleaños.

Cuando dobla la esquina, ve los cuerpos en círculo y dando palmadas de la risa y algunos tapándose las caras, gritando ay Dios, ay Dios. Ve a Yaiza y a Moco besándose. Verdad o atrevimiento. Las lenguas apareciendo entre los labios pegados. La mano de él sobre el muslo de ella. Chaxi le grita tía, esto es muy fuerte, no mires, que es tu primo, Marta le pregunta para dónde te fuiste, cacho de basta total.

7

Impostor [7]

La tonga sigue como cuando llegaron: pegatinas, discos, los diarios de *Crepúsculo* y ristras de caramelos unidos por sogas igual de piconas que las suelas de las alpargatas, ropa. Que ahora Aída mancha con el polvo de cheetos que le suaviza las manos, lleva toda la mañana masticando oreos (un sujetador tan plano como) y comiendo pelotazos (una camisa del color que siente cuando huele la gasolina) y bebiendo horchata (polvo: la chaqueta esta la tenía arrimada y creo que a lo mejor a ti te puede servir o algo) y lamiendo rodondos de arriba a abajo (unas pulseras a juego para los dos primitos, tomen) y jartándose de llorar (pantalones de la 46, nadadoras de la XL, una XXL, dibujos de flores horrorosas, paquetes de bragas como las de las viejas y una manta eléctrica para, según la abuela, cuando le venga la regla: horita ya va a ser, lo predigo yo, tú sabes que yo soy mágica en lo que tiene que ver con ustedes) hasta terminar así.

Fuerte desastre de muchacha, las patas dobladas encima del sillón y los ñames canelos y asquerosos por haber salido al balcón y escupido cuando el amanecer y las gaviotas cabronas chillando, y Aída a la madre ma, que tengo una migraña de esas: de esas que no me laten jugando a las maquinitas pero sí saliendo de esta casa. De casa. Aunque sea esta. La madre encogiendo los hombros, total, ayer fue tu cumpleaños y te mereces, estaría bueno que no, un día de gandulería absoluta: comer. Enchumbar. Morderse. Rajuñarse. Eructarse.

Escarbar en la montaña de regalos, todavía algunas cosas con los envoltorios colgando, lascas de cinta adhesiva inservibles por culpa de las pelusas. Pegado todo hasta que ya nada se le pega. Sí la mierda de los dedos en la ropa jedionda, no en el plástico que recubre el tesoro en el que se reflejan los fiscos de sol que entran por la ventana, Aída se había olvidado de que estaba ahí pero se puso en pie de un respingo nada más darse cuenta y rebuscó y ahora alza el Animal Crossing de la wii como lo alzó en el cumpleaños: Rafiki levantando a Simba para que nadie se lo pudiera perder. Y se recuerda leyendo enseguida la parte de atrás de la carátula completa y enseñándoselo a Yaiza y Yaiza pegada a su brazo, los demás riéndose cuando se decidió por fin, movida por las ganas de compartir con ellos el edificio de fósforos al que la emoción le pegaba fuego en su barriga, a mirarlos: Chaxi y Marta mandándose codazos como diciéndose mira tú lo niña chica que se puso esta ahora, los amigos jediondos de Moco ignorando el ritual de los regalos y metiéndose cachos de chistorra en la boca y escupiendo ¿eso es para conseguirse otro Mew por la cara o qué coño me importa a mí? Y Moco. Y Moco. Y encima, Moco.

La tonga sigue igual. Un cisquerío, eso sí, marcando lo que no le gusta a Aída: antes de quitarle el plástico al Animal Crossing, se chupa los dedos uno a uno y se traga el sabor a galleta mezclado con papas mezclado con flemas mezclado con arena mezclado con la grasa de sus pelos. Mientras lo hace, piensa en la chaqueta que la madre y ella le regalaron a Moco: fue lo más que le gustó, se la probó ahí mismo y se puso a dar vueltas para que la abuela comprobara si le servía, estupendamente, Jaimi mío, dijo ella asintiendo y mandándose un buche de vino. Un día entero buscándosela en las tiendas del Safari y parando solo de vez en cuando para echarse un refresco y comentar los malestares de tanta guirufada, la madre

en una de esas soltando ¿te acuerdas de cuando te probabas tú las cosas para ver si le servían a él? Y Aída dejando que la coca-cola le doliera en el labio de arriba: peces de los que se chascan las durezas de los pies. Sálvenme de mí.

Aída mete el juego, se acuesta en el sillón, se agarra la barriga porque tiene una nube dentro. Tiene viento, tierra y ranas, y ha llorado tanto que se nota los cachetes cortados: la base de lengua encajándole en las comisuras de los labios. Mientras carga el mundo. En el que se va a colar para conseguir de una vez olvidarse de (la tía soltando ¿tú te has dado cuenta de que nos esforzamos como unos jediondos para prepararles a los dos un fuerte cumpleaños y tú vas y la armas por haberte enfadado con tus amigas por alguna bobería de mierda?) y no pensar más en (Marta llamándola so ruin y bozala y ella apartada, sola en un banco, comiendo puñados de risis) e ignorar el dolor de los recuerdos de (haber gritado váyanse a tomar por culo todos ya, es mi cumpleaños, es mi cumpleaños, es mi cumpleaños hoy). Se ha rascado tanto la cabeza que ya no distingue dónde tiene ronchas. Pero tiene ronchas. Sabe que tiene ronchas: no vayas a clase, disfruta aquí por un día toda tranquilita tú, sé que te apetece, no pasa nada si por un día estás jarta de todo y te quieres quedar sin hacer nada mirando para los celajes o cualquier cosa, Aidita, Aidita.

Así que la wii ruge y Aída aparece en una guagua y Fran, un gato, le hace preguntas. Es consciente de que tiene que responderlas bien sí o sí, elige una estrategia, se muerde la parte de dentro del labio de abajo, intenta notar las rugosidades de los asientos (la abuela explicando, en voz demasiado alta mientras ella seguía atravesada en otro banco, este es el rejito que ella tiene que yo les decía que a veces le sale que yo le conozco ya de sobra) y hablarle mentalmente al gato, darle más información de la que le pide, quiere asegurarse de que acierta. Aun así, al bajarse de la guagua, ve

que le sale el peinado horrible de las tres coletas. Y la cara más fea: los párpados caídos, la mirada hacia un lado, los iris como charcos de flax. Se queda contemplándose con las manos quietas, a su alrededor un bosque de la peor fruta de todas: manzanas.

No reinicia, sin embargo. Jugará con esto. Le hará a esto la casa más bonita de todas las casas posibles, el pueblo más bonito de todos los pueblos posibles, el juego más bonito de todos los juegos posibles. Piensa en Moco y su ropita nueva: ella tiene, se dice oliéndose el llanto en los dedos, unos ojos acabantes de abrir. Ya es casi de noche cuando salta y requetesalta para celebrar que terminó de una vez de pagarle la hipoteca a Tom Nook: estaba empezando a hartarse de olerle el culo, de adelantar días y días y pescar peces y peces y vender los fósiles dichosos de mierda que odia porque la hacen ir hasta el museo y despertar al búho y le da una pena que acaba quedándose quieta ahí como una boba mirándolo. Quería pasear. Deslizarse sobre la hierba que horita será nieve, encontrar muebles en las copas de los árboles, rastrearlo todo por si vino un visitante desconocido y acabar contemplando el cielo y montándose una historia que da miedo con un vecino y conociéndolo después más que si fuera una persona real. Quería. Ahora puede. Pero se levanta para pegar tres brincos y descubre que le duelen una barbaridad los fondos de los ojos. Como si por fin hubiera conseguido rascárselos y se le hubieran quedado irritados: toda ella se siente irritada. Tiene espinos por dentro. La boca le sabe a mierda, hoy no se ha lavado los dientes, chupa para que el paluego que se encontró al mediodía baile como las algas del fondo del mar: desde que Fran le dijo si buscas casa, tendrás algo ahorrado, ¿no?, no había despegado los cachetes de la luz de la pantalla ni había dejado de apretar los botones de formas cada vez más raras, a veces con la nariz, a veces con las muñecas, a veces con el colmillo

derecho.

Si juega sola, Aída se coge manías.

Y ahora que esquiva la cara de Yaiza (le dijo no entiendo por qué te tienes que poner así, Aída) (le dijo ven a hablar un fisco conmigo ahí detrás al menos y me explicas por qué estás tan cabreada) (le dijo ¿quieres más coca-cola o no me vas a contestar?) (le dijo pues me voy a tener que ir con las otras si tú te quieres quedar aquí así), la tiene tan metida que le pican las amígdalas, no deja de morderse las uñas hasta que teme que se le caigan. No deja de arrancarse la sangre seca de la cabeza. Espera a que le salga alguna caspa. Encuentra una y siente que es un premio. La despega, la analiza, la coloca en la colección que tiene sobre la rodilla y después, cuando considera que ya son suficientes, piensa en lo que implica quitarse cachos: si se desprenden, no son yo.

Aguantar cinco minutos sin jugar significa decidir si se levanta a hacer pis. Vamos. No mirarse en el espejo porque se nota los alrededores de la boca llenos de ciscos. Verse las bragas húmedas y amarillentas y no sentir vergüenza. Oír el hilo de líquido cayendo sobre el váter, recordar la mano de Yaiza agarrada a la suya al mear en el váter asqueroso del merendero, el chorro de Moco llegando lejísimos la vez aquella que la abuela los engañó para que creyeran que las papas crecen más crujientes si les orinas encima: tira de la cisterna susurrando adiós, adiós. Adiós, imbéciles. Adiós, cabrones. Púdranse ahí todos meados.

A veces tiene que desviar los recuerdos que la atacan y a veces tiene que aguantarse las ganas de vomitar cuando le llega el bombazo de la imagen de Yaiza y Moco morreándose y a veces tiene que morder el mando de la wii hasta clavarse la funda en las encías y a veces tiene que comerse cinco magdalenas de una sola sentada y a veces tiene que anudar pelos arrancados para

pasárselos por ahí y a veces tiene que pegar la oreja al altavoz mientras suena «I don't love you» de My Chemical Romance y a veces tiene que pintarse los muslos con un rotulador naranja y a veces tiene que clavarse las uñas en la lengua y a veces tiene que olerse un dedo tras metérselo y a veces tiene que respirar con el diafragma y a veces tiene que correr por el pasillo y a veces tiene que hablarle al perro que ladra en el gotelé del techo y a veces tiene que apagar la wii para que el topo la alegue y a veces tiene que botar contra el suelo alguna pieza del ajedrez de cristal y a veces tiene que apoyar las manos en los montes de cristales rotos y a veces tiene que quedarse en el váter hasta que se le corta la diarrea y a veces tiene que clavarle dos bolígrafos a su cartapacio y a veces tiene que darle patadas a la ropa nueva jedionda de mierda y a veces tiene que mandarse tres buches de vino de cocinar y a veces tiene que escribir seis páginas de y yo y yo y yo y yo y yo y yo y yo y yo y yo y yo y a veces tiene que meterse en Chatroulette y enseñarle las tetas a un guiri que abre mucho los ojos y se queda mirándola unos segundos y arruga la boca y se va de la llamada porque no tiene tetas ni primo ni amiga y a veces necesita decir tengo dieciséis, tengo dieciséis años y vivo en Santa Cruz y tú qué haces, de dónde eres, te gustan las canciones de Paramore. Durante unos cuantos días, a veces. Sin ir al instituto: ay, ma, la migraña, ay, ay, ma, ma. ¿Me lo tengo que creer o qué coño quieres que haga, mija? Bueno, si tú lo dices, si lo dices tú, será. Ella también con surcos de azada bajo los ojos. Así que. Falta y falta y falta a clase. Y se envicia cada vez más.

Cada vez una enviciadera mayor: fuerte desastre de muchacha; cinco noches durmiendo con la misma camisa, si se la quitara y la pusiera de pie saldría por patas como un tiro y se escondería de ella. ¿Y los pelos? Mi madre. Se encuentra, justo después de

levantarse el sábado y beberse un tazón de leche con gofio por querer desayunarse lo más deprisa posible y deslizarse enseguida hacia las sombras de los peces de la aleta del Animal Crossing, una cáscara de pipa enredada en un mechón: ¿y cuándo he comido pipas yo? Coño, (ella chillando que se dejen de tirarme piedritas ya) (Moco acercándose para mandarle una colleja disimuladamente) (Chaxi soltando mira tú la Yaiza, con lo santita que parecía), joder. La pipa es parte de otro mundo. El escarabajo oro guardado en los bolsillos y lo vendo o lo dono, lo vendo o lo dono o qué, lo intercambio o lo retengo. Lo es también la llantina, la punta de manguera que le jincaron dentro y que ahora la hace agradecer que la madre se quede en el piso el fin de semana y entreabra la puerta para que no se sienta sola: está sola en dos universos. Divididos por lo bien que los mandos encajan en las manos.

Por eso se queda mirando a la madre cuando está revolviendo los macarrones, y por eso se fija en su espalda tan recta y en la marca de la vacuna, una espiral flotando entre un montón de pecas: comiendo, le pregunta ¿te dolió? ¿Y a todo el mundo se le quedó así? ¿Y cómo eras cuando te la pusieron? Hablan, las dos en camisa y bragas, de las colas en el pasillo del colegio y de la sensación de la aguja entrándole y del cuento de cuando no se atrevía a saltar el potro y se libraba metiéndose en la fila de las que ya lo habían hecho, esto lo recuerdan meadas de la risa, de vez en cuando alguna mancha de salsa de tomate alrededor de sus bocas estiradas, no le importa que la madre la sepa tan jedionda, a ninguna de las dos les gusta nada en realidad ver el piso aún vacío como un ambulatorio pero lleno de pelusas y de briks de jugo botados y de calcetines encontrados en lugares aleatorios y de las rajadas de dedos engrasados debajo de la mesa. Se miran a los ojos, iguales aunque Aída crezca, y se callan unos segundos.

Usa la tele grande todo lo que te dé la gana a ti, le dice la

madre entonces. Y hasta se sienta varias veces en el sillón para verla jugar. Aída le explica mira, esto es un juego en el que tú eres este machanguito, ¿vale?, y tú vives aquí y te tienes que hacer amiga de los vecinos y puedes decorar tu casa y pescar pescados y cazar bichos y ten cuidado porque si apagas sin guardar te aparece un topo pesadísimo que se llama Rese T. Ado y te echa un alegato que agüita. Juntas, crean la usuaria Mami, y, tras responder las preguntas de Fran, le sale el peinado de los picos y la cara más preciosa de todas: Aída se alegra, se recuesta sobre ella, le enseña todo lo que tiene que hacer y las dos coinciden en que Tom Nook es un comemierda.

¿Y si se lo cuenta todo a la madre, y si se arroja delante de ella y le pide que lo limpie como ella sabe siempre? Pero se pregunta cómo, cómo, cómo. Mi amiga: cómo. Y mi primo: cómo. Cómo. Le muestra, en cambio, para rociar con palabras un agujero que siente latiendo, todo lo que se puede hacer en el juego: por primera vez en mucho tiempo, no le responde cállate, cállate, Aidita, me tienes totalmente loca. Por primera vez en su vida, Aída habla de algo que no es lo que en realidad le habla dentro, deja bailar la lengua mientras se repite otras cosas, intenta que le brillen las pupilas aunque tenga tropezones de bilis nadándole en los lacrimales. De una pota putrefacta que, por primera vez en mucho tiempo, no puede ser escupida mientras chilla y se jala de los pelos y pega la boca a la cabeza de la madre y pide sálvame, sálvame, sálvame, por favor, ma, ma, por favor.

Se calla, por primera vez en su vida, y mira cómo la usuaria Mami pesca un pez luna. Ños, ma, ni qué poco bien: le sonríe.

En cuanto la madre se va a acostar, Aída crea la usuaria Yai y responde las preguntas como antes, cambiando solo un poco, y se queda contemplando los ojos brillantes y la nariz en forma de triángulo y el traje con dibujos geométricos y la expresión

feliz de la muñeca. Imagina a Yaiza, mientras tanto, confundida y triste delante del ordenador: y si está enfadada, se pregunta. Y si la está dejando sola. Y si está cavando un agujero y las dos se caen por él, las manos separadas, los dedos desenredados, las uñas desenterradas de las uñas de la otra y el perfume que le echó a su peluche de Piglet, lo tiene ahora sobre las piernas, evaporado: y si Moco se lo queda todo.

A él le regalaron ropa; ella juega, siendo Yai, hasta las tres de la mañana. Después no guarda. Ve cómo todo lo que ha conseguido, la casa decorada con muebles corazón, el armario lleno de los gorros más preciosos, los trajes de La Divina Graciela, desaparece. El topo le dijo no lo hagas. Ten cuidado. Si empiezas a resetear, no podrás dejarlo.

Enviciada como cuando te jartas de coca-cola y, a contraluz, le ves la sangre al mundo.

Después no se consigue dormir. A lo mejor es por el buche de café que se mandó a las siete de la tarde. A lo mejor es por la cama, está dura y no coge su forma, está llena de ciscos que le pican las canillas y los muslos y la barriga, o por los pies hinchados, o por los huesos de las caderas, que, siente, se le están clavando en la piel: pasan horas que ella no llamaría horas. Desde siempre, Aída piensa que habría que inventar una palabra para el tiempo que vives sin poder mirar el reloj: algo que se irrita, se infla, da vueltas por el cuarto y deja marcas en el techo. Habría que inventar una palabra que apeste. Como apesta ella. Las flemas le aprietan la garganta cuando decide que está demasiado sucia ya. Jedionda como nunca. Peor que el suelo del cuarto del fondo de la huerta. No por el olor ni por la sensación de tener las sábanas pegadas ni por el vapor que nota dentro del pijama, sino por el dolor de cabeza. Un corazón metido por las orejas y un montón de polvo tapándole la nariz y los párpados pesados pero, a la vez, imposibles de cerrar.

Se recuerda mordida por la migraña ya de chica, Moco

mojando una toalla de bidé en un balde de agua y poniéndosela en la frente, Moco apagando la game boy: si a ti te duele yo no juego. Y masajeándole las sienes con los dedos suaves por la tierra. Al acordarse, la ansiedad le hierve. Al apretar para contenerla, su cuerpo se pone de pie. Sin hacer ruido, anda por el piso: un pasillo corto sin nada que lo decore. Y se mete en el baño: un baño que huele a desodorante de pies del Mercadona. Y cierra el fechillo: un fechillo tan nuevo que hay que empujarlo con maña.

Se quita la camisa y las bragas. Pone la ducha hirviendo y se estrega los pelos aunque le duelan: se los estrega porque le duelen. Borra las marcas de sus dedos, todo lo arrancado nace otra vez, el cuero cabelludo se le rehace bajo la caricia que, intentando no romper el silencio, se da, el agua cae, la ducha le escupe, Aída se toca entonces. Los cachetes. Los hombros. Los pezones. El ombligo. La raja del culo. Los muslos. Los dedos de los pies. Y se dice tengo una piel y piensa en el cohete que lleva dentro, salvajita, animala, todas las cosas que quiere decirle al mundo y todas las cosas que quiere que el mundo le diga: estoy presente, se recuerda levantando la mano en clase, aquí, aquí, sigue tocándose (existo, existo) hasta que se mete un dedo y contempla luego, bajo la luz de la lámpara del espejo, la capa rojiza que le cubre la uña.

Por alguna razón, sabe (aunque ya se ha visto sangre y ya ha tenido avisos y ya se ha preocupado y ya ha fingido un dolor de barriga incapacitante) que esto será mañana su primera regla.

En cuanto se levanta por la mañana (se mete en el ordenador) (la regla formándole una flor de penca sobre las bragas bonitas de Pucca) (los picos también dentro, se va a llamar Fran y va a ser…) (no abre el Fotolog, no teclea su contraseña, no busca habbo.es) (en vez de eso, juronea en cuentas de chicos emoxos 100% true alex evans fans y se descarga la foto que más le

gusta) (este) (lo pesca por los anzuelos de los piercings de la boca) (y usa la imagen para crear un messenger falso) (al que solo agrega a Yaiza) (lo hace) (al final lo hace) (se agarra el dolor nuevo que le presiona hoy, por primera vez, la barriga) (si empiezas a resetear, si te dejas llevar por las ganas de que no pase algo que pasó y) (de romper las normas del juego, pero con una buena intención), va hacia la madre y le dice ya le encontré el sentido a todo, es que me vino la regla, muchacha. Y la madre asiente y así te pusiste tú el otro día con tu gente, Aidita. No me extraña. Ya a mí, de lo del otro día, no me extraña nada pero nada, eh.

8

Poder Oculto [8]

A los días lloras otra vez. Lloras y te comes un bizcocho de los del Mercadona que vienen rellenos de mermelada de melocotón jedionda pero por eso mismo buena, lloras porque sabes que tus mensajes no los respondería después de la que armaste en el cumpleaños, y a Fran, en cambio, le contesta siempre al momento. Lloras porque le preguntas, siendo Fran, qué tal le ha ido la semana, y ella te responde:

Mas o menos en verdad pero no quiero hablar de eso. No tiene importancia ^^

por que??

Por nada

por que??

Por nada

por que????

Por nada. Quieres jugar a preguntarnos rollos aleatorios? ^^

bueno como en crepúsculo, bueno como edward y bella en el coche volviendo todos avergonzados a forks…

Descubres que hay cosas que no sabes de ella. Tu mejor amiga mandando iconos que no le habías visto nunca y tú metiendo los dedos (rojos; algunas letras ya teñidas) en charcos que jamás te habrías atrevido a rozar. Descubres que hay cosas que, siendo tú, no puedes saber de ella. Manchas la silla, pero es que ya estás en otra silla encaramada y arreglando las ruedas del skate y limpiándote los piercings con betadine y sintiendo cómo te crece la barba a punto de saber cuál es su parte del

cuerpo suya preferida. Te duermes pensando en la contestación:

Mmmmm.... Los dos lunares que tengo justo en el centro de la espalda, idénticos y casi solapados creo yo

Es ahí cuando se te empieza a ir, te parece.

Vuelves, a la mañana siguiente, al instituto. ¿Seguro que ya estás bien? Yo te llevo pero si te prefieres quedar aquí. No tienes miedo y te quitas la mano de tu madre del hombro, vístete ya, mami, que tengo que llegar tarde yo siempre. Lo único que te asusta es que se te note la compresa a través del chándal: nada más te parará. Bajas del coche con decisión. Pasas la cancela con decisión. Caminas con decisión hasta tus tres amigas, dos cogidas de manos y la otra mirándote fijamente desde que estás ahí arriba tan lejos que cómo se dio cuenta: oh, les susurras. Me vino la regla. Sientes un chorro bajando cuando dices la palabra regla, tu mejor amiga se levanta y te abraza por los hombros y te besa el nacimiento del pelo y te agarra la cara para mirarte a los ojos y la Yaiza que descubriste ayer. ¿Te sientes mal por lo que estás haciendo? Todavía no.

Gana haberte dado cuenta de que una semana sin ella es peor que una mierda espichada en un palo, la emoción en la barriga al verla girarse hacia las otras dos y soltarles yo soy aquí la primera a la que le vino el rojo y uso mi poder para exigirles que perdonemos todas ahora mismo a Aída: una chilla chos, sí, que ya me estaba jartando de hacerme aquí la ruina y echaba de menos tus burraditas burradiles burradaciones burras. La otra se encoge de hombros y bueno, pero como nos vuelvas a joder la fiesta tú. Bueno.

Todavía no te sientes mal. Por las tardes te metes en el messenger y te diviertes jugando a ser él, a ser tú completamente pero siendo él completamente mientras. Fuerte felicidad, de hecho, al mirarle luego los dedos mordidos. Cómo

son, me las podrías describir o qué. Descubriste que ella también es capaz de hablar sin parar. Que no hace falta tender una red de paridas y botarse encima y dar vueltas como sarantontones al revés. Que a los ;) responde ;) y a los guapa, guapo. Que cuando tú cambias, los demás cambian también.

La escuchas con otra atención porque eres cuatro orejas y dos labios jirviendo de los nervios. Tu primera regla. Secándose: pasan meses y no paras de ser Fran.

Te fijas, una tarde, en cómo apoya el labio de abajo en la rodilla y mira a los skaters que se estrompan y vuelan por el campo de fútbol, en cómo comenta los tenis guapísimos de uno que se acaricia a cada momento los labrets y se quita los guantes y los estira y gira el cuello de un lado para otro y les besa las sienes a los compañeros y se sube a la rampa y se baja sin esfuerzo y se abanica con la camisa y enseña la tableta de chocolate, te fijas en que se queda en silencio y, aunque te dé la mano, no te la aprieta, y te pones roja y a la vez te sientes mal, ya ahora ya sí y hablas con ella como no habían hablado nunca (por la doble atención: eres Aída y eres Fran) y a la vez te callas, cagándote en todo lo cagable de este mundo cochino: te botaste totalmente. Quieres que te mire a ti, aunque tú no seas tú. Quieres volver atrás y no llevar esta culpa colgando como una extremidad nueva inacariciable, sobrante. El matracazo es eso. Y no lo puedes remediar. Baja la pantalla. Baja la persiana: ya horita no es más de noche. Eres mi mejor amiga. Cada día, a cada minuto, te quiero yo más.

El matracazo es: recordar sus dedos mordisqueados + preguntarle, siendo Fran, 16, Santa Cruz:

como son tus manos me las podrías describir??

Botarse con ella en una cama de hojas cagadas por las palomas y colillas secas de tanto sol y ristras de las últimas fiestas pero ya todas desteñidas porque no sé ni cuándo fueron

y olvidarse del mes y de la hora y acabar cogiendo la última guagua y esquivar con gracia la chola de la madre y explicarle ma, es que estaba con mi mejor amiga del mundo + lol no sé si a ti te pasa lo mismo pero a mí me está encantando esta conversación contigo y menos mal que me acordaba de tu messenger y me dio por ahí por agregarte. Pero antes haberle dicho:

me voy a acostar ya Yai-chanitititita nos vemos mañana en el instiputo (L)

+ conectarse después de mirar al techo y hacer tiempo para que su amiga no descubra que tras la foto de perfil de Fran están sus pelos húmedos (se los bañó sin cuidado por la prisa de hablar con ella un rato antes de ponerse a hablar con ella). A la mañana siguiente, aparecer las dos en clase con unas ojeras más largas que la soga que Marta se empeña en robar del gimnasio para cuando se cojan un lote la próxima vez + imaginar el día a partir de lo que ella le cuenta después a Fran:

Y corrimos por el pasillo y casi nos trinca un maestro y se me doblo el pie y por poco me estrompo pero me agarre a mi amiga y mi amiga hizo fuerza para llevarnos a ambas y no se como pudo con dos cuerpos en el cuerpo agarrados juntos asi colgando LoL

Conocerla tanto + sorprenderse con todo lo que comparte con Fran: una Yaiza que le hace olvidar a Yaiza. Conocerla una barbaridad + olvidar a Yaiza y solaparla con Yaiza y sonreír y sus manos, miradas desde arriba, podrían ser perfectamente otras, ¿no?, y Fran diciéndole:

voy a sacar al perro espera, con mi padre que es un máquina y me acompaña siempre porque estamos muy unidos el y yo, no se si ya te lo había dicho :)

Quererla y querer protegerla de la ventolera que hace en El Médano, escóndete aquí, y convertir los brazos en una visera y lograr que el confeti de tierra no le rebuje el fleco, haberse

inventado a Fran para que sea un escudo protector anti-estarse besando con primos de gente + dejarse llevar por la posibilidad de soltarle las cosas que a la cara, siendo Aída, le dan vergüenza:

eres tan guapa que pareces de un anime

Engañarla. Engañarla. Engañarla. Matracazo. Pimba.

Mira que se alarga la pantalla. Como cuando comen chicles juntas y, tirando de ellos por el filo, los obligan a medir lo mismo que sus brazos al estirarse todo lo que se pueden estirar. Mira que baja la conversación, piedras botadas por el barranco, no sabía yo que esto era así tan peligroso, las ganas de alongarse y sentir el riesgo pero la posibilidad de recogerse antes de que suceda cualquier cosa con significado. Fran solo implicaba, al principio, inventarse a un pibe. Santa Cruz y dieciséis años acabantes de cumplir y la vida en una casa antigua y llena de plantas porque

mi madre todo el dia riega que te riega ahi y no para la tia ni aunque me ponga yo a soltarle las mayores burradas que se me ocurran

Mira que baja la conversación después. Después, después, enseguida. Escupitina desde la azotea: ya sabes en qué cabeza aterrizará. ¿Te acuerdas de los alegatos que te echaba tu abuela cuando te apoyabas en la liña para mirar las chispas que salían del taladro del hombre que estaba arreglando el cable de la luz? Pues esto es lo mismo: escondida, disimulando, disfrutas de la fascinación y de ver algo increíble y de dejarte llevar por un impulso, y anticipas a la vez el enfado que podrías provocar si te trincaran. Tecleando a este ritmo enloquecido.

Estate quieta, le chillaba la abuela a Aída. Muchacha imprudente que se va a mear viva en cuanto le dé por dejarse dormir, luego eso voy a tener que limpiarlo yo, si te digo cierra los ojos, tú los cierras con la misma sin rechistar: la satisfacción. No sé si la recuerdas. De hacer lo prohibido, mirar,

y de ser a la vez la niña buena que, después de fregar la loza, se atreve a meter la mano en la mierda para destaponar la tubería, no mirar unos segundos, la pantalla baja, el chat va bajando como el agua del fregadero llena de la salsa de los macarrones. Tecla a tecla y zumbido a zumbido, Santa Cruz, 16, y se convierte, sin que Aída se dé cuenta, en haber estado evitando las chispas naranjas y poder sentarse por fin delante de ellas y abrirse los ojos con los dedos y ponerlos en blanco y dejárselos apuñalar por el rrr del taladro y el Aidita, tenga fundamento usted y el perro de abajo ladrando y la mano de la abuela tiesa como una guillotina y la sábana inflada interrumpiéndole la visión solo un instante, y la mano de la abuela cayendo, y los picos del muro de la azotea agujereándole para siempre el chándal, y la mano de la abuela soltando un matracazo que, ¿sabes, abuelita?: ya me da lo mismo porque ya me da igual ser buena o mala. Ya le da igual porque ahora se despide de su mejor amiga jurándole le voy a mandar una reclamación a Titsa para que ponga más guaguas y así yo pueda ir dejándolas pasar y pedirnos platos infinitos de papas locas con lo que me ahorro en bajar hasta mi casa + haber subido las escaleras asfixiada y no haberse desasfixiado hasta ver el icono que Yaiza solo usa para saludar a Fran.

Haberse estallado los dedos de Fran. Tragado sin querer las uñas de Fran. ¿Te acuerdas de que después sí te meabas y tenías que hacer que tu madre te prometiera que no se lo iba a contar a nadie jamás, el apuro en el coche, estaré oliendo? Titsa de los cojones. Si hubiera más guaguas, no podría existir Fran: resulta que siempre, después de llegar a casa y encasquetarse el pijama, la pantalla se alarga y se alarga. Y Aída se acaba meando, y mearse es:

Queda con Yaiza por la tarde. Sube a Granadilla en guagua. Hay niebla, está cayendo una que agüita. Se compran, con el dinero de las emergencias, un paraguas para las dos en el

bazar. También les da para la pintura de uñas verde extraterrestil que siempre se dedican a mirar meadas de la risa, se las pintan cobijadas en la caseta de madera de Los Hinojeros y manchan las páginas de la sección de sexo de la *Loka* al pasarlas. Normalmente a Aída le da asco verla en compañía, pero hoy siente una satisfacción oculta: Yaiza lee en alto pene y lubricante y orgasmo y cunnilingus y condón y le sabe a lo que le sabría un vaso de dulce de leche mezclado con vinagre. Mezclado con mierda de perro. Mezclado con las lágrimas de ferruja que gotean interminablemente de los tornillos que no se entiende cómo todavía unen las tablas: le sabe a probar algo con los ojos cerrados y ser incapaz de descifrarlo. A mirar a su amiga a través de las huellas de las chispas.

Yaiza lee y le cuenta después la vez aquella que fue a la piscina y se apoyó en los chingos y casi no se desmaya (se parten tan alto el culo de repente que el hombre que cuida la entrada del pabellón deportivo se asoma y se pone a gritarles pero ustedes qué hacen ahí sin chaqueta con el pelete que hace, muchachas). Le cuenta también el olor a cigarro del bar al que siempre la llevaban de pequeña, donde se dejaba dormir acostada en dos sillas y la madre ni tenía la decencia de taparla con una chaqueta aunque sea ni nada. Yaiza la veía desde ahí hablando con todo el mundo, fumándose una caja de tabaco entera, probando las copas de las amigas y pidiéndose las mismas una a una. Arma para ella el decorado de su infancia. Y Aída se tapa los ojos con el antebrazo para poder contemplarlo. Ser Fran y ser Aída, pelos de los dos creciéndole a la vez, le permite verla entera:

Riendo. Pintando sus nombres en la madera de la caseta con los mocos alienígenas que cómo pretendes que se sequen si la lluvia y cantando y haciendo un megáfono con la *Loka* enrollada. Gritando Renji está todo bueno y oliéndose los dedos después de tocar el agua y la ferruja y la boca de Aída para

silenciarle el Renji es un fuerte feto absoluto pero dejando la piel sobre sus palabras un segundo: no te calles, en verdad.

De noche, ella escribe que te escribe y sin tanta sonrisa y doblada para, le cuenta, que le duela un fisco la espalda: en verdad me gusta. Sacándose fotos para Fran desde arriba con una mirada secreta (empalagosa y ácida, también) en la que Aída puede fijarse ahora. Lente del pibe falso que empezó como una salvación, como un apartar a Yaiza de los labios enmoquecidos de su primo y hacerla mirar fijamente unos que no puedan besarse, y se convirtió en poder decirle:

me gustas Yaiza

gracias por ser tan dulce Yaiza

que significa para ti esa cancion que siempre te pones en el subnick Yaiza

sin temer que ella se asuste y salga huyendo lejos como un tiro. Se convirtió en conseguir lo que desea (los (L)(L)(L) de Yaiza) mientras conserva para siempre lo que ya tiene (Yaiza suelta vaho al respirarle sobre los temblores de los dedos ahí en la caseta de madera mientras llueve). Una noche, Yaiza se queda hablando con Fran hasta las cuatro de la mañana, es Yaiza la que para diciendo que lo siente pero tiene un sueño que se muere y está a punto de dejarse dormir delante del ordenador como una boba. Tú, con los dedos de Fran, le escribes:

como en las dos sillas del bar jajaj yo si te taparia con mi chaqueta :)

Y Yaiza, después de unos segundos, te responde:

Siii xD xD Gracias jop ^^ (L)

Y después, ya con el ordenador apagado, a Aída se le para un momento el corazón preguntándose a quién le había contado Yaiza eso.

Pene, lubricante, orgasmo, cunnilingus, condón + no sé cómo pudo con dos cuerpos en el cuerpo agarrados juntos así

colgando.

Lo que le da miedo la emociona. Lo que la emociona, matracazo. Como limpiar las bragas meadas bajo el grifo después de miles y miles de advertencias de la abuela. Corren bajo la lluvia porque el paraguas era tan birrioso que se les rompió con el viento, acortan por detrás del pabellón y consiguen llegar a La Recova sin resbalarse ni una sola vez. Exprimen los gorros en el cuarto de baño. Se secan las manos y las caras con papel del culo. Piden papas locas de las de jamón y queso y una fanta naranja grande y alegan hasta que a las siete Aída se levanta para irse: Yaiza la agarra entonces del brazo y le pide quédate, por favor, quédate un fisco más conmigo al menos. ¿Tienes hora para llegar? Yo no. ¿Tienes algo que hacer al llegar? Yo no. La invita, pues, a un chocolate caliente con el dinero que sobró del dinero que sobró del dinero de las emergencias. Mientras se lo beben a medias, le suelta una mirada que no sabe que Aída ahora, por Fran, conoce. Y le provoca una sensación que no sabe que ahora, por Fran, le pica: habían quedado en conectarse los dos sobre esta hora.

Se le hace tarde con su amiga. Y su amiga eres tú. Y esperas delante de un ordenador que no tiene teclas propias. Y no existen sino ustedes. Ustedes contentas y con las bocas todas rebozadas de marrón, pero el muchacho. Pero el muchacho triste porque todo lo planeado para cuando viera su ventana alzarse y le diera con el ratón. Pero las cosas que querías decirle. Pero acabar en su casa viendo covers bastos de Paramore y al final quedarte a dormir y que nadie las alegue si se hace de día y aún están hablando como dos cotorras chicas. Tiemblas otra vez. Al darte cuenta de que justo te prestó la camisa de pijama que hace un par de noches le describió a Fran. El matracazo es:

Crece… Crece… Felicidad + ahogarse, siendo Fran, por la

espera. Decir, siendo Aída, te quiero mucho + soltar, siendo Fran de nuevo:

es que tu me gustas Yai

La estoy cagando + necesitaba estar así de cerca. Encontrar, una tarde, una pestaña abierta en el ordenador de Yaiza:

Test de bisexualidad eres bisexual como saberlo?

+ no poder dejar de pensar ya me trincó, ya me trincó, me muero y escribirle desde Fran, en cuanto enciende el ordenador al volver a su cuarto roñoso del Médano:

te mola alguien mas??? xd lololol perdon por preguntar asi tan directo tia es que yo que se

Nop. Y se puede saber a que viene esto ahora de repente Franitititito?

+ Moco come con las manos + Aída se dice ya se le podría quitar esa manía que ya tenemos trece + la abuela le echa chorros y chorros de ketchup, para que no se te gaste nunca, mi niño precioso + ella abre bien los ojos para no perder detalle del primo + ¿y ese bigote? + ¿y ese ojo todo encarnado, uno solo nada más? + ¿y esas uñas llenas de mierda, por qué no se las limpia, y esa respiración de cochino y la escama de baba que se le secó en la comisura y que ahora se quita con el pulgar y se chupa, y la salsa subiéndole hasta casi los codos? + nadie se pregunta por qué Aída no habla + ella cortando las croquetas con cuidado y llevándoselas a una boca que desea por primera vez + por primera vez, desea + que no sea igual que la de él: Moco se rasca el culo con la mano manchada de ketchup y el pantalón a la mierda y la abuela gritando pero arrancándoselo para lavarlo antes de que la madre llegue y se dé cuenta, mi niño, que te tenga que encubrir yo esta machangada ya con la edad que tú tienes, pero eres mi muchachito, en fin, en fin + él sonriendo, luego serio, luego sonriendo otra vez, luego tan serio como cuando está

perdiendo al Tekken. No lo soporto, no lo soporto, no + de pequeños, esconchaban los cochitos de juguete + los contemplaban por dentro: ni chiquito mecanismo para un fisco de ruedas nada más + ni chiquito mecanismo: ya no era arrastrar, sino + ver. Solos en la cocina, se observan el uno al otro + la cicatriz refleja la luz de la lámpara + también lo hacen las gafas de Aída + escarbaban en los cochitos para conocerlos del todo, encontraban, bajo la piel de plástico, un mundo nuevo, todo tiene más de lo que enseña, se puede descubrir tanto sobre las cosas, se dice, si las miras desde un sitio en el que no te tocaba ponerte. No lo soporto. Me arde la lengua. Ya no soy la misma. Odio ser salvaje. Quiero ser buena, quiero portarme bien. Nos odio.

Aída se levanta, se dirige al sótano. Sus pisadas, matracazos. Camina, camina, se da la vuelta, él sigue en la mesa, la mira con los ojos entrecerrados, aún mastica. Ella dice ven, tío.

Bajan.

9

Velocidad Extrema [9]

Aída lo sabe ahora: hay tristezas que no son lentas. Ni dan frío. Ni pintan la voz de azul. No las arrastras como si hubieras llenado la mochila con todas las piedras bonitas del terraplén. No te abrazas a ellas hasta que enfondas la cama. No te las estregas para convertirlas en una piel de jabón a través de la que, aunque te toquen (aunque te claven las uñas para intentar engrifarte los pelos), no sientes nada: nada de nada. Porque a veces no. A veces corres. Y quemas. Y sudas, a veces.

A veces te pintas los ojos con un negro que parece sacado frotando los dos carbones más cochinos del merendero. A veces estampas luego la yema en las fachadas vecinas y contemplas, metiendo la uña debajo de una de las estrellas de la *Bravo* que te empegostaste por toda la cara, tus huellas. A veces caminas clavando los tenis en el suelo, esperas a tus amigas en la parada y cuentas el dinero una y otra vez y, en vez de sentarte, das vueltas y vueltas y saludas a las viejas y te manchas el pantalón de polvo y te compras un red bull y te da asco y lo escupes y apoyas el cachete en la rodilla y te atas la camisa y te la desatas enseguida porque se te ven las estrías, y te la vuelves a atar y así la dejas. Las chicas llegan en la 116 y te subes de un brinco y las miras: una es una ¿leona radioactiva shinigami enfermera putoide? Otra una ¿pirata emo kawaii maestra de inglés gafotas? La otra una ¿robot steampunk ensangrentada con toda la cara llena de las mismas estrellas que, al sentarte, se te desprenden a ti del cachete? Coges la bolsa que una de tus

amigas te bota. Y sacas dos o tres rejos al azar, y preguntas ustedes creen que esto va a colar en serio, y te chillan y esa gente qué sabe si nosotras vemos series ahí todas desconocidas con personajes que ellos ni imaginan porque somos las más frikis de la isla, y tú te dices hay tristezas. Lanzadas como un petardo de esos que huyen veloces y si se estrompa contra un pájaro pues que se joda, no, que te calles, y esas tristezas llevan, igual que la guagua las lleva a ellas ahora (los molinos de la autopista, tenedores a punto de jartarse El Teide), a decir sí. La boa esta me pega con las orejas de Minnie. Y a trenzar sus palabras con las de Marta, hace un par de días, para convencer a las demás: vamos al salón del manga. ¿Ustedes saben lo guapísimo que va a estar eso? Es la misma guagua que cogemos siempre y solo nos tenemos que dejar dormir en ella y aparecer en un capítulo de anime pero en la vida real. No sean bastas, no nos va a trincar nadie, no nos va a pasar nada, tenemos un plan.

Así que tal como quedaron: cierran los ojos y los aprietan hasta que les nacen formas que se transforman en otras y podrían volverse, con suerte, sueño. Pero Aída y su motor. Finge y, en cuanto Yaiza le da la mano, la aparta como una bruta: hace como que está con la burrada de intentar pellizcar el cristal, y la amiga, constelación legible de sus labios para arriba, se encarama y se esfuerza por colocarle bien de nuevo los brillantes de plástico que quién iba a decir que tenían las dos en sus casas, Aída dentro de la caja de cartón en la que volcó su cesta de los tesoros y Yaiza metidas en la gaveta hondísima que usa para guardar toda la mierda que no le apetece recoger de la mesa. Una vez hecho, soy una bailarina sincorazón cyborg cazadora de cartas maestra de unos bichos que se copiaron de los pokémon, ¿qué opinas?

Se dedican las dos a mirar por la ventana: matos secos y gasolineras y carteles del Loro Parque jediondo y tanto

disimulo, a veces no sabes qué coño habrá en Santa Cruz, a veces deseas encontrar a tu madre esperando debajo de las escaleras de la guagua con la chola en la mano y gritando pero tú no estabas en casa de Yaiza viendo *Crepúsculo 2* pirateada para no tener que ir contigo al cine, a veces quieres que sea así y escapar como una moto lejos de Yaiza y que se te estiren los cachetes todos y que la coca-cola que se te inyectó dentro burbujee a gusto y que esta sensación de estar portándote como la mierda crezca, espino, globo de agua, hay tristezas, a veces, con las que no te puedes, ni de coña, parar.

Chaxi y Marta, enredadas y siguiendo el plan (pasan ya Chimiche, el pestazo del PIRS, los túneles de Güímar, ninguna se persigna al pasar por Candelaria, pasan el McDonald's y toda la gente de la guagua se gira para mirarlo disimuladamente y suspirar deseando una hamburguesa de esas, que ni en Granadilla ni en El Médano hay), roncan un fisco. Aída y Yaiza observan y mastican los chicles manidos del bolsillo de la mochila de Yaiza, y Aída mueve la pierna pero dejando estratégicamente un espacio entre el lugar al que su rodilla llega y la rodilla con estrellas también pegadas de Yaiza. Hay tristezas.

Veloces, eschavetadas, revuelve que te revuelve las tripas y bajar de un salto y oler los coches podridos y correr instintivamente porque era bajándonos en el Meridiano y cruzando la cosa esta y no dejando que nos atropollen, sooooo, caballo, hostiá, hostiá, hostiá, ¿ese no es Ichigo? ¿Y Goku con los pelos de cuando tiene el rabo pero sin el rabo, esa gente no comprende que eso está mal pensado? Mira, mira, colega, que me cago, que me reviento, ¿pero y esa mujer con una correa para dónde va, y ese con la cara toda tapada cómo va a ver algo el muchacho, por Dios, y esos dientes serán de verdad o serán de vacilones, chicas? Chaxi, no preguntes, Chaxi, no te impactes tanto que pareces una poser de los cojones más falsita

que. Yo les dije o no les dije que esto iba a estar guapísimo: Aída teme, de repente, que no las dejen entrar al Recinto Ferial. Que se vacilen de ellas porque son pequeñas y vienen de Granadilla y no saben que aquí en la ciudad hay que darle al botón del semáforo para que algún día se ponga en verde y ella tiene la camisa amarrada y se le salen ríos rosas y no se la piensa desamarrar de todas formas y mira a Yaiza de reojo, mira a Yaiza de reojo, mira a Yaiza de reojo, mira hacia donde Yaiza mira de reojo, mira hacia donde Yaiza busca de reojo y, como quedan quince minutos para que abra la taquilla, se sientan en el suelo y Chaxi está desatada (chos, a ese se le transparenta todo el cuquerío) y Marta está sacando fotos y Yaiza se está dibujando estrellas en las punteras de los all star. En el borde de la del derecho, justo bajo la primera que trazó, pone Aída. Aída, la tristeza haciéndola botarse de espaldas en medio de una carcajada, intenta no fijarse: hoy no existe su nombre, hoy piensa mil cosas a la vez, hoy, por ello, no piensa en nada de nada, ¿no? ¿No? ¿No? ¿No? ¿No? ¿No? ¿No? No, no, no, las cosquillas de los ladrillos del sótano en el culo desnudo, en nada de nada de nada de nada de nada de nada pero de nada, eh, fos, fos, fos, fos, fos.

Después de ver todo lo que tienen que ver (casetas llenas de relojes y carteras y anillos preciosos de todas las series y los juegos que pensaban que solo existían para ellas, pósters con relieves, una bola de nieve de Oogie Boogie cantando enloquecido antes de descoserse todo, barajas de cartas rarísimas, estampas, chapas, sellos, llaveros de Don Patch con el puerro y sin el puerro y con la cara de cuando supuestamente se vuelve guapo con Tennosuke, un collar de la corona del *Kingdom Hearts* que Aída se compra con los diez euros que le costó tanto ir ahorrando y cuyas esquinas toca a cada momento para picarse un fisco las yemas de los dedos: se

distrae así y le encanta), salen al patio a buscar un sitio en el que sentarse.

Se arreglan un fisco los cosplays: se intercambian piezas para que las explicaciones tengan más sentido cuando les pregunten pero ustedes de qué personajes van y se rasquen la ceja y pongan los dedos en V y griten kawaii y se les caiga el cartel de los abrazos gratis y les den un abrazo gratis pero jediendo a sobaco porque hace un calor, hace un agobio, Aída propone vamos a apuntarnos al taller del parapara ese porque no puede quedarse quieta.

A veces buscas, aunque te suela dar una vergüenza que te mueres, gente con la que puedan juntarse. Chicas vestidas de Shizuka, otras riéndose tan alto que a Aída se le ponen de punta los pelos de las piernas, un grupo de tres heavys sentándoseles justo al lado. A veces, pues mira. Yo qué sé. Rechazas las hebras de ramen picante que Yaiza te ofrece y hasta las pastillas de goma que Chaxiraxi se almuerza también con los palillos, y te vas acercando a los heavys y ellos se van apretando las trenzas de las barbas y les vas soltando, poco a poco, oh, ¿cuál es su juego de la play 1 que más les gusta a ustedes, chicos?

Los heavys son altísimos y peludos y están llenos de pinchos y de tatuajes de estrellas de las que son diabólicas; pero dicen que su juego preferido es Spyro. Y llevan, como ellas, orejas de gato de peluche trabadas a los pelos. Corazones dibujados en los antebrazos. Cada uno saca una botella de alcohol: ¿quieren, chiquillas, ustedes beben o qué hacen aquí ustedes?

Se miran y se descojonan vivas, Marta evita en el último segundo que se le esconchen las gafas falsas de Papa Nuel al caérsele al suelo de la impresión. A veces tienes una suerte que parece que te va a querer todo el mundo estregar por la jocica los números de la lotería.

Acabas, por ello, escondida detrás de una de las vallas de las

que ponen para que la gente no se cuele sin pagar y abriendo la boca esperando a que te chinguen dentro un chorro de ron que sabe a perros muertos pero que acelera tu tristeza de cohete echado a volar atado a otro cohete echado a volar atado a otro cohete echado a volar hasta que ninguno de los tres se ve y queda solo una estela de nubes en forma de escupitina: a veces tragas y tragas y bailas y bailas y te vas despeluzando y a ti qué, y se te desamarra la camisa y te la vuelves a amarrar mil veces y berreas es mi destino, es mi misión, tú eres mi amigo fiel, nos debemos defender, mientras lo canta una vestida de sim en el karaoke. Y vuelves: te recargan y saltas y de nuevo: te recargan y te agarran por los hombros: chiquillas, nosotros nos vamos para fuera un fisco, igual luego volvemos pero depende de cuánto nos la cojamos. ¿Ustedes vienen con nosotros o qué van a hacer?

Dejas una ristra de estrellas de la *Bravo*. Nadie corre más que tú.

Una cosa es lo que pensaría tu madre si te viera escapada en un sitio lleno de coches y guaguas que derrapan y gente emperifollada y mala y ratones escondidos esperando a que se te ocurra descuidarte y una montaña hecha con basura encachazada ya tan seca que hasta le crecieron flores arriba y tiendas carísimas a las que tu abuela juró hace un par de años que no volvía más nunca y desde entonces los reyes comprados en casa Suso o en cas Chary o en Juan Pérez o por Chago. Y otra cosa es lo que pensaría si, por casualidad, te trincara aquí botada en medio de las dos vallas de obra que los heavys les enseñan a separar con maña, botellas a tu alrededor y tú alrededor de una botella, la abrazas con las patas, te la llevas a los labios a cada momento, no la compartes con nadie y tus amigas pasándose otra pero a través de tu garganta un líquido que solo te pertenece a ti, tristezas descendiendo como si las

arrastraran con un dedo, los dedos gordos del heavy más alto (el que tiene la voz grave como Xemnas y una jartada de anillos) frotando para enrollar lo mejor posible el papel de liar. Vieron hoy a un hombre vestido de Cloud con una espada más grande que Marta si se pusiera de puntillas y a un Doraemon todo peludo y a los emos famosos del Tuenti y a uno idéntico a Edward Cullen aunque con peluca y sin el brazalete y mangas porno de rejos de pulpo, pero nada les causó la impresión que les causa ahora la llama achicándose en la punta del porro: chiquillas, ¿ustedes fuman o son remilgadas ustedes o qué hacen?

¿Nosotras? Todo el rato. Lo que pasa es que se nos olvidó traer. Nosotras fumamos, claro. A cada momento, hasta en los recreos del instituto nos encendemos los porrazos y por eso somos tan graciosas y tan estupendas y vemos tantos animes raros que a que no adivinan de quiénes son nuestros cosplays. Primero fuman ellos, después ellas disimulan las ganas de jartarse a toser y se miran para notarse en las caras el comentario que no hacen: sabe total a agua de hinojo, me van a dar ganas de cagarme peos, nos estamos emporrando, tías, qué emoción, qué emoción, yo les dije o no les dije que iba a estar guapísimo.

Si te trincara, si te trincara: Yaiza se sienta en el único sitio desde el que se podría si acaso ver quién entra y quién sale del Recinto Ferial.

Beber. Irse. Aquí aunque esté prohibido. Al lado del heavy más alto, que es que la que mejor me cae eres tú. Pasarle las manos por los pelos sedosos porque se hizo un tratamiento el otro día para venir guapo al salón nada más. Ponerse un anillo de *One Piece* suyo e ignorar la carne verde debajo con la forma de la calavera y todo. Mandarle al porro. Y jugar al yo nunca: a todo pues sí, venga, pues sí, gracias, lo que quieran, gracias y como me toquen mi botella.

Pero. Ellas son más cabronas que nadie y hoy vieron a un hombre perro gigante y un peluche de una mierda rosada y llevan cosplays inventados pero los personajes van existiendo más cuanto más cuentan sus historias y alguien asiente pensativo y admite pues tiene que estar guay el rollo y hoy, jugando al yo nunca, la voz de Marta es más raspuda, y Chaxi está más seria, y Aída no mira a Yaiza ni un momento solo y se muerde las uñas y escupe los cachos negros con tanta destreza. Hoy es un día de sueño. Petardo y botarlo y le da a un pájaro y me da igual si se estrompa, etc. Y, sin hablarlo ni nada, deciden entre todas mentir (yo siempre, yo siempre) y beber cuando los heavys dicen cosas que evidentemente ellas no han hecho: pimba, pimba, pimba. Yo nunca: y la cosa más asquerosa. Yo nunca: y la mayor barbaridad. Yo nunca: y el heavy pelirrojo dejando ver una constelación de costras al estirarse los calcetines y buche y ellos impactados y soltando ños y pasándoles otro porro y colocándose bien las orejas de gato y ellas, que son más cabronas que nadie, engañándolos. Hoy vieron unas pompas de jabón del tamaño de una persona y hoy, por ello, pueden serlo todo, fingir que lo han hecho todo y que pueden con más incluso, Marta hasta se inclina para presionar la boca sobre la boca húmeda de Chaxiraxi, un labio despintado y otro labio negro y, de repente, dos labios grises como el pescado crudo, qué, qué, qué, no se lo creían, luego ambas estudiándose las puntas de los tenis y dejando pasar tres turnos, y Aída escuchando atentamente, con un vacío en el estómago, las palabras de los heavys: el que se quitó la camisa, el pelirrojo, el de la voz potente, yo nunca, yo nunca, yo nunca, ¿ustedes? Pues resulta que ella sí.

A veces lo único que puedes hacer es buche. Buche. Buche. Tus amigas mienten, se inventan algunos pues yo sí, pues yo todas las semanas, pero tú escuchas con atención las barbaridades que proponen y te das cuenta de que las has

hecho casi todas, de que tu cuerpo ha aguantado el peso de muchas de esas cosas y tienes que obligarte a mandarle a la botella hasta que la vista se te emborrona: Yaiza diciendo para ya, Aída, ya está bueno ya, ¿no crees? Chaxi preguntando ¿y cómo es la sensación de empalmarse? Marta yéndose a mear a los matos. Matos tan bajos. Tan flacos. Y los heavys impactados. Aplaudiéndote.

Aída aprieta el puño sobre el nudo de la camisa: hay tristezas de los cojones cabronas que te hacen responder sí cuando el heavy que te dio el anillo te propone ¿vamos a dar un paseo, chiquilla, me acompañas hasta allí y volvemos, vienes conmigo o no, chiquilla?

Él, mientras se besan, respira que parece un bozal. Se le apoya como si fuera un poste, Aída a punto de derrumbarse, que alguien le ponga una red de las que cuelgan de los riscos de la autopista para que los coches no terminen ahí todos escachados y echándose a volar de un solo soplo, el desprendimiento viniéndole cuando traga y se da cuenta de que la saliva del heavy se le va a quedar metida dentro: y la ambulancia, ninoninonino, y el corazón a tope, y la curiosidad a la vez por la técnica que practicó con los azulejos de la ducha tantas noches pero mezclada con el necesito poder ignorar estos vellos salados y húmedos, untable de sal marina, y necesito aprender a mover la boca bien, pieza de puzzle mugrienta botada en el suelo de un sótano y aun así encajando, y aun así rozando, y aun así el heavy lamiéndole los dientes y el paladar y todo e inyectándole un sabor a alcohol y a pipas tijuana y a infusión manida y aun así quejándose cuando Aída arrastra los labios por los suyos para ver si frena un fisco. Si derrapa, al menos. Él, sin embargo, se le bota encima: red. Y, por primera vez en el día, encima de un plástico de los de los ladrillos y con las orejas de Minnie con orejas de gato enganchadas y oyendo de

fondo las risas frenéticas de sus amigas, se está quieta un momento: que alguien la ate y la deje arrestada para siempre sin azúcar y sin play.

Aída en la esquina de abajo del descampado y las chicas esperándola con los otros dos que no apestaban tanto. En cuanto el tío la sentó y le dijo eres muy monosa tú, ¿lo sabías?, empezó a desear que la vieran. Pero ahora no, por Dios, ya no, ya como pase me muero aquí mismo, ahora que sigan ellas a su rollo y que Yaiza no deje de estar mira que te mira para comprobar si ese que pasa por ahí todo encorvado es o no es Fran. Ruega con todas sus fuerzas que no la descubran justo ahora que unos dientes amarillos la muerden. Y nota la sangre brotando y se esfuerza por aprovechar aunque sea ese gusto mientras él le descubre el relleno del sujetador: le da igual que no tenga tetas. Aída respira, por ello, un fisco. Los pezones se le ponen duros entre sus anillos. No tiene miedo, pero intenta temblar: ella sorbe y él pellizca y se saca la polla y lo primero que se dice es que es más grande y que huele a sumidero y después quiero asustarme, quiero querer llorar, quiero echar un chillido que engrife la arena y se la bote toda como en un ataque pokémon. Quiero perforarlo. Quiero sorprenderme: dureza rodeada de gelatina. En la de Moco siempre hay una gota idéntica a la que brilla ahora en la punta de la del heavy.

De repente, empieza a ponerse el sol. No es de repente: Aída está tan borracha que solo ahora percibe el cielo. Con la cuca del heavy entre los dedos, contempla las nubes tiñéndose de naranja y rosa y piensa en Yaiza. Hoy vieron a uno vestido del machango de *Saw* con la bicicleta chica esa y todo. Y no lo comentaron. Y vieron unas luces que les pintaban las manos de un montón de tonos de verde a la vez. Y ahora ella ve esta cosa, y ahora ella recuerda al primo. Se traga la sangre, la saliva ajena, todo. Entre el alcohol, entre la tristeza, entre los rejos de luz que empiezan a aterrizar sobre la punta del

auditorio, asoma Yaiza: se había olvidado, no se había olvidado pero intentaba olvidarlo, un muro para mantenerla lejos todo el tiempo porque, al proponer venir, no había pensado en los brillos en los ojos de Yaiza ni en que esperaría ver a Fran y no le preguntaría ni si tenía pensado pasarse para poder correr hacia él y botársele encima y darle una sorpresa. Aída piensa en el verde que era justo del mismo tono que el mujo. Y hay tristezas más bobas. Más bobas. Yai.

Qué bobería, se repite, qué bobería estar así con Yaiza, y lo único que le importa es suponer que ella también está mirando el cielo, gritarle pero tú te estás dando cuenta de todos estos colores preciosos, lo único que desea es volar, qué bobería, hasta las punteras de sus tenis y repasar su nombre escrito con rotulador, se levanta de un salto, qué bobería, corre por la obra, qué bobería, ve a sus tres amigas echadas sobre unas chaquetas de cuero gigantescas y acelera para convertirse, de nuevo, en una de ellas, qué bobería, la camisa se le desanuda y flota sin forma, ni chiquita bobería, y llega y se deja caer y apoya la frente en el pecho de Yaiza y le susurra tía, ¿te gusta más esta luz o la de los focos aquellos de antes? Tenía que decírtelo, Yai, qué bobería, fuerte pedazo bobería, ¿no te parece una cacho de bobería, tú qué crees, oye, tú me quieres?

Yaiza la observa un segundo. Aída no sabe qué ve, pero, con un movimiento opuesto al que el sol hace sobre sus cabezas, le crece una humedad en los ojos. Gira la cabeza, se pone a mirar la valla de obra ferrujienta en vez de seguir mirando a Aída.

Y, bueno, a pesar de la borrachera, pues fuerte puntualidad. Consiguen llegar, corriendo y todo por El Corte Inglés para abajo, sin vomitarse ninguna: estaría tu madre un fisco orgullosa de este logro al menos. Después de. Esta incomodidad. Que las hace esperar el minuto que queda botadas en el suelo de entre los bancos y el muro, escondidas

de quienes podrían soltarles y de qué van vestidas y esos ojos borrachos y esos pelos borrachos y engrifados de las cuatro por igual. Algo las hace quitarse con prisa las partes de los cosplays que no les gustan ya. Amontonarlas delante de sus pies, patearlas con disimulo justo antes de escalar los escalones de la guagua y acabar con todo el dinero que les quedaba en los bonos, abandonar sus pieles falsas, purpurinosas, sin sentido, estrelladas (la distancia entre la tonga de pegatinas de Aída y la tonga de las de Yaiza: dos paquetes, aunque mezclados, diferentes), aun con los y el año que viene de qué nos vamos a vestir y vamos a elegir algo en serio y estuvo guapísimo todo y yo lo dije y quiero volver pero ya de ya de ya de ya de Marta. Marta: aún con las marcas grises que la boca de Chaxiraxi le estregó tatuadas por toda la barbilla. Aún con las gafas de Papa Nuel, ceniza, todas quemadas y apoyando las frentes en los cristales de la 116 y cada una ocupando dos asientos, y calladas, ninoninonino, el mismo paisaje que antes pero al revés y Marta: qué guapo estuvo, qué guapo, mi madre, colega, chos, colega, yo de esta no me recupero y yo ya les advierto que yo hoy no me duermo. Y Marta: más guapo que nada en mi vida antes jamás. Y Yaiza: pues yo.

Pues yo.

Pues yo.

Pues yo no quería venir, es que me cago en todo. Yo no quería, yo les dije que yo no quería, Yaiza con los pelos llovidos sobre la cara como el telón del salón de actos del instituto, con los tenis desamarrados y a medio quitar, el pintalabios supuestamente sangre seca de la cara ya a punto de borrársele del todo, yo no quería y no quería y yo les dije que no quería y ustedes no me escuchan nunca lo que quiero o no quiero o me cago en todo yo. Ustedes no me entienden. Una mierda cagada a mí. Chaxi y Marta no llegan a oír el final de las protestas de Yaiza: se dejan dormir todas, quedaron en que

así ya nada les preocuparía, en que roncando y babándose como cochinas nada de lo del plan las haría sentir mal. Chaxi y Marta tragando saliva medio en sueños. Y Aída apoyando la cabeza en el cristal de la guagua y rogándose que le dé sueño. Y Yaiza dale. Que te dale. Me obligaron, no me respetan ni un fisco, por qué no me quieren, por qué no me quieren, por qué no me quieren, por qué.

Y tú por ahí con aquel, encima. Qué hicieron, dónde fueron, qué hiciste, qué, qué, qué.

Hay tristezas que te hacen dejar ir a tus amigas y llegar a casa a las once de la noche y decepcionarte porque tu madre al final no se da cuenta de nada. A veces, arrastrada por ellas, te metes en la ducha. Y dejas que el agua te agujeree la cabeza y masajeas la migraña y te agachas y te pones a hiperventilar porque descubres, después de haberte obligado a ignorar el olor a sobaco del heavy. A medio enjabonar, dos estrellas verdes de la *Bravo* encontradas al lado de un pezón. Que sabes qué es lo que te está pasando: también admites que preferirías no entenderlo.

Un primo a una prima idéntica, siempre enredada a él. En el sótano por siempre, aunque a veces se crean que pueden salir.

10

Canto Mortal [10]

El llanto de la madre de Aída es delicado. Suave, aunque fuertes pitazos manda, eh. Las asillas de la camisa del pijama se le bajan a cada momento, no se da ni cuenta, aprieta el volante y les chilla a los otros coches pero aceleren, pero ustedes no ven que vamos apuradas por aquí para arriba y no tenemos tiempo para atender sus machangadas cagonas de mierda, y le repite sin parar a Aída muchacha, que tu abuela ahí estrompada viva contra el poyo y arrastrándose hasta el fijo y atinando a llamar al ambulatorio y ya se la están llevando y a ver si no llegamos y me cago en mi vida entera: el llanto de la madre es como cuando llueve tan poco que en realidad no hace falta que te eches a correr para recoger la ropa de la liña, pero corriendo y derrapando y pasando la cooperativa y la CEPSA casi a la vez y con la medalla de la Virgen dentro de la boca castañeteando, es una gotera. Leve. Que siempre está. Chingando.

El llanto de Aída es, hoy al menos, una ristra de gufos sin sonido ninguno. Del miedo, de los gritos de ma, el camión, muchacha, ma, qué haces, mami, mami. De la preocupación en la parte baja del estómago, del odio repentino a los árboles que forman la boca que se abre para que la gente pueda entrar a Granadilla, a la plaza de arriba del merendero, a la curva. Es una cosa involuntaria, escapada, apestando sin embargo y aun así desapercibida: ma, ma, cuidado, nos matamos o algo aquí las dos. Mojándole el cuello de la camisa incluso. Cállate,

muchacha, cállate, que me distraes. Hay que llegar ya con la misma. Ya. Ya. Ya.

El llanto de la tía y el tío es una cosa que entre tanto enfado y tanta lentitud no se puede distinguir, venga, que es una emergencia, coño, y ellos recién levantados con mantas enroscadas en los hombros, y Aída solo notándole ahora, a través de las gafas de lágrimas solapadas a sus gafas, los temblores a la madre. Justo cuando le jalan del brazo con todas sus fuerzas para sacarla del coche y ocupar su sitio los dos sin saber que sigue oliendo a los gases que le provocó la pizza que se mandó entera antes de descubrir que iba a sonar el teléfono tan tarde e iban a decidir que ellos iban en el coche todos juntos y ella se quedaba en Granadilla en casa del primo. Oye, te vas a tener que quedar tú con tu primo porque ya sabes lo que la abuela es para el muchacho y ustedes son pequeños y no los van a dejar entrar al hospital y está histérico perdido y si no tu tía me deja a mí colgada. Menos mal que te tiene a ti. Ayuda a tu primo, consuela a tu primo, quédate tú a dormir con tu primo porque es tu responsabilidad. Cada uno con su par: yo con tu tía a aguantarla, tú con tu primo a jugar con él.

Se despide con la mano, pero nadie le responde. Y al ver los faros alejarse y desaparecer en lo alto de la subida, se le sale otro pedo: ni le dieron tiempo de hacer pis. Su llanto es una cosa que le dice no tienes por qué subir, ¿lo sabes, mi niña? ¿Y si te dejas dormir bajo las matas de hinojo? ¿O si te acuestas dentro del cuarto de la escalera, como Harry Potter, o si te quedas aquí pensando simplemente y mañana finges? Es que cómo te van a encasquetar a ti a tu primo. A tu primo a ti.

Y se está meando.

Se está mirando, en el cristal de la puerta entreabierta, las bragas retrincadas a través del pijama, y se está dando cuenta de que hace un frío del carajo asqueroso y ella en asillas y se está meando. Y está despegando el chicle que nadie más sabe

que llevaba ya un año secándose debajo de la primera baranda y está botándolo a la basura del baño antes de cruzar el pasillo e imaginando que lo saluda y él le dice estoy despierto, estoy asustado y fatal, ¿me ayudas o qué haces, prima? ¿Me ayudas tú a mí, mi prima mía? Te obliga tu madre, prima, pero en el fondo me ves llorar y te recuerdo a mí.

El llanto de Moco es espasmódico. Parece que se está electrocutando o algo. Aída mirándolo desde la entrada del cuarto y sintiendo un nudo irresoluble de cosas: tiene la cara roja y las ojeras hinchadas como bizcochones y gente transparente rodándole por los cachetes, hipa, da saltos, exclama tía. Tía, nuestra abuelita, joder. Una vela le desciende por el bigote y Aída, al acercarse, ve su cara reflejada como en los dibujos cuando se miran en un lago y deciden así algo: ¿ella? ¿Sentada en un sillón que les dio forma a sus huesos? ¿Contra esa mancha de leche condensada seca de ahí que la conoce como si fuera un lunar de su mano? ¿Y ese juego de la play no es suyo? ¿Y su pijama? ¿Qué sudado está? ¿Y no creció notando cada verano que sus sudores olían, aunque fueran cambiando, siempre iguales? ¿Y no es Moco ese Moco ahora? Puedes elegir como en un videojuego: entre esto y esto, pulsar la equis o pulsar el triángulo, encerrarte en otro cuarto o proteger el dolor de a quien le duele. Al principio, cuando se ve dibujada en la soga transparente que se le descuelga al primo de las narices, tiene los ojos rayados: después se le entrecierra la mirada, después la garganta se le suelta del elástico que la quería hacer gritar. Tienes una. Responsabilidad: lo abraza, aprieta los labios sobre sus pelos; él le presiona los mocos en el brazo. No le da asco: es como si fueran suyos. No le da vergüenza: tiene, en los dedos, el pegoste del chicle que masticaron juntos justo tras cumplir los doce. No le da miedo: el llanto es, piensa, una cosa enrevesada. Muestra a cada uno tal y como es, arrancándole las decoraciones: Moco sin poder

parar de hipar. Aída le dice ya estoy aquí, ya vine yo contigo, tío, tú no te preocupes que abuelita es fuerte y tú sabes que tú eres el más fuerte también: aspira su olor a caspa, a sobaco, a cuca.

El llanto es una cosa enrevesada, vuelve a pensar. Puede ser puro, puede estar jediondo. Puedes llorar porque te pegaron (la barriga hundida, la forma de un puño tatuada) y puedes llorar porque pegaste (la rabia levantándote el labio de abajo, colchonetas dentro en las que brincan animales con aguijones), puedes llorar porque quieres comer o puedes llorar porque no sabes dejar de comer. Porque estás sola o porque estás demasiado con alguien: dentro de ti, alguien como un rolo; tú estreñida para siempre.

Y aunque todos los motivos sean distintos, los llantos suelen ser iguales: vuelves a cuando la piscina brillaba y estabas arrestada, sentada en el borde porque te habían prohibido botarte haciendo la bomba, y la ropa picando y tú haciéndote piscinas minúsculas sobre los pelos del bigote. Hay un yo que vive y hay un yo que llora: Moco llorando, se promete Aída, no es el Moco que araña. Porque llevaba tanto aguantándose. Las rodillas solladas; él arrancándose cachos y mirándolos a contraluz. La boca chorreando; él, despierto toda la noche, haciéndose dibujos de sangre sobre los muslos. El padre mandándole bombazos; él escapándose de la casa, huyendo calle arriba mientras se partía el culo. Esta noche la abuela cayéndose y reventándose la cabeza contra la encimera de la cocina y él quedándose sin aire, agarrándose a su prima porque el cuarto se tambalea, va en zancos y no sabe mantenerse, la abuela aguantándose la herida en urgencias y todo el mundo con ella.

Y Aída en el cuarto de Moco, todo azul y lleno de muebles de delfines. Aída quiere decirle es tu culpa, es tu culpa que yo me

tenga que quedar aquí, por niñato de mierda asqueroso y de mierda. Ella repitiéndose mentalmente es que yo quería irme con mi madre, coño, coño ya. No se lo dice porque le da pena, porque está bajando la cabeza como cuando era un niño chico y murmurando, casi con la misma voz que entonces, abuelita es lo único que yo tengo mío entero y si abuelita no está se me acabó ya a mí la vida y ya nada me hace a mí ni un fisco de ilusión ni nada.

El llanto es una cosa enrevesada, sin embargo. Y, mientras se recuerda tantas veces asfixiada y sin querer salir y con la lengua secándosele hasta volverla incapaz de pedir agua, decide que no pasa nada. Elige cuidarlo. Sigue abrazándolo, él la aprieta con fuerza, se estrujan como cuando eran pequeños y Aída suspira. Pero él le muerde el hombro. Le pasa un dedo babado por la barriga. Introduce el dedo por el elástico de su pijama. Y Aída (con los brazos y los hombros y el cuello tan calientes que le pican) descubre una cosa nueva de las lágrimas: puedes llorar pegando. Sollozar me pegaron y reventar una cabeza. Fingir me duele mucho y clavar las uñas en la espalda de quien te unta betadine. Moco sorbe por la nariz, la presiona contra el sillón con una mano, busca la entrada con la otra. Aída desea meársela. Dejársela apestosa para siempre y que todo el mundo que se lo vaya a encontrar en la vida se dé cuenta, al olérsela, de que una prima que lo quería tuvo que obligarse a dejar de quererlo. Ahora. Aquí. Con sus uñas dentro y vapor de olas revolconas llenando toda la casa, las otras luces apagadas, un mosco dándose golpes contra la lámpara de colores, los juegos de la play entongados en la estantería, enfrente. Los mira. Y le viene una idea: hay una yo que vive y hay otra yo que se traga el dolor. Una yo que hace fino el dolor para que quepa por cualquier agujero. Pero, como ya sabe lo que le pasa (en la polla del heavy, una gota idéntica a la que brilla ahora en la punta de la de Moco), se lo quita de

encima. Él la agarra, la tumba boca abajo, se estrega sobre sus nalgas, ella se zafa una y otra vez, después le manda una patada en la boca, no se para a mirar cómo la cicatriz se le reabre y sangra: corre por el pasillo. Corre por las escaleras. Corre por la calle.

Le da tiempo hasta de fijarse en cómo es el pueblo tan de noche: las fachadas rojas y naranjas parecen más oscuras, las blancas siguen siendo blancas. Aún se sabe todos los huecos de la acera. El tanque brilla bajo las farolas, refleja la luna y el fisco de estrellas que le gustaba intentar tragarse cogiendo aire echada en la azotea. El boquete del techo de la casa abandonada, como su boca esas tardes, absorbe las gotas de lluvia que empiezan a mojarlo todo. Aída se sienta en el piche. Está descalza, despelujada, el pijama se le pega a la piel: se mira las manos.

Se mira las manos durante un rato que da miedo y después sigue con las carreras hasta que las piernas no la agarran y entonces toca el portero y el sonido le hace cosquillas dentro de los oídos, en lo que (aunque, como siempre, se equivoca de lado) imagina que es el corazón. Pasa un coche como un tiro, el hombre que cuida la entrada del pabellón deportivo se asoma por la ventanilla y le grita pero ponte la chaqueta que te vas a poner mala, muchacha. Aída le hace el corte de manga y enseguida se arrepiente. Es verdad.

El llanto es enrevesado, frío, empegostón, blando, jediondo y putrefacto. Pero cambia las cosas. Los otros te ven y, si no te entienden, lo intentan: después de alongarse al balcón, el padre de Aída baja y abre la puerta como si acabara de salir repentinamente de otro mundo. Y ella, como está acostumbrada al gotelé de la escalera de la que antes fue su casa (de la que siempre, en realidad, ha sido su casa), no se pregunta nada: se encierra entre sus brazos peludos, se deja

golpear por el olor a pinocha de su barriga al aire, se arquea cuando él la sube en peso porque el llanto es una cosa que aligera hasta los cuerpos que se sienten capaces de enfondar las colchonetas del Médano. Los hace bebés de nuevo. Así que no dice pa, muchacho, que yo soy grande ya. No es grande ni es nada ni es nadie pero se sabe estos lunares de memoria y el olor la golpea en cuanto cruzan un umbral que ella ya pensaba que ya más nunca ya: abrazada a un padre que ¿ha existido durante todo este tiempo, aquí entre estas paredes que seguramente aún tienen pegadas sus legañas? Necesita obligarse a cerrar los ojos al sentir que se deslizan por el pasillo, a abrirlos de golpe en cuanto aterriza en su cuarto. Está, por lo que los puntos de colores que le cubren la vista la dejan apreciar, igual que siempre.

Y ella está por fin aquí. Aunque sin poder pensar. Llorando tanto. Los labios todos hacia fuera, ella rebuscando en la gaveta de arriba para encontrar un pijama que le da lo mismo que le quede chico: lo arrastra sin querer por la superficie de la cómoda y se le mancha de polvo. Se lo aprieta, de todas formas, contra el pecho. También está acostumbrada al violeta flojo de esta pared como los caramelos que la abuela trajo de la península todos derretidos hechos un pegoste: se le hace fácil, por ello, no fijarse en la suciedad. Se le hace fácil no plantearse ni siquiera bañarse, secarse los pelos y el cuerpo con la toalla que descubre aún colgando del manillar de la puerta, incrustarse el pantalón y la camisa de Lizzie McGuire, esconchar la cama y darse cuenta de que las sábanas son las que quedaron puestas cuando la madre y ella se fueron, hace ya un año, a pasar el verano jartándose a helado en El Médano para que luego se acabara el verano y ellas se quedaran ahí botadas para siempre. Y qué. Usa las sábanas para limpiarse la humedad (viscosa y salada, ya tan fría) que le pica bajo las bragas; la garganta se le amarra, se dice para qué lo quieres tú

ahora, chacha, el llanto es enrevesado y ya lo cambió todo, los huesos se le destensan por primera vez en tantos meses porque, aunque no quepa completa ya en el hueco ni retorciéndose como un Caterpie evolucionando a Metapod, el colchón sigue hundido y las estrellas fluorescentes siguen brillando en los mismos puntos del techo, la forma del elefante, la forma del escorpión, la forma de la boca que bota un lapo enorme y burbujeante: se las sabe todas de arriba a abajo y de lado a lado y hasta en diagonal.

Mañana mirará cómo tiene el padre el otro cuarto. Mañana se levantará y abrirá la alacena y sacará el pan de molde y lo meterá en la tostadora y rascará la pegatina de Balto y comerá en el sillón y lo llenará de ciscos y se le quedarán, tras sacudirlos, incrustados en las plantas de los pies y se los arrancará escuchando el disco de *Rebelde* y recortará las guías de Pokémon y se forrará los muslos con dibujos de Gengar y dirá yo soy más ruin y chillará burradas por la ventana y las vecinas le echarán silbidos y recorrerá el pasillo girando como un trompo y almorzará macarrones con atún y huevo duro y hará caca con el talón derecho apoyado en el bidé y jugará al juego de las Bratz y se le saldrá el aire completo todo al llegar a la pista de patinaje de Nueva York y pegará los labios a la alfombra hasta que se le formen tatuajes y entrará al cuarto del padre y de la madre cuando se estén echando la siesta y se hará la dormida entre ellos y olerá sus alientos y verá monólogos en Paramount Comedy y pensará yo quiero ponerme delante de un montón de gente y hablarles de mí y se me había olvidado, loco, mira que soy basta, y me meo de la risa, ay, me meé un fisquito, y se quedará con el pantalón mojado porque si perteneces a una casa no importa que huelas mal, no tienes que limpiarte tanto, puedes ser salvaje.

El llanto es una cosa enrevesada, fría, empegostona, blanda, jedionda y putrefacta, pero ayuda a dormir.

Y a despertarse. Con la boca que parece la suela de un all star. Con los pelos aún mojados pero ahora tan calientes: sin encender la luz ni nada, rebusca en la gaveta de la mesa de noche, saca una coleta y se amarra un moño. Tiene la garganta en carne viva: normalmente se disparataría toda y se iría a mirarse por dentro con una linterna y chillaría de los nervios y rogaría llévenme al médico pero ya de ya y se pasaría las manos por la cara hasta olvidarse de cómo se distinguen la temperatura y el tacto de la piel. Sin embargo, respira hondo. Lloró. Una barbaridad. Y en este cuarto (dibujos de Dragon Ball colgando de las paredes, el baúl plástico con el que se hizo su primera cicatriz, su nombre escrito con creyón en sitios que no conoce sino ella) nunca ha sentido ansiedad: los días empezaban con un rayo metiéndosele por la nariz para llenarle el cuerpo de saltos. Después la llevaron a traición al piso del Médano (cuadros de jarrones, sillones con unos brazos de madera todos ásperos, unos libros amarillentos apilados en las baldas del mueble de la entrada) y se sintió sin ella misma y aprendió a comerse las uñas y dejó de saber nadar y el primo le rebuscó dentro y se jartó a beber y engañó a Yaiza y dejó que la besara el jediondo ese asqueroso y les mandó un bombazo a unos labios que supuestamente tenía que proteger y le dio igual que a la abuela se le manchara toda la cara de sangre: solo le importó su madre llorando, su cuerpo mojado tantas veces que se le tuvo que encender una hoguera en la garganta. Tose. Tose. Pasa la flema entre los dientes como si la estuviera filtrando: justo entonces oye la puerta, justo entonces le huele a churros, justo entonces el padre grita Aidita, levántate ya, corre, que te traje una cosita de La Recovita.

Justo entonces, ayudada por el llanto, se incorpora.

Preferiría un clipper en vez de un chocolate, pero ahora qué más le da. Tampoco le importa la montaña de loza. Ni los moscos de la fruta que, aunque no haya fruta, vuelan a su

alrededor. No le importa tener que desviar los pensamientos que le chillan este padre no es el mismo padre de siempre, tampoco forzarse a arrancar la mirada de sus ojeras trazadas con un boli bic azul. Ni tararear para esconder que él mastica los churros callado, observándose los nudillos, sabañones como el plástico mordido de cuando aún no sabían cómo se abrían las cajas de cigarros.

La canción de Aída se infla y lo llena todo; sabe que, si se queda en silencio, él intentará sacar conversación, le hará preguntas, las voces pisándose como dos tenis nerviosos, las ganas de ambos (Aída lo lee en el tamborileo de sus dedos todos amarillos) de irse de la cocina y botarse boca arriba a no pensar en nada. Ninguna de esas cosas le importa a ella: está tan feliz que desayuna cantando. Una nube se le empieza a rodar de las sienes. Siente que, al respirar, suelta rayos de sol.

Y los rayos de sol la queman cuando suena el teléfono una vez y otra y otra y otra más, cuando el portero pita sin parar hasta que el padre se atreve a cogerlo, a decir sí, a decir que sí, que sí, que subas, cuando la madre aparece dando taponazos y le quita el churro de la mano y grita pero se puede saber qué asquerosidad de casa es esta, cuando la madre la saca tirándole del moño y se caen las dos rodando por las escaleras y acaban enroscadas y enredadas en el descansillo, dos cuerpos iguales rescatados por un cuerpo que las complementa, el padre apestando. Aída lo huele por fin: el aliento como el suyo al volver del merendero y tener que esconderse en el baño para estregarse el cepillo de dientes por la lengua. Pero ahora la madre sí que nota el pestazo a alcohol. Y cerca de mi hija no te quiero ver en mi puta vida más, so cabrón de los cojones de mierda y sinvergüenza. Y vino ella toda mojada que parecía un perro, dónde estabas tú, a ver dónde coño es que te habías tú metido, espérate un momento, chacha, espera. Y suéltame. Y te vas a caer. Y ya me caí por tu culpa, ya se cayó la niña, no te

soporto, comemierda, gilipollas, cállate, cállate, cállate ya de una vez, comemierda. Y la niña. Y la niña. Y la niña, y la niña, y la niña. Y Aída (solo se siente cuando la miran) agarrándose un brazo con el otro, la boca doblada como un paño de cocina, un dolor que le empieza a brotar despacio, piedras raspándole las venas, tiritas podridas que se arrancan y vuelven a pegarse, una ola infinita entrándole por la nariz.

El hueso se le sale. Es lo más feo que ha visto en su vida. Se lo toca con la yema del dedo índice y no llega a decir que se le parece a un diente comiéndosela viva. Los puntos de los ojos se le juntan hasta que no distingue nada; luego oye como si estuviera buceando.

Claro que el llanto es una cosa enrevesada. Y claro que puede cambiarlo todo. Claro que ayuda a dormir. Y a despertarse. Claro que coloca más que cincuenta buches de Arehucas. Y claro que se confunde con el miedo. Claro que se mete dentro del miedo hasta que lo parte en cachos irreconocibles. Y claro que hay que ser valiente para llorar. Claro que también para dejarse abrir el brazo. Y para soportar que te enrosquen un tornillo dentro. Para que tu madre y tu tía te oigan hiperventilar por turnos. Y para que tu abuela llegue con una gasa en la cabeza y te pregunte qué le hiciste. Para que él aparezca y se siente en una silla que tu madre dijo entre bromas que ya se estaba quedando apestando a chocho. Y para que encienda la PSP y ponga el volumen al tope. Para que bote una caspa al suelo tras arrancársela del labio. Y para que se niegue, que no, que no, que no me da la gana de firmarle el yeso a mi prima, que me dejen de una vez. Para emocionarte porque te traen regalos y todo el mundo te hace caso. Y para pensar ahora sí que te jodiste ya, Moco de mierda. Para empezar a escribir un diario sentada en la cama. Y para desear no olvidar lo que hiciste. Para explicarle a tu madre que te

escapaste porque te dieron unos nervios de los tuyos y tiene que empezar a entenderte de una vez ya. Y para escuchar bastante arresto tienes con estar aquí, la verdad es que totalmente, Aidita. Para asentir. Y para soltar un chillido de emoción al ver que entran tus amigas. Para soplarle la mano a Yaiza cuando te acaricia la sien. Yaiza toda seria. Quedándose mirando, de vez en cuando, para la pared.

Hola

Hola

Holap

Hola?

Por que no me contestas? Franitititito donde estas?

Estas bn o te paso algo?

Te paso algo?

Te paso algo?

Te paso algo?????????

Bueno, pues nada

Te queria contar una cosa

Te queria contar una cosa

Te queria contar una cosa

Fran!!

11

Mimético [11]

Como no le dejan jugar, escribe. Es que el ansia. En el estómago como un rugido: se parece a haberse pegado la jartada peor de su vida en el comedor de las fiestas de la Cruz de Tea. A estar a punto de vomitarse apoyada contra el lavamanos del cuarto de baño, los ojos reflejados en el espejo, todos rojos sin que ella pueda ni explicarse por qué: haber mordido las costillas a lo bruto totalmente y haberse bebido el mojo con la misma sed que los refrescos y haberse soltado los chicharrones uno a uno dentro de la boca chispeando y estar a punto. A punto. De echarlo todo aunque no quiera. Y no poder, sin embargo. ¿Hola? Que no me sale. ¿Hola? Que me desmayo y que me muero. Se parece a que te falte lo que te podría curar, a conocerlo pero no ser capaz y lo lógico sería que me dejara mi madre escaparme a ese otro mundo entre mis manos solo para mí.

La madre le grita, en cambio, muchacha, suelta ese mando ahora mismo: Aída boquiabierta. ¿Tú te quieres joder el brazo más o qué te pasa? Y los dedos hinchados y el ansia de jugar a la play. ¿Vas a estar dos meses con esta cantinela? Es que, ¿cómo puede explicarle a su madre, que no conoce la sensación, lo que significa cerrar los ojos y que te aparezca dibujada contra los párpados una llave espada, una ristra de plataformas sobre la que, sentada y sin que te haga falta tener alas, puedes volar? Escaparse. Cómo puede explicárselo. Sacarse lo vivido, dejar de estar para estar completa: cómo

puede hacérselo entender.

Escribe porque no le dejan inyectarse en un juego. Escribe, con el diario apoyado en el corazón que Chaxiraxi le pintó en el yeso, lo que más le gusta de jugar: a lo que se estaría dedicando si no estuviera todo el mundo todo el día vigilándola para que no se haga más daño en un brazo que en realidad, aunque ellos no lo sepan, la enorgullece tanto. Cagarse en vez de vomitarse, sacar el malestar por otro lado. Trasladar lo putrefacto de un lugar a otro y encontrar otro agujero y plas, plas, plas. Salpicando y todo. Jugar es infinito y extraño, solo puedes moverte entre esto y esto pero si agarras bien el mando y empiezas a girar los joysticks deprisa y caminas en zigzag y te pegas dos horas saltando en un sitio en el que se suponía que solo debías haberte quedado dos segundos: si imaginas otras cosas mientras las escenas del juego pasan. Si te vuelves infinita tú. Si hablas y hablas y dices y dices pero sin hablar y sin decir y con un lápiz simplemente guiándote la mano buena. Si escribes porque no te dejan jugar, pero resulta.

Que descubres que te entretienes así también del todo, y sola. Tenías un ansia de coger todos los juegos que tienes y a los que nunca has jugado sin compañía (Moco dejándole advertido hace ya tiempo: como tú te atrevas a abrir más que sea la carátula de Pressing Catch si yo no estoy, es que te reviento completita la cabeza) y probarlos uno a uno y deslizarte durante horas por sus suelos; tenías el ansia de romper ese trato. Y mira: Aída escribe todos los movimientos que haría y todos los lugares que visitaría si se hubiera empezado hoy alguno de sus juegos, repasa una a una las cosas que más le gustan de ellos, que es cuando no está pasando nada y puedes mirarlo todo, conversar con todos los machangos y escuchar el ruido que hace el césped si imaginas que te botas en él, cuando acabas de ganarle al malo y esperas que se convierta en algo peor pero no lo hace, y te muerdes la lengua

anticipando el golpe final que vas a tener que darle pero nunca llega. Qué tranquilidad más rara e imposible. Fue demasiado sencillo, escribe. Te libraste de él enseguida, escribe. Creciste más deprisa que quien creció más que tú, escribe. Pudiste, por ello, ganarle sin esfuerzo, escribe. Y le reventaste los labios y tardan más en cerrársele y una caspa de pus goteándole por la barbilla mientras él se esconde detrás de los mayores y te mira mal, escribe. Durante toda la tarde, Aída se dedica a escribir como si estuviera jugando. Lo que pasa. Lo que hace. Animales que aparecen delante de sus dedos y, en vez de luchar, le piden que los acaricie: sus normas. Mírala ahí sola.

Camina sin prisa por los mundos que se inventa. No siente miedo ni vergüenza de nada, con un mando en las manos (con un boli bic en las manos) nadie tiene que fingir: aparece en sitios distintos, habla con gente distinta, se dice que en realidad no da igual quién juegue, no da igual quién escriba, no da igual quién se hiperventile. Aída se siente latir en su garganta y, cuando cierra el diario, tiene que dar vueltas por el piso hasta que la eschavetadera cede y puede volver al mundo del que se desempachó.

Se pregunta entonces qué diferencia crear un juego de jugar a un juego. Qué diferencia jugar a un juego de mirar una hoja escrita con una letra horrible y guardarla en el armario pero pensar también podría botarla, ya la usé.

Pasa, como todo buen disco que gira y hace ese ruido como de avión despegando y provocando que alguien salive de tanta emoción, por fases: primero imita sus escenas y peleas preferidas, construye, al principio, ladrillo a ladrillo el edificio ese precioso de la estación de trenes de Villa Crepúsculo. Después se sorprende preguntándose ¿y esto? E inventa cada vez más y más escenarios nuevos, mezcla todo lo que alguna vez le ha engrifado la superficie del paladar entera, siendo una

dragona que debe buscar por ahí una jartada de huevos mientras Mark Henry la persigue para hacerle combos a no ser que se meta en el fotomatón y pose con las amigas para su revista editada sobre la mesa de centro de la ciénaga de *Shrek*: mundos nuevos pero suyos hasta que, al tercer día, se pregunta cómo explicarle, a quien no conoce esa sensación, lo que pasa con Aída mientras ella sorbe unas regalices de las que saben como a tarta de fresa.

Hmm… A ver… Empieza manejándose a sí misma dentro de escenarios soñados que la ayudan a escaparse de los sitios que frecuenta y termina escapándose de los escenarios soñados para llegar a los sitios que frecuenta. Los primeros días, es que el malo este, eh, es que el tío, eh, es que yo lo reviento, pum, pum, pum. Los siguientes, empieza a encontrarse su propia vida metida entre los trazos, a explicarse a sí misma cosas que aún no se había logrado explicar. Convierte la hoja entonces en un anillo de esos que venían en la *Bravo* y cambiaban de color según lo que tú sintieras en ese momento: escribe haciendo como que está contando otra cosa que no tiene nada que ver con ella, pero acaba diciendo ah. Ah, entiendo esto así explicado. Ah, entiendo esto así explicándolo. Le ocurre que rompe un pacto y un labio y un ritual y un labio y una bendición y un labio y un chaleco salvavidas y un labio y un par idéntico y un labio y una necesidad y un labio y se lo cuenta con el lápiz sin querer toda distraída y a partir de entonces ya no puede mentirse: aparecen puñetazos en su juego, dientes a presión en su juego, se le atiesa el cuerpo y siente un rayo creciéndole por el brazo para arriba y grita dentro de la hoja, el anillo cambiando de color y Moco engañándola para conseguir encajarse en ella y Aída evitando conectarse como si fuera Fran porque con el yeso este tan negro y tan verde es posible que Yaiza se dé cuenta de que Fran escribe a la velocidad anormal de Aída. Y porque

Fran

Fran

Ya no me vas a hablar mas Fran??

No me puedo creer que no me contestes Fran

Fran

Fran

Fran

Fran……

Escribiendo descubre que no puede escribirse siendo Fran: que lo va a dejar morir y eso va a implicar temblores, migraña, una sed tan horrorosa que va a tener que mandar a la madre a comprarle un paquete de botellas de clipper y otro de sevenup en el ventorro del guiri, dedos mordidos, perder los besos cibernéticos, la oportunidad de decirle me da una envidia toda la gente que te va a ver hoy mientras se viste para ir a apretarle la muñeca cuando corran por la bajada de la montaña agarrando cada una un polo con la boca, pero es que, mira. Ella no es lo mismo que él, entiende. Él le prestó este juego a ella. Ella quería ayudarla a ella. Y la cagó.

Poco a poco, xd a xd, chos a chos, icono a icono, heavy a heavy, la cagó pero tanto. Soy Aída, le dirá siendo Fran. O soy Fran, le dirá siendo Aída. No sabe decidir todavía qué es lo más real: los mundos de la play más palpables por tocarlos fuera de la play oliendo el olor que ahora ya siempre va a ser de ese aire dibujado. Escribiendo descubre que escribir lo hace todo imposible de esconder bajo la lengua. De repente, se da miedo. Pero puede protegerse: está jugando sola. Sola, por fin sola.

Debe pedirle perdón, entonces. A su amiga que le da tanto miedo: la cara más dulce del mundo, chuparle el cachete le parece como mandarse las manzanas esas de caramelo que venden en el ventorro de al lado de los cochitos de las fiestas. Un hueco siempre para sus huecos, un sigue con la burrada, tú

sigue, tú sigue, un te ato un pelo mío a la muñeca como si fuera una pulsera y, si se te cae, te ato otro y otro y otro y otro hasta que alguno se te quede para siempre puesto, le asusta una persona que podría. Sorberle la barra de vitalidad de un buche solo. Dejando de. No permitiendo más que. Te lo mereces, Aída; yo quería reírte las gracias y disfrutar de nuestro dolor de barriga de después del recreo y cambiarme contigo siempre la mitad del bocadillo y descubrir las dos lo que hay en el cuarto del fondo de la casa abandonada a la que estábamos a punto de atrevernos a entrar; yo quería, claro que yo quería, tocarle la cuca empinada a Fran por debajo del chándal apretando con su mano encima siendo una jaula.

Así que a practicar, a mandarles bombazos a bichos y bichos para ir subiendo de nivel y llegar fuerte a la prueba final del juego. Imagina, es así más fácil, que sigue escribiendo en el diario y que sus movimientos los guía una mano ajena y cuidadora y como la suya pero una jartada de veces más valiente. Empieza: perdón y perdón y perdón a mi madre por la tarde en la que me cogió de los hombros y me gritó no vamos a irnos ya nosotras de la casa del Médano nunca más, y yo le mandé, con todas las ganas que tenía, una fuerte patada en la canilla, empieza a pedir perdón mentalmente por todo lo que se le ocurre: ¿y no será que papi no me viene a intentar ver porque tú no lo dejas? Mira muchacha, mira niñata, que tú no sabes nada y tu padre no se ha ocupado de ti en tu puta vida y lo único que le importa es mandarle al buche y al buche y que no lo molestemos cuando se está arrojando en lo que yo con tanto esfuerzo tengo después que limpiar. ¿Y tú quieres acaso que sigamos nosotras con esa vida de mierda y que yo me muera incluso porque ya no puedo soportarlo más, tú no me ves cómo me siento? Mira que eres mala, mami, yo sé que tú ya no me quieres, yo necesito mi casa para estar completa porque si no yo no soy yo, y si no, me convierto en un despojo y ya

nada me hace a mí ni un fisquito más que sea de ilusión ni nada.

A eso se dedica mientras suben para Granadilla, ella apoyando la frente en el cristal y el pueblo destrancándoles su cancela de árboles, ella y la madre (perdóname; ¿qué dijiste tú ahora por lo bajo?) comentando ños, ni más gente hay cogiéndosela hoy en el merendero, el coche aparcando entre una moto y un container y las dos limpiándose en el felpudo de la casa de la abuela y saludando. La abuela la mira de frente, ya miden lo mismo, cuatro ojos compartiendo altura: unos no respondiendo. Otros pareciendo que van a confesar no me preocupé cuando te caíste y necesitaba contártelo porque estuvo fatal y me duele y perdóname, abuela. No haciéndolo, sin embargo. La abuela chillando tienes a tu primo maltratado y eso no puede ser, ni me hables, malcriada del coño y de la mierda, ni se te ocurra hablarme tú a mí ya más nunca. Los ojos de Aída llenándose de agua y ella virándose hacia quien supuestamente debería defenderla: la madre se muerde la uña del dedo índice, arruga el entrecejo, camina hasta la cocina, se sirve un vaso de agua, se lo bebe despacio. Le dice a la abuela ¿me haces un cafecito de los míos que me apeteció ahora uno, ma?

¿Sabes los pajaritos esos que aparecen sobre las cabezas de los pokémon confusos y de los machangos que pierden en el juego y renacen en el punto de control todos despatarrados pero con la vida otra vez a tope? Pues Aída ahora así. Sentada contra la pared de ladrillos desnudos del fondo del sótano, observando el cemento, las ristras de banderas de las fiestas que cogieron de la basura hace años y que aquí dentro no pudieron desteñirse con el sol, los folios con dibujos que tanto tiempo doblados y ahora ¿desdoblarlos, cómo va a ser eso? Los pelos de su primera muñeca, la piscina plástica picada que de gotear sin que la cambiaran manchó para siempre el cemento del suelo de

su alrededor. Serpentinas viejas tiradas por todos lados, paquetes de papas unos metidos en otros y olvidados debajo de la mesa, periódicos entongados, dos pistolas de balines y la suya sin estrenar porque nunca la quiso y a ver por qué coño tuvieron que decidir regalársela precisamente a ella: el sótano.

Cuando en los juegos no está pasando nada y puedes mirarlo todo y pasear por todos los sitios y sabes, aunque no te lo digan, que tu poder está creciendo, que las cosas normales que haces sirven para darte unas ventajas que en algún momento van a tener que salvarte de algo, cuando le ganas al malo y te quedas llena de polvo y tranquila y la gente te felicita y tú sí, sí, lo hice, tómalo y te dan besos en las sienes y te pasan los brazos por los hombros y el juego se resuelve y el sol se pone y suena la música que indica el final del peligro y de repente al cadáver del malo le salen cuernos y unos dientes infinitos y ruge y se levanta y chilla esto no termina aquí y crece como una columna de humo: Aída oye voces nuevas en la casa y, por si les da por bajar a buscarla, se sale para esconderse en la huerta. El ansia es querer estar sola. Se apoya en el muro, respira, un macetero cae desde la ventana de la cocina, le roza un lado de la cabeza, revienta contra la tierra acabante de regar. Al mirar hacia arriba, ve a Moco asomado. Se queda observándola con la misma cara que pone cuando no consigue pasarse la Liga, cuando la estrategia planeada durante tanto rato le falla y tiene que volver a empezar.

12

Sorpresa [12]

En casa de Yaiza, sin la madre ni nadie que las vigile cerca, todo es un chos constante. Chos, sin botellas. Chos, con golosinas. Chos, es que siempre te botas comprando, ¿no te dimos los diez euros que conseguimos entre todas para que trajeras un surtido variado de jartamiento jartil, idiotita? Pero yo tenía mi plan: cuando la vida no la deja a una beber alcohol tranquila, pues una se la coge con una barbaridad de azúcar. Es de primero. ¿De la ESO? De este grupo de bastas: chos, mis amigas, chos, masaje con la arena picona que recubre las fresas de las que a mí más me gustan porque las otras no saben ni cómo engrifarme los pelos de los muslos estos rubios que, chos, no te los había notado nunca. No se me ven sino ahora, chos, aquí bajo la luz de la película de Barbie preferida nuestra, mira tú que no haberlo hablado nosotras antes.

¿Se dan cuenta, chicas, de que no nos conocimos de pequeñas? Ni una vez sola en la playa preguntándonos te quieres juntar conmigo y recordándonos luego para siempre con eschavetación: chos, chos, colega, encontrarse, cruzarse, que te persiga un pis y luego un cuerpo, estar en el mismo sitio en algún momento y poder arrancarse una a otra las caspas de alguna herida, la cicatriz pintada hasta la muerte.

Abre ahora mismo el Chatroulette. No. Cállate. Se me ocurre. Chupa Marta un platanito: interrumpe su chos, fuerte idea para exclamar chos, fuerte cosa más buena del mundo entero para mí sola en mi boca pero con ustedes. Bueno, se me ocurre a mí

que, pues miren, ya que no podemos beber, Yai, no te preocupes, todas respetamos que nos pidieras machanguitas mías, vengan sin el tin tin tin de las botellas en las mochilas y fundaméntense y pónganse aquí todas guanajas y buenas y ni se les ocurra pensar en cogerse un lote de ron porque no hacerlo es la única norma de la fiesta de pijamas y estoy harta de que pasen ya de mí y mi madre no estará pero se huele luego el pestazo de las arrojaduras y no puedo dormir yo de los nervios y me apetece soñar con mis amigas una noche más que sea roncando todas amarradas por las sogas de la imaginación. Chos, yo no dije eso. Se me ocurre que podemos jugar a ser como cuando éramos chicas, cuando todavía no nos conocíamos. Y conocernos así. Chos. Martuki-chan. Mi. Bebé más que listo.

Chos, las cuatro botadas entonces sobre la manta botada a su vez sobre el piso polvoriento de un cuarto que todas conocen pero que ninguna conocía así, y Aída emocionada y a la vez preocupada por la propuesta de Marta. Por estar aquí, aquí en esta fiesta. Con un miedo horroroso, horroroso dentro: las amigas vinieron a divertirse (sus voces cada vez más veloces, más mezcladas, un potaje de exclamaciones y de historias que se cuentan interrumpiéndose y dejando que sus recuerdos, al cambiar de dirección, se conviertan en otros, chos, chos, muchachas, esto no se nos habría ocurrido separadas, ¿lo saben ustedes?) y ella vino a mirar a Yaiza a los ojos y que Yaiza adivine que ella es Fran sin decírselo, porque cómo dice una eso. Ahora no sabe qué sentir. Los látigos de angustia manda que te manda dentro de su barriga, ella la única que tiene que forzarse a partirse el culo con los comentarios de las otras sobre Barbie: La Princesa y La Costurera. Le pica el brazo por dentro del yeso y se arripia con las golosinas.

Y chos, y chos, las amigas de Aída consiguiendo de verdad parecer niñas: ya no mirar a las barbies bailando en la pantalla

del ordenador con una expresión de fuerte burrada y de cómo nos podía gustar esto; ahora fijarse en la forma en que los vestidos se les inflan, La Princesa y La Costurera, separadas al nacer, qué sorpresa encontrarte en la plaza del pueblo a una persona idéntica a ti: bueno. Yo nací con, empieza a recordarles y a recordarse Aída. Tú cállate la boca y ahora imagínate que tienes todavía las muelas de leche y pásate, por cierto, al lado de allá para que no te demos en el yeso. Porque yo, les advierto, me pienso ensalvajar, suelta Marta. Chos, es que conseguir hablar sin parar y sin el colador que sienten que les salió hace un año o así a todas en el esófago. Y a partir de entonces, no saber diferenciar si dices la verdad o haces como que la dices, si estás tú presente o haces como que lo estás, si creces como siempre quisiste crecer o te lo inventas, desesperada una dentro de la camisa que eligió porque le resaltaba las tetas. Fuck, chicas, fuck primero de la ESO. Ya lo terminamos, pero. Desearía más bien volver a antes y no empezarlo nunca y que antes fuera esta pijamada. Chos, chos, por ahí se viene el temazo mayor mío, la más mejor canción de esta película. Canten: soy como tú, tú igual a mí, contigo iría siempre así. ¿Saben que yo de pequeña estaba enamorada de Anneliese y me enviciaba a esta peli solo para verla cantar?, suelta Aída de repente, sin pensarlo. Qué coño dices, le responde Marta. Pues lo que estoy diciendo, tía. Yaiza se queda mirándola un segundo y luego aparta la mirada y empieza a morderse un mechón de pelo.

Pero le viene el látigo entonces, pam, pam, por mala, y se engancha a pensar que no le gustan las golosinas que le alcanzan sin descanso, manos siempre dispuestas para ella, ella con una sola disponible y la otra intentando. Que lo dulce es la infancia y la euforia y tragar sin hacer esfuerzo y emborracharse sin haber descubierto el alcohol y escoger ser niña aunque por ello vayan a salirte todavía más espinos. Que

ella ya no puede, ella ya perdió el derecho, ella leche condensada compartida siempre de boca a boca y ya no la quiere más. Yo vine a pedirle. Mira a Yaiza. Perdón, y a asumir lo que hice.

Pero por fin fiesta sin alcohol, sin pelos rubios de cuca asomando sobre calzoncillos a través de webcams encendidas en unos países que no saben ni si de verdad existen, sin acoger lo que un curso entero les botó encima, dándole la vuelta al tiempo: nos conocimos de chicas, sí, sí nos conocimos de chicas porque nos estamos conociendo ahora haciendo como que somos pequeñas y estamos consiguiendo serlo. Pero las amigas sorprendiéndose y desgañitándose al gritar para expresar la sorpresa, ¡chos!, mientras las otras cuentan cosas importantísimas que hasta hoy jamás se habían atrevido a contarse. Mientras se conocen mucho más de lo que se conocían, y descubren que Marta en verdad no va tan de chula y que Chaxi en realidad no es tan ñoña y que Yaiza no es, en verdad, ni la que escuchaba pacientemente a Aída cuando se escondían las dos en el parque ni la que le seguía el juego a Fran. Es otra cosa. La mira reír, hablar de que odia un poco a su madre, un poco, un poco, y cuando le da por ahí se escapa y se va a Acojeja a ver el atardecer, de que la manda a fregarle los ceniceros y ella no lo hace porque no le da la gana de ocuparse de todo sola, de que envidia a sus tres amigas y querría ser sus tres amigas y por eso muchas veces no les dice lo que siente de verdad. Nada de esto lo sabían Fran ni Aída. Unas ideas que le salen solas, sin que nadie tenga que interrogarla. Aída intenta unirse, pero.

Las amigas la miran como diciendo te toca, venga, es tu turno, cuéntanoslo todo de ti ya. ¿Se me nota?, se pregunta ella. ¿Se me nota que no sé cuándo ni cómo me voy a atrever a destrozar esto que yo quiero tanto? Pero no hace ni dice nada: se calla la boca, vuelve a distraerse riéndose como una cochina,

después apretándose el diafragma trancado porque se da cuenta de que no se lo merece, luego besando los nudillos de sus tres gemelas distintas porque (vuelven a cantar el temazo mayor de la película de Barbie) soy como tú, y tú igual a mí, y quiero que nos parezcamos.

Chos, necesita irse a encerrarse en el baño. Chos, pero no se atreve. Chos, y se le van yendo todas las oportunidades en las que tiene la oreja de Yaiza al lado de su boca y podría susurrarle te mentí, me jarté a mentirte, tía.

Mi. Bebé más que asqueroso, imagina que le responde antes de que ella tenga que marcharse corriendo de su casa.

Lo que en realidad pasa, por lo que en realidad Aída acaba echándose a correr para salir por patas del cuarto de Yaiza, es:

Chaxi y Marta salen corriendo cada una desde una pared y se estrompan y se caen y se mean las dos de la risa y acaban asfixiadas y Chaxi, cogiendo todo el aire que puede, le suelta a Marta pues cómo te sientes ya al saberlo todo todito todo todito todo todito todo todito de mí, mejor amiga mía. Y Aída mira a Yaiza. Y Yaiza mira a Aída a través de los pelos de la coleta con la que estaba probando cómo le quedaría el fleco así mucho más largo. Y ninguna dice nada. Aída imagina que Yaiza empieza no te preocupes, yo me lo esperaba todo ya, tía. Yaiza, sin embargo, solo le sonríe levemente.

Chos, exclaman todas cuando Aída se levanta y sale despedida por el pasillo y recorre por primera vez la casa de Yaiza hasta el fondo: chos, se dice ella cuando llega a la cocina y descubre que la luz no enciende y aterriza en una silla. Chos, el pestazo del fregadero. Chos, los calderos amontonados en el poyo y las dos bolsas de basura de las negras gigantes chorreadas por el piso y los mismos moscos de la fruta (los ve incluso solo estando iluminada por la lámpara que hay más allá de la puerta) que en la casa del padre de Aída. Chos, la capa de

polvo de la mesa amortiguándole los temblores de los dedos, chos, y el cuarto de Yaiza siempre tan recogido y ella siempre pidiéndoles por favor, no me boten eso, por favor, recojan lo que tiren, por favor, no dejen los cartones esos de los jugos ahí que no me gusta, gracias, tías. Fijarse en eso la distrae de lo que le está pasando: no puede respirar, no puede respirar ni un fisco, ve mal y se agarra el yeso y se repite sin detenerse todo lo que ha pasado este año, tanto y tanto y tanto y tanto. Quiere arreglarlo. Quiere taparlo todo con una chaqueta, la suciedad completa del año, y que el año se duerma entre dos sillas de bar. Quitarse a Moco de encima y desvivir primero de la ESO jediondo y destragarse todas las golosinas que se ha tragado hoy cuando no podía disimular que no se las estaba metiendo en la boca y desaborrecer el dulce y desodiar y desodiar y desodiar y en vez de eso lo que hace es despegar del mantel de la mesa de la cocina secreta de Yaiza la tapa de un bote de dulce de leche todo flaco ya de apretarlo y tirarlo con toda la fuerza de su mano buena contra las bolsas de basura, y levantarse y cogerlo y volver a tirarlo y cogerlo y volver a tirarlo y cogerlo y volver a tirarlo y cogerlo y volver a tirarlo y sentarse en el suelo chingado. Y mirar desde ahí una foto de Yaiza en preescolar que hay colgada en la puerta de la nevera: de pequeña, descubre ahora aquí eschamizada, su expresión no se parecía en nada a la de esta noche, fingiendo ser niñas. Porque en realidad es imposible jugar de verdad a eso.

Pero chos. El chos constante. Ir a hacer una cosa y que suceda otra por la fucking cara. Ir a pasártelo bien a la fiesta de pijamas y no ser capaz de disfrutarla. Ir a sufrir a la fiesta de pijamas y acabar pasándotelo bien aunque no te lo merezcas. Hacer estas amigas. En el pasillo de una clase en la que te llaman gorda. Y no poder conservarlas. El chos: puedes elegir, pero. Nunca sabes entre qué y qué. Yaiza mandándole un bombazo al interruptor de la luz para que al final se encienda,

observando durante unos segundos a Aída desde la puerta, suspirando, preguntándole ¿qué te pasa? Qué te pasa, dime, por favor. Y Aída, sintiendo que no le está preguntando por ahora sino por todos estos meses, respondiendo ven. Ven, ven aquí conmigo y espera a que yo pueda.

Sin haberlo, chos, planeado ni nada, chos, sin haberlo esperado ni habérselo dicho a sí misma antes, chos, Aída le suelta entonces a Yaiza una confesión absurda: estoy empalagada. Empalagada toda. Empalagada y más que empalagada. No quiero más dulce, no quiero más azúcar, quiero algo que me quite ya de una vez ya esta sensación de jediondez.

Y Yaiza, chos. En vez de dejarla hiperventilando y arrancándose las pieles de los labios con los dientes y de responderle qué bobería estás diciendo cuéntame ya lo de mi novio Fran, se queda parada un segundo y cruza de pronto la cocina para agarrar una papa guisada de uno de los platos de encima de la mesa y mojarla como un churro en el cuenco de sal gorda y arrastrársela por los labios. Se acerca lentamente a donde está Aída, se agacha ella también sobre el charco de líquido de la basura, la mira desde arriba y le pregunta ¿puedo? Y, después de que ella diga sí, le da un beso en la boca. Primero solo presiona la piel ahora picuda de sal contra la de Aída, luego se mueve como si estuviera contándole algo, y una cosa tan parecida a lo que hacen siempre pero la sal llenándola gota a gota y disolviéndose a medida que se besan y se abrazan con torpeza. Chos. La despica. La despudre. La desmuja.

Pero resulta que chos. Chos, requetechos. Chos de los choses chosiles. Chos de la asquerosidad cagada, meona y gufienta. Chos de tener que alejarse de Yaiza porque si no se va a asfixiar del todo y se va a morir aquí mismo y, de repente, es que ya no ve nada. Chos de acostarse donde trinca y retorcerse y tener

miedo hasta de mearse y de cagarse y chos de no saber dónde está y aun así sentir cómo, aunque no sea capaz de pedir ayuda, Yaiza se va enseguida a llamar a Chaxi y a Marta y llegan y se ponen también con ella. Y esperan a que ella se sienta mejor. Al tiempo, no sabe si una hora o cinco minutos, Aída logra incorporarse y se abrazan todas por los hombros. Se quedan las cuatro sentadas juntas en el suelo de la fiesta. Si ahora mismo estuviera en un cumpleaños y unos gemelos jediondos vinieran a estregarle mierda, ellas les abriría la boca y les haría comerse el rolete.

13

Saber, coraje, táctica, fortuna, valentía, destreza, ánimo [13]

Aída entra por la puerta del cuarto de la madre, la destapa, se agacha, le jala por la manga del pijama hasta que, cuando por fin la mira, dice:

–Escúchame, mami.

Agradecimientos

Gracias a mi madre, mi padre y mi hermana por su apoyo y su paciencia, y por darme siempre un espacio amable en el que poder ser yo.

A Andre por su entusiasmo constante y por nuestros griteríos en el Café Siete. Por nuestra amistad, que me ha llevado a ser quien soy, a aprender a maravillarme explorando mi lenguaje y mi concreción. Me habría encantado que hubieras hecho un cameo en este libro con tu suéter de Minnie y tu pantalón de Daisy del primer día que fuiste al instituto.

A Tayri por sostenerme en la escritura, por recordarme siempre que ver y hacer cosas hermosas es importante. Gracias por escuchar y celebrar mis obsesiones y mis burradas, por contarme las suyas y dejarme celebrarlas. Gracias por cantar «El Taxi» conmigo por la calle y por todas las risas y todo el cariño.

A Sofía por la ilusión, por la paciencia, por las distracciones que fueron destellos que me hicieron reconducir y resignificar tantas cosas. Nunca olvidaré que sucediste como un hito mientras escribía esta novela. Tu amor me ayuda a descansar, también a enralarme viva y a entender que el enralamiento puede ser el hogar. Tú lo eres. Y jamás hemos de istmarnos.

A Lana por inspirarme tanto, por preguntarme siempre discreta y firmemente por la novela, desde la primera vez que nos vimos a solas hasta hoy, cuando terminé de editarlo en su iPad en bikini y tenis en una habitación de hotel. Gracias, también, por la cita de «Ropavieja». Eres un pokémon legendario.

A Sandra y Marina, siempre, aunque se indignen con mis

outfits mamarrachos. Por acompañarme en tantos procesos, por creer en mí tanto como yo creo en ellas.

Al youtuber Karimero por haberme hecho redescubrir el amor por Pokémon.

A mis amigas de la adolescencia.

Y, por supuesto, a Sabina, sin quien este libro no sería en absoluto lo que es. Por haber vivido a fuego este proceso conmigo, por su minuciosidad y su paciencia, por haberme hecho sentir tan segura y cuidada en algo que desconocía y que me generaba tanto miedo. Gracias infinitas.

Entra en la ciudad sitiada y descubre las nuevas voces de la literatura hispánica

En febrero de 2004 Caballo de Troya anunció la salida de sus primeras novedades y mostró sus señas de identidad: un sello con perfil de editorial independiente integrado paradójicamente en un gran grupo. Hoy se puede afirmar que dicha paradoja ha funcionado con eficiencia y sin contradicciones. Caballo de Troya, que tiene como principal objetivo servir como plataforma editorial para nuevas voces literarias hispánicas, ha puesto un centenar de títulos en el mercado español con una muy favorable acogida por parte de la crítica más atenta y de los puntos de venta con mayor tradición y relevancia literaria.

Fundado por Constantino Bértolo, el sello ofreció a autores españoles o latinoamericanos reconocidos hoy en día hospitalidad, apoyo o un primer impulso. En 2014 el proyecto tomó un nuevo rumbo: cada año un editor invitado es el encargado de sumar sus apuestas al catálogo. Caballo de Troya es hoy una referencia entre los autores más jóvenes y más ambiciosos literariamente. Una editorial para nuevas voces, nuevas narrativas, nuevas literaturas.

AÑO 2015:
ELVIRA NAVARRO

«He privilegiado las ficciones que establecían un diálogo crítico con el presente. La mayoría de los libros que he seleccionado tratan sobre la identidad y las herencias en todas sus variantes, temas estos que también protagonizan mis escritos.»

La cosecha de Elvira Navarro dio con uno de los éxitos más destacados de la editorial: *El comensal* (Premio Euskadi de Literatura), una novela autobiográfica en la que Gabriela Ybarra trata de comprender su relación con la muerte y la familia a través de dos sucesos: el asesinato de su abuelo a manos de ETA y el fallecimiento de su madre. Algunas de las obras que conforman el año de Elvira Navarro versan también sobre las herencias políticas y familiares, teniendo el conjunto de su catálogo los legados como hilo conductor.

TÍTULOS PUBLICADOS

La edad ganada,
Mar Gómez Glez

Sin música,
Chus Fernández

Yosotros,
Raúl Quinto

La vida periférica,

Roxana Villarreal

Fuera de tiempo,
Antonio de Paco

El comensal,
Gabriela Ybarra

Meteoro,
Mireya Hernández

Filtraciones,
Marta Caparrós

AÑO 2016:
ALBERTO OLMOS

«Pretendo que el conjunto de los títulos que se publican bajo mi interinidad conforme un despliegue coherente, un discurso; una conversación.»

Alberto Olmos cuenta entre sus apuestas como editor de Caballo de Troya con el IV premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez. Los relatos de *El estado natural de las cosas* se adscriben en el género fantástico, pero lo modulan y deforman para volverlo a su vez denuncia y retrato de los tiempos que nos ha tocado vivir. Un éxito similar ha tenido *La acústica de los iglús*, conjunto de cuentos en los que la matemática de la música y de la vida arrojan el resultado sonoro que registra la mirada única de su autora. Las cuatro novelas que cierran las apuestas de Olmos se suman al diálogo que quiso abrir como editor, una conversación sobre el pasado,

sobre la corrupción moral y política; un diálogo lírico sobre la supervivencia y la comprensión.

TÍTULOS PUBLICADOS

La pertenencia,
Gema Nieto

Los primeros días de Pompeya,
María Folguera

La fórmula Miralbes,
Braulio Ortiz Poole

El estado natural de las cosas,
Alejandro Morellón

La acústica de los iglús,
Almudena Sánchez

Felipón,
David Muñoz Mateos

AÑO 2017:
LARA MORENO

«Hay algo que atraviesa cada libro que he escogido y los une: la voz de cada uno, la búsqueda de comunicar a través de lo literario, el grito que la narrativa supone en la vida del escritor. Por eso están ahí.»

Lara Moreno inauguró su año en Caballo de Troya con *La hija*

del comunista, reconocida con el premio El Ojo Crítico. Esta novela íntima atravesada por la Historia cuenta la vida de unos exiliados republicanos españoles en Berlín, antes de la construcción del muro, durante y después de su caída. Cruzadas en su práctica totalidad por las experiencias personales de sus autores, las obras seleccionadas por Lara Moreno comparten una voluntad de entender. Sus autores interrogan a su pasado o a su presente rebuscando en las raíces de su familia, en situaciones laborales llevadas al límite o en los rincones del mundo y la literatura que acaban conformando nuestros destinos individuales.

TÍTULOS PUBLICADOS

La hija del comunista,
Aroa Moreno Durán

Hamaca,
Constanza Ternicier

Televisión,
María Cabrera

Animal doméstico,
Mario Hinojos

Madre mía,
Florencia del Campo

En la ciudad líquida,
Marta Rebón

AÑO 2018:
MERCEDES CEBRIÁN

«El catálogo de 2018 es verdaderamente polifónico; lo he seleccionado confiando en mis corazonadas y en mis años de experiencia en el mundo literario.»

Mercedes Cebrián ha escogido cuidadosamente seis historias que conforman un abanico narrativo ciertamente heterogéneo: desde los diarios de una adolescente española en los años noventa en *Y ahora, lo importante*, hasta las descripciones de una región gobernada por la oscuridad, en la que un mineral recoge las voces de sus habitantes, en *Umbra*. Destacan también las experiencias de *Florentina*, una mujer que tuvo que emigrar de Galicia a Argentina a principios del siglo xx en busca de una vida mejor. Junto con el resto del catálogo ideado por Cebrián, estas tres apuestas nos acompañan en un viaje por distintas épocas y espacios que, como toda buena travesía, nos cuestiona y nos enfrenta con nuestra propia realidad.

TÍTULOS PUBLICADOS

Y ahora, lo importante,
Beatriz Navas Valdés

Las ventajas de la vida en el campo,
Pilar Fraile

Florentina,
Eduardo Muslip

Para español, pulse 2,

Sara Cordón

Umbra,
Silvia Terrón

Maratón balcánico,
Miguel Roán

AÑOS 2019-2020:
LUNA MIGUEL
Y ANTONIO J. RODRÍGUEZ

«Nuestro deber aquí también era anunciar, asentar y reivindicar lo que tímidamente se había mostrado como la literatura de una nueva generación, esa cuyas fechas de nacimiento oscilan entre mediados de los ochenta y principios de los noventa, y que, por mucho que lo hubiera intentado, tardó en encontrar su espacio.»

Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez hilvanan el grito generacional de una nueva ola de autores y pensadores. Las distintas voces intentan remendar, o al menos explicarse, las fisuras y los desgarrones que las expoliaciones de la sociedad moderna han causado en los jóvenes. Hay reflexiones incómodas que indagan en las masculinidades tóxicas y en los feminismos, hay vértigo ante el paso a la edad adulta, historias de migración e identidades partidas, un relato del aborto clandestino en Chile o una perspectiva íntima de trabajadores de una corporación dedicada a la evasión fiscal. Hay poesía, emoción e ironía para cuestionar, observar y desmontar los roles de género, la precariedad y la política.

TÍTULOS PUBLICADOS

Game Boy,
Víctor Parkas

Cambiar de idea,
Aixa de la Cruz

Ama,
José Ignacio Carnero

Había una fiesta,
Marina L. Riudoms

Listas, guapas, limpias,
Anna Pacheco

Cómica,
Abella Cienfuegos

Litio,
Malén Denis

Rein,
Elizabeth Duval

Animal de nieve,
Dara Scully

Nada ilegal, nada inmoral,
Adrián Grant

Desencajada,

Margaryta Yakovenko

Y tú, ¿tan feliz?,
Bárbara Carvacho

AÑO 2021-2022:
JONÁS TRUEBA

Jonás Trueba toma el relevo como editor conformando un catálogo de autores genuinos que traspasan la representación de un pulso generacional. Así pues, las voces de este año ofrecen distintas miradas y épocas, desde la recuperación de una obra que trasciende la actualidad y cuyo autor falleció de forma prematura, pasando por una historia que reflexiona sobre las herencias sociales y familiares, hasta llegar a un autorretrato emocional narrado con un extraordinario lirismo poético.También cuenta con un libro generoso e inspirador que pone de manifiesto los senderos creativos de varios autores, y dos obras con las que resistir al desconsuelo de la realidad de formas muy distintas: una, a través de la compasión humana, y otra, a través de la belleza de la música y los paisa- jes de otras vidas.

Estas obras seleccionadas ponen de manifiesto la importancia que tiene la lectura para el editor en el contexto actual, donde los libros representan, en sus palabras, «un espacio de reconexión, allí donde se hace posible el encuentro entre diferentes miradas, sensaciones o lugares».

TÍTULOS PUBLICADOS

Todo sigue tranquilo,

Chusé Izuel

Niños aparte,
Julieta Valero

Casa se busca,
Socorro Giménez

Cuadernos,
Andrés Di Tella

La parcela,
Alejandro Simón Partal

Vilnis,
Bárbara Mingo

Todos deberíamos romper,
Marta Gordo

La Navidad de los lobos,
Fran Gayo

Gente que ríe,
Laura Chivite

Las mejores condiciones,
Manuel Pacheco

Proletaria consentida,
Laura Carneros

Llego con tres heridas,

Violeta Gil

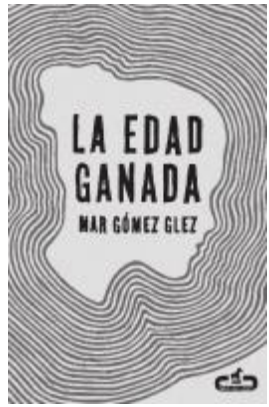
Si te ha gustado ***Leche condensada,*** te recomendamos:

GAME BOY
Víctor Parkas

Al protagonista de *Game Boy* le regalaron una videoconsola cuando lo operaron de fimosis y fue entonces cuando se dio cuenta: el mundo giraba alrededor de sus genitales. A continuación vendrían atentados suicidas, clases extraescolares de fútbol o relaciones explosivas en festivales de música.*Game Boy* es una colección de disparos de ficción y no ficción con la hombría como blanco. Relatos que reflexionan sobre nuevas y viejas masculinidades. Masculinidades tóxicas, heridas, heredadas... *Game Boy* también son historias de construcción, reconstrucción y deconstrucción de lo que significa, de lo que nos han dicho que significa, ser un hombre. El periodista Víctor Parkas lleva a juicio sus propios privilegios, referentes y convicciones en un libro fragmentario, a caballo entre la confesión lírica, el ensayo anárquico y el panfleto urgente.

LA PERTENENCIA
Gema Nieto

El trágico recuento del propio pasado cuando la vida por fin concede una tregua es lo que encontramos en *La pertenencia*, la primera novela de Gema Nieto. La protagonista de esta historia, que el lector estará tentado de asociar al género autobiográfico, pierde a su madre a los trece años de edad; desde ese momento, su vida será como si la atravesaran con ella. Partiendo de la indefensión de la mirada adolescente, y terminando con el escepticismo de la mujer adulta,*La pertenencia* repasa las tonalidades de una voz dolorida, que busca entender y sobrevivir al mismo tiempo, en medio de la devastación familiar y del largo amaestramiento hacia el mercado laboral que supone el sistema educativo. Relato también de una vocación literaria, donde los libros ejercen de contraparte de un largo diálogo de duelo, *La pertenencia* dinamita la intimidad para ofrecernos incandescente y verdadero el retrato de unos «años de sombra».



LA EDAD GANADA
Mar Gómez Glez

En nuestra familia no ocupamos el lugar que queremos, sino el que nos dejan o el que somos capaces de conquistar. Luego, cuando salimos al mundo, nos topamos con situaciones sospechosamente similares a las vividas con nuestros padres y hermanos. Y es que los roles nos persiguen. En *La edad ganada*, narración híbrida en la que asistimos a la evolución de un personaje femenino desde los dos hasta los treinta años, nos encontramos con todas las modalidades de relación tóxica: madre, colegio de monjas, amistades ambiguas, anoréxicas, parejas que se torturan, abusos sexuales y acosos laborales que también son sexuales (¿puede ser de otro modo cuando el acosador es un hombre; la víctima, una mujer, y siendo la violación la base del patriarcado, como bien sostiene Virginie Despentes?). La protagonista quiere entender cuáles son los hilos que mueven su mundo, pero para ello necesita primero escapar.

«De la breve lista de certezas que tengo mi vida, aquí les traigo dos: 1. *Leche condensada* es mi libro preferido; 2. Aida González Rossi es, sin duda, la mejor escritora que conozco».

Andrea Abreu

Una partida de la game boy, una pantalla muy difícil de pasar: la de una infancia que era dulce y se va volviendo amarga y pegajosa, imposible de limpiar.

Edición a cargo de Sabina Urraca

Leche condensada es una partida de Pokémon en la game boy. Aída tiene doce años y vive en el sur de Tenerife con su madre. Aída debe crecer. O contenerse para no crecer. O mantener con ella a Moco, su primo idéntico, su otro yo. O protegerse de él.

O proteger, en cambio, a Yaiza, su mejor amiga. O engañarla usando un messenger falso. O beber hasta que las cosas dejen de ser lo que son. O hablar y hablar sobre las cosas y sobre cómo son. O callar.
Leche condensada trata sobre el fin de la infancia, sobre relaciones simbióticas y sobre querer ser expansiva y encontrarse con la contención del abuso. También sobre internet como refugio, sobre todo cuando vives en un pueblo y eres queer. Aida González Rossi nos arrastra por su primera novela con una prosa poética salvaje, sucia, rebozada en la oralidad y en la narrativa del videojuego, absolutamente única.

Reseñas:
«Aida es una escritora tremenda: léanla y conmuévanse».
Mónica Ojeda

«La bellísima escritura de Aida González Rossi supura lucidez, brutalidad y ternura, te arrastra, te conmueve, te sobrecoge. Fuerte salvajada aquí, fuerte pulimento. *Leche condensada* es una enviciadera de libro, un libro que agüita».
Elisa Victoria

© Sofía Crespo Madrid

Aida González Rossi (Santa Cruz de Tenerife, 1995) estudió Periodismo y el Máster en Estudios de Género y Políticas de Igualdad en la Universidad de La Laguna. Ha publicado poemas en revistas, webs y fanzines como *Oculta Lit, Dragaria, Digo.palabra.txt*, *La Tribu* o *Marcapiel*. Escribe una columna en *Atlántico Hoy*. En 2017, su cuento *Casas, desiertos o bosques* resultó ganador del XX Premio Internacional de Relato Breve de la Universidad de La Laguna. Ha publicado los poemarios *Deseo y la tierra* (Cartonera Island, 2018) y *Pueblo yo* (Liberoamérica, 2020). *Leche condensada* es su primera novela.

Primera edición: febrero de 2023

Edición a cargo de Sabina Urraca

© 2023, Aida González Rossi
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Choche Hurtado, por el diseño de cubierta y de colección

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17417-59-8

Composición digital: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: CaballoTroyaEd
Twitter: @ CaballoTroyaEd
Instagram: PenguinLibros
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[1] Ataque pokémon de tipo veneno. Causa daño sin envenenar, aunque su potencia aumenta de forma considerable si el objetivo ya ha sido envenenado previamente.

[2] Ataque pokémon de tipo normal. El usuario se mueve muy deprisa para dar la sensación de que crea copias de sí mismo y así aumentar su evasión y, con ello, disminuir la precisión del rival.

[3] Ataque pokémon de tipo roca. El usuario placa con fuerza al rival sin interrupción durante cinco turnos. Con cada golpe, la fuerza aumenta.

[4] Pulsa start.

[5] Ataque pokémon de tipo normal. El usuario genera una onda sonora muy potente que alcanza a todos los pokémon que se encuentren a su alrededor.

[6] Ataque pokémon de tipo normal. El usuario arroja a su rival un regalo, este a veces le genera daños y a veces le restaura la salud. El resultado del movimiento depende únicamente del azar.

[7] Habilidad del pokémon Ditto. Ditto, al salir al combate, toma la forma del rival para defenderse, aunque manteniendo su nivel, sus estadísticas, sus puntos de salud y su rostro.

[8] Ataque pokémon de tipo normal. El tipo y la intensidad del golpe varían según qué pokémon lo use. Antes de que un pokémon utilice este movimiento por primera vez, su entrenador no puede saber qué tipo de Poder Oculto desarrollará. Los oponentes, hasta sufrir el golpe, tampoco.

[9] Ataque pokémon de tipo normal. El usuario ataca al oponente a una velocidad desmesurada, siempre golpeando primero.

[10] Ataque pokémon de tipo normal. Si un pokémon, incluido el que lo emite, oye este canto, se debilitará después de tres turnos. La única forma de salvarlo es sacarlo del combate.

[11] Ataque pokémon de tipo normal. El usuario imita el último movimiento que utilizó el oponente, aunque manteniendo su nivel y sus estadísticas.

[12] Ataque pokémon de tipo normal. El usuario, si ataca primero, hace que su rival se conmocione y no efectúe el movimiento planeado.

[13] Símbolos del Frente Batalla de «Pokémon Esmeralda». Quien los consiga todos demostrará que ha logrado reunir las cualidades necesarias para convertirse en un auténtico Maestro Pokémon.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Leche condensada

1. Cargatóxica
2. Doble Equipo
3. Desenrollar
4. Nueva partida
5. Estruendo
6. Presente
7. Impostor
8. Poder Oculto
9. Velocidad Extrema
10. Canto Mortal
11. Mimético
12. Sorpresa
13. Saber, coraje, táctica, fortuna, valentía, destreza, ánimo

Agradecimientos

Caballo de Troya

Títulos publicados en Caballo de Troya

Si te ha gustado Leche condensada

Sobre este libro

Sobre Aida González Rossi

Créditos

Notas